



PANORÁMICAS

UN VIAJE POR LAS CIUDADES DEL ORBE TERRESTRE

PEDRO GARCÍA MARTÍN



Universidad de Valladolid



TERRARVM

RIO.



IS NON DVM COGNITA.

IES.

BVS HVMANIS, CUI AETERNITAS
A SIT MAGNITVDO. CICERO:

PANORÁMICAS

**UN VIAJE POR LAS CIUDADES
DEL ORBE TERRESTRE**

GARCÍA MARTÍN, Pedro

Panorámicas : un viaje por las ciudades del orbe terrestre / Pedro García
Martín. –Valladolid : Universidad de Valladolid, 2026

142 p. ; 24 cm. – (Historia y Sociedad ; 249)

ISBN 978-84-1320-385-0

1. Ciudades – Descripciones 2. Geografía urbana I. García Martín, Pedro,
aut. II. Universidad de Valladolid, ed. III. Serie

711.43

911.375

PEDRO GARCÍA MARTÍN

PANORÁMICAS

**UN VIAJE POR LAS CIUDADES
DEL ORBE TERRESTRE**



EDICIONES
Universidad
Valladolid

© PEDRO GARCÍA MARTÍN, Valladolid, 2026
EDICIONES UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Motivo de cubierta: Vista de Toledo (original del *Civitates* de PGM) y foto de Toledo (*wikipedia commons*)

Diseño de cubierta: Ediciones Universidad de Valladolid

ISBN: 978-84-1320-385-0

Dep. Legal: VA-46-2026

Preimpresión: Ediciones Universidad de Valladolid

Imprime: Safekat - España

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
---------------------------	----------

HOJA DE RUTA.....	15
--------------------------	-----------

1. La Edad de Oro de los mapas.....	17
2. El espectáculo de los panoramas en la cultura visual.....	24
3. La polisemia de los panoramas.....	26
4. Nuevas miradas a las ciudades del mundo	28
5. La percepción vertical del paisaje.....	30
6. Una invitación al viaje	32

EUROPA

1. De Madrid, el cielo y la patria de todos.....	36
2. Toledo: una joya engastada en tres culturas.....	38
3. Valladolid: raíces profundas y plaza pública	40
4. Sevilla: nostalgia de Indias y aroma de jazmines	42
5. Barcelona: miradores encumbrados y ramblas de las flores	44
6. Lisboa de navegantes y fados	46
7. Venecia: un nenúfar entre el cielo y el agua.....	48
8. Florencia: un paraíso de Venus, artistas y poetas	50
9. Roma, la Ciudad Eterna.....	52
10. Atenas, la cuna de la belleza y el saber	54
11. París: un poema en impresiones	56
12. Lyon: seda, cine y <i>nouvelle cuisine</i>	58
13. Amberes: el anillo y el diamante del mundo.....	60
14. Bruselas: plazas, templos, palacios y cómic	62
15. Berlín: cruzar una puerta para perderse en el azul celeste	64
16. Londres: una obra de arte inacabada	66
17. Praga: una copa de cristal listada de oro	68
18. Viena: el vals de los sueños y las estaciones	70
19. Moscú: el rigor del invierno, los colores de la primavera.....	72
20. San Petersburgo: noches blancas y amaneceres azules	74

ASIA

21. Jerusalén: la Ciudad Santa de los hijos de Abraham	78
22. Estambul: una joya entre dos mares	80
23. Dubái: de oasis del desierto al lujo de moda	82
24. Pekín: de las historias viejas al templo de la literatura	84
25. Tokio: cerezos en flor y brillos de neón.....	86
26. Calcuta: crisol de religiones y morada de parias.....	88

ÁFRICA

27. El Cairo: milagro del Nilo, huríes del paraíso	92
28. Johannesburgo: un tesoro de gentes y culturas.....	94

AMÉRICA

29. Nueva York: la estatua de la Libertad y el sueño americano.....	98
30. Ciudad de México: más transparente que el aire	100
31. La Habana: paseo marítimo y noche de baile	102
32. Cuzco: lugar de la alegría	104
33. Río de Janeiro: música, samba y carnaval.....	106
34. Santiago de Chile: entre nieves andinas y costas pacíficas	108
35. Buenos Aires: eterna como el agua y el aire.....	110

OCEANÍA

36. Sídney: varias culturas y una misma playa	114
---	-----

MÁS ALLÁ

37. Antártida: la belleza de la nieve y el susurro de los glaciares	118
38. La Estación Espacial: una ciudad orbitando hacia el futuro.....	120

CONCLUSIONES. Acuarelas del punto azul pálido	123
--	------------

1. Un espectáculo visual para los ciudadanos.....	124
2. Una forma de mirar más moderna	126
3. Palabras e imágenes para contemplar la belleza	130

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA.....	133
------------------------------------	------------

FUENTES VISUALES	137
-------------------------------	------------

NOTA DE AGRADECIMIENTOS.....	139
-------------------------------------	------------

PRESENTACIÓN

Uno de los recorridos más sorprendentes para el visitante de los Museos Vaticanos es la *Galleria delle carte geografiche*. Al oeste del patio del Belvedere, este espléndido corredor sorprende al estar decorado en su totalidad con mapas de las diferentes “comarcas”, repúblicas, ducados o reinos, de la península Itálica. En dichas planimetrías aparece nuevamente la sorpresa al observar, en extraña perspectiva caballera, la vista de las principales ciudades habidas en dichos territorios. En total cuarenta paneles organizados de norte a sur y de este a oeste y contemplados desde Roma, que ocupa la posición central. No deja de ser curioso, que un papa, en este caso Gregorio XIII, encargase en 1580 al fraile dominico, Ignazio Danti, matemático, astrónomo y cosmógrafo, afrescar una de las más amplias estancias de los Palacios Vaticanos, con una temática fuera de lo religioso. Sin embargo, que el papa recorriera los 120 metros de la sala como si su persona fuera la cordillera de los Apeninos, viendo a su derecha las tierras bañadas por el Tirreno y a la izquierda las del Adriático, no solo lo complacía, sino que reforzaba su poder y a través de él el de la catolicidad.

El gusto del papa por los mapas no era excepcional y por las mismas fechas, un cardenal, Pablo Farnese, que había contratado a Vignola en su villa de Caprarola, decorará la estancia más significativa de la misma con un mapamundi en el testero frontal, mapas de los “cuatro continentes” en las paredes laterales y flanqueando la puerta de entrada, el mapa de Judea y el de la península Itálica. Así, podríamos continuar enumerando palacios no solo italianos, también españoles y de otros lugares de Occidente, en los que los mapas se desplegaban por los muros, las vistas de ciudades por las cornisas, y sus habitantes, riquezas y circunstancias, en apoteosis por los techos.

Pero, ¿qué pretendían estos comitentes que, renunciando a los temas habituales, optaban por cartografiar la tierra? En este sentido, no encontramos una razón paritaria. A veces, como ocurre en el palacio del Viso, el marqués de Santa Cruz acariciaba la fama rememorando sus gestas marítimas y las plazas

conquistadas. En otros, mapas y vistas generaban una sensación de dominio del orbe a través del conocimiento del terreno, pero en todos los casos, existe también un placer estético, el mero disfrute de la belleza que contenían este tipo de representaciones.

Presentar este libro es un honor, pero a la par es un reto. Lo es, porque su autor Pedro García Martín, catedrático de Historia Moderna en la Universidad Autónoma de Madrid, es un gran conocedor de la historia de la cartografía a nivel internacional. Tuve la fortuna de conocerlo personalmente al cursarle una invitación para impartir una conferencia en el ciclo *Jornadas de Otoño* que organiza el Instituto Universitario de Historia Simancas de la Universidad de Valladolid y, tras escucharle, tuve la certeza de hallarme ante un investigador sobresaliente y un aún, mejor comunicador. Uno de esos extraños oradores que con su mensaje consigue prender intelectual y sentimentalmente a una audiencia universitaria.

Sus primeras palabras de sencilla hermosura ya precisaron la compleja esencia contenida en los mapas. Esos dibujos con los que en secundaria daban inicio las clases de Historia y que yo en mi adolescencia había considerado planos y aburridos, no eran tales. Había poesía, pues como dijo: «Hubo un tiempo en el que los libros de viajes los escribían los poetas, en el que las historias fabulosas las contaban los cuentacuentos y en el que los mapas los pintaban los pintores. Esa fue la Edad de Oro de la cartografía».

Una de las aspiraciones primigenias del hombre ha sido conocer y medir su entorno más inmediato. Por eso, no es baladí el significado de la palabra geometría: *medida de la tierra* porque al medir ordenamos y es el orden lo que facilita el conocimiento y éste nos permite transitar, en este caso por nuestro espacio. Conocer y transitar; para ello era preciso llevarlo a forma, conseguir una representación cifrada, eso es la cartografía. Un mecanismo de aproximación al terreno que ha ido perfeccionando su trazo, su dibujo, con precisión a fin de contar cómo era el mundo.

No se sorprenda el lector por el empleo del verbo «ser» en pasado, porque el mundo no fue como es, y eso también nos lo cuentan los mapas.

Nada hay de coincidente en una carta medieval, con lo que se aprecia en aquellas trazadas tras el descubrimiento del Nuevo Mundo. En las primeras se nos muestra un ámbito impreciso, pues sus límites están desdibujados y en su mayoría, la vista no se ajusta a los puntos cardinales, sino que se ordena (al menos en las

graffias occidentales) en torno a Jerusalén, el centro del mundo. Un modelo que nos habla de una comprensión de la tierra sometida a la fe. Por si fuera poco, el interior tanto de las tierras como del océano (concebido siguiendo el modelo de Tales de Mileto, como un río que envuelve lo terrestre) todo está poblado con extraños seres y animales inspirados en los bestiarios y las leyendas. Era el mundo de “la maravilla”, el mundo de lo sorprendente, de lo monstruoso, de lo ignorado y lo mágico. Un mundo que se desconocía, se temía y por tanto se hacía de difícil tránsito. Los navegantes surcaban los mares atados a la tierra, cabotaban; los mercaderes recorrían la tierra en caravanas, medrosos de encontrarse con entes quiméricos si se salían de las rutas trazadas.

Todo lo cambió América, el cruce del *Proceloso Océano*, la necesidad de registros náuticos y el anhelo de saber, de transmitir con precisión científica el territorio que se había descubierto. Una realidad que necesitaba no de la leyenda y el mito, sino de la maestría, del disciplinado trabajo nacido de mediciones y triangulaciones sobre el terreno, de información exacta. Era vanguardia técnica y, como tal, un secreto de estado que había de guardarse celosamente.

No en vano, tras la llegada de Colón a América y el inicio de la conquista, los Reyes Católicos crearán la Casa de la Contratación de Sevilla, entre otras cosas para dibujar cartas marítimas seguras y actualizar el Padrón Real, un primer proyecto de mapa universal para el que se contó con la aquiescencia de cosmógrafos, pilotos navegantes y artesanos de la pintura, hacedores de un proyecto confidencial custodiado bajo llave. Así, como nos relata el autor, la cartografía española a la cabeza de Occidente, vivió su momento de mayor esplendor con obras tan destacadas como el *Padrón Real* de Diego Ribeiro o el *Planisferio Salviati*. O los tratados del *Arte de marear* de Fernández de Enciso, Alonso de Chaves o Pedro Medina. Y es que, tal y como deja escrito Stefan Zweig en su ensayo *Magallanes. El hombre y su gesta*, «Nunca la cartografía ha llegado a un ritmo tan acelerado como en aquellos cincuenta años progresivos (desde la llegada de Colón a América) durante los cuales se fijó la forma y extensión de la tierra».

Con el paso de los años, la atracción por estas representaciones, sin abandonar su factor práctico, fue cobrando un valor artístico y en Amberes, gracias al trabajo de impresores e imprentas, los mapas se recogieron en libros y se editaron como láminas que embellecían las habitaciones de las casas. Evidencia que se retrata en numerosas pinturas que nos sumergen en la intimidad cotidiana de los hogares. Lo vemos con recurrencia en la obra de Johannes Jan Vermeer; pinturas como *El*

Geógrafo, La alegoría de la pintura, Mujer vestida de azul leyendo una carta, Soldado con mujer sonriente o Mujer con laúd, donde las paredes del fondo, en las que se inscriben las escenas, se decoran con mapas de los Países Bajos, Europa, o con cartas náuticas.

Un mapa es una invitación al viaje, pero no siempre viajar fue posible o placentero. Un libro también es una invitación al viaje, aunque este sea un viaje simbólico, generado en la mente del lector. La idea brotó de la cabeza de un clérigo alemán, Georg Braun: conocer el orbe a través de la panorámica de sus ciudades, lo que alumbró una de las mayores empresas editoriales: *Civitates Orbis Terrarum*, (1572-1617). Seis tomos con ciudades de los cuatro continentes en los que colaboraron cartógrafos como Ortelius y pintores respaldados por el impresor Plantino, a quien Felipe II concedió el monopolio de este tipo de obras.

Ahora bien, las estampas de *Civitates Orbis Terrarum*, no estaban sujetas a ningún procedimiento acreditado, no eran Historia, eran relato sostenido a partir de una perspectiva agradable en la que se destacaban sus hitos más sobresalientes: torres, palacios, catedrales, iglesias... Sin embargo, como posteriormente conseguirán las postales que se enviaban a los conocidos en el ejercicio de nuestros viajes, las vistas de Braun generaron un imaginario sentimental.

La esfera académica tiende a despreciar lo subjetivo, pero en ocasiones lo subjetivo nos ayuda a comprender la realidad. Como sucede en el Arte donde su fuerza reside en lo oculto, lo velado, o como ocurre en la novela, donde lo que se omite resuena con mayor armonía que lo que se escribe, así en la mirada subjetiva reconocemos las claves de lo que fueron aquellas ciudades publicadas por Plantino.

En 1972, Italo Calvino publicaba *Las ciudades Invisibles*. Un libro de ficción con ciudades irreales, pero con un *genius loci* que nos traslada a otras ciudades reales que sí conocemos. Todos pensamos una ciudad conocida cuando nos habla de ciudades aéreas, ciudades divinas, ciudades de recuerdos, ciudades que rememoran la muerte. Y es que una ciudad es más que su panorama formal, es la vida que se oculta en ella, la circulación de historias, de eventos que transitan, los recorridos de sus habitantes por las mañanas, las tardes o las noches. Los ruidos que cada ciudad conserva y que le son propios, el bullicio de sus habitantes en las calles, las campanas, carillones, relojes, muecines. Los aromas que le son propios, como ocurre con el azahar en Sevilla al inicio de la primavera, o del jazmín en verano, el olor ambarino de Fez, o el de los cipreses en el Albaicín granadino. Los usos de la cultura, teatros, librerías, bibliotecas... del ocio en sus cafés,

tascas, plazas y jardines pincelando costumbres propias... en definitiva, un universo caleidoscópico y complejo que se expresa al completo.

Esto es *Panorámicas. Un viaje por las ciudades del Orbe Terrestre*, una sugestiva forma de percibir y mirar treinta y ocho ciudades de la mano de Pedro García Martín. Sin duda un guiño travieso al enciclopedismo de *Civitates Orbis Terrarum*, seis tomos de descriptivas imágenes que mostraban los perfiles, tamaño, incluso las gentes con su particular vestir completando la escena. Aquí, en *Panorámicas*, la imagen se forma con la palabra, la palabra como origen del concepto, de la acción. La palabra que hace visible el pasado y lo incardina con el presente, esa palabra que es pincel apofántico «*Ut poesis pictura*» que concreta y omite. Esa palabra que se trueca imagen en la mente «*imaginatio*» legitima este viaje.

Una odisea sugerente y hermosa que nos permite revivir aquellas que conocemos y amamos y que, a través de su narración poética, consigue que deseemos hacerlo con aquellas a las que nunca hemos llegado. Pero, conocidas o desconocidas, reales o imaginadas, da lo mismo, la aventura de este libro es la belleza del relato, la sensibilidad que trasmite al hablar de mitos fundacionales como el de Libuse en Praga, al penetrar de su mano en Florencia o Bruselas, en Moscú, San Petersburgo, Madrid o Venecia, pasando de la historia al arte, del arte a la luz, del amanecer al crepúsculo y engarzar las ciudades con el sentir escrito de grandes pensadores.

No es simple describir, acotar, definir la ciudad: las ciudades, pues son concreción formal y a la par relato. Son normativa legal y administrativa, al unísono que vivencias atadas a la nostalgia. Son, por tanto, tierra como elemento específico y aire como éter volátil. Aquella tierra sagrada de Jerusalén que convertida en sólida reliquia llenaba el interior de las *Ampollas de Monza*, o ese aire *L'air de Paris*, que selló en burbujas de cristal Marcel Duchamp, transmutado en sagrado elixir místico. Y es que la ciudad, en identidad con el arte, construye un ámbito relacional donde se presencia y evoca la historia, la sociedad y el individuo, el «ahora» y su capacidad para adaptarse al futuro.

Al hablar del autor, de Pedro García Martín, dije que era un gran investigador, pero por encima de ello es un más que notable escritor, un orfebre de las letras que nos enseña a mirar desde lo más profundo de nosotros mismos, el palpito tranquilo, nostálgico, envolvente y plácido de su propuesta. Así, asidos a su texto que, como galeón veterano, nos va desplazando por un sugestivo derrotero, descubrimos asombrados ese tapiz espacio/tiempo que

late en cada panorámica. La emoción de pertenencia a la humanidad en su conjunto y de comunión temporal con la historia. Ese tiempo que, como apunta Nikos Kazantzakis en su novela *La última tentación de Cristo*, es por encima de otras muchas cosas: «el latido de un corazón».

MARÍA CONCEPCIÓN PORRAS GIL

*Directora del Instituto Universitario de Historia Simancas
Universidad de Valladolid*

HOJA DE RUTA

— *¿Viajas para revivir tu pasado? -le preguntó el Gran Kan-
¿Viajas para encontrar tu futuro?*

— *El otro lado es un espejo en negativo -le respondió Marco Polo-.
El viajero reconoce lo poco que es suyo al descubrir lo mucho que
no ha tenido y no tendrá.*

ITALO CALVINO: *Las ciudades invisibles.*

*En Lyon, subí a la torre de la iglesia de La Fourvière para tener
ante los ojos un cuadro sintético de todos mis recuerdos. Desde ese
punto fui dibujando el panorama.*

STENDHAL: *Memorias de un turista.*

Hubo un tiempo en el que los libros de viajes los escribían los poetas, en el que las historias fabulosas las contaban los cuentacuentos y en el que los mapas los pintaban los pintores. De esta guisa hallamos a Homero recitando las aventuras de su *Ilíada* y *Odisea* en palacios refinados y tabernas de los puertos. Al bardo Virgilio escribiendo el viaje del héroe fundacional desde Troya a Roma en la *Eneida*. Y al maestro Vermeer decorando con mapas reales las paredes de las viviendas burguesas de los Países Bajos. Esa fue la Edad de Oro de la cartografía. El apogeo de las leyendas de los mapas. El Paraíso perdido “entre ríos”, que es lo que significa Mesopotamia en griego, y la nostalgia que nos dejó de regresar a su dicha.

Por eso, amigos lectores, cómplices de mapas y de viajes, invoquemos las palabras mágicas del aventurero: “¡*Plus ultra!*”. Y su eco nos revelará que no fue sólo el lema decorativo de un príncipe educado entre los algodones exquisitos de la corte borgoñona. “Más allá” pronto se convirtió en el sueño de Carlos, rey de una España que se dilataba allende de la mar oceánica, en cuya moraleja del cuento acabaría gobernando un imperio universal.

De ahí que en el cortejo fúnebre que tuvo lugar en Bruselas tras su muerte, dibujado por Hieronymus Cock y grabado por los hermanos Johan y Lucas Doetecum (1559), la estampa central era la nave de la Victoria tras la que caminaban las corporaciones de los reinos. Una alegoría del piloto emperador que llevaba la nave del Estado a buen puerto y ese puerto estaba siempre “más adelante”.

El latido de esa quimera pasó del corazón soberano al afán de sus súbditos más aventureros. Unos navegantes que se atrevieron a rebasar las columnas de Hércules con rumbo a mundos ignotos. Unos argonautas que encarnaron dos milenios más tarde al Ulises que superaba pruebas y arrostraba peligros bajo los dedos rosados de la aurora. Una *Odisea* moderna surcando olas gigantes y temporales atlánticos entre las afortunadas Canarias y las monstruosas antípodas. Unos exploradores que, al mando de Magallanes y El Cano y por amor a las especias, dieron la primera vuelta al mundo demostrando su redondez.

Lectores amigos, compañeros de viajes y de vistas, parémonos a pensar en esas epopeyas del Renacimiento desde nuestras confortables existencias. Sin prejuicios ideológicos ni presentismos que falsifiquen la historia. Entonces concluiremos que sólo aquellos marinos que poseían el coraje de los héroes clásicos estuvieron dispuestos a embarcarse en esa cascara de nuez que era una carabela rumbo al “Más allá”.

No fueron los únicos en esta pasión geográfica. A la zaga le siguieron los cartógrafos: pintores de pueblos y de gentes, escribanos de leyendas y maravillas. Los “artistas de mapas” dieron fe de esos hallazgos fabulosos sobre unos atlas mil veces rehechos y otras tantas coloreados sus espacios en blanco. Porque las noticias que iba revelando el Orbe Nuevo dejaban anticuado al Viejo. Es cierto que la imagen del planeta no ha dejado de cambiar desde el origen de los tiempos, pero, como afirmó Stefan Zweig en su ensayo *Magallanes. El hombre y su gesta* (2019), tras la primera vuelta al mundo:

«Nunca la cartografía ha llegado a un ritmo tan acelerado como en aquellos cincuenta años progresivos (desde la llegada de Colón a América) durante los cuales se fijó la forma y extensión de la tierra».

La ilusión del “Más allá” revolucionó, pues, la *imago mundi* en la Edad de Oro de los mapas, las vistas y los viajes. Una imagen del orbe que se nos ha quedado pequeña, como un puzle de países encarcelados en una canica, por lo que hoy hemos pasado a cartografiar los espacios galácticos. No olvidemos que globalizar

viene de globo y que éste gira como una peonza derviche entre las esferas celestes. Más bien acordémonos de la fragilidad humana: ¡la Tierra apenas es una bailarina del cuerpo de baile en la danza eterna del universo infinito!



Figura 1. La nao de la Victoria en el cortejo fúnebre de Carlos V en Bruselas

1. La Edad de Oro de los mapas

La era de los descubrimientos geográficos, inaugurada por los reinos ibéricos a fines del siglo XV, suscitó el anhelo de representar un orbe terrestre que no dejaba de ampliarse. Esas fronteras crecientes, o según se mire, esos confines menguantes, desafiaban la pericia de los cosmógrafos al exigirles trazar mapamundis que habían de ser actualizados de continuo.

Un reto científico que perseguía a la vez construir la imagen del mundo y emocionar mediante su estética, pues, como escribe M^a Concepción Porras Gil en la presentación del libro colectivo *Europa y el mundo atlántico* (2024):

Las nuevas tierras exigieron su conocimiento, de tal forma que, en la conquista al poblador hubo de sumarse el humanista que bien a través de relatos y descripciones, como a través del dibujo y los mapas iba dando forma visual a lo recién descubierto. Dichos mapas que en primer término ayudan a fijarnos en el espacio, a guiarnos para no perder el rumbo en las navegaciones, fueron a la par producciones de una gran belleza... Los mapas por encima de su función eran Arte.

Tras la arribada de Colón a América, vistas las dimensiones de la empresa exploradora, los Reyes Católicos crearon la Casa de la Contratación de Sevilla en 1503 para regular las relaciones comerciales, formar pilotos y dibujar cartas

marinas que resultasen fiables. Las flotas españolas tenían que navegar de forma regular y segura a lo largo de la llamada Carrera de Indias. Los galeones de esta flota de Indias fueron la vanguardia de las exploraciones *Plus Ultra* hacia el Nuevo Mundo y, cuando opere con regularidad la ruta de Manila a Acapulco, serán el cordón umbilical entre España y el Imperio donde no se ponía el sol. De ahí que, en seguida, los monarcas nombrasen la figura del Piloto Mayor de la Casa, cuya misión era el secreto de Estado mejor guardado: elaborar, custodiar y actualizar el Padrón Real. ¡Ni más ni menos que el primer proyecto de mapa universal!

De pronto afluyó a la ciudad hispalense una población flotante en busca de nuevas oportunidades. Desde comerciantes genoveses y banqueros alemanes hasta pilotos y cosmógrafos especializados en el arte de navegar. Desde marineros de todos los puertos resueltos a enrolarse hasta pícaros que repartían en el Patio de Monipodio sus botines robados en la algarabía del Arenal.

La nobleza hispalense erigió palacios renacentistas cubiertos de artesonados mudéjares, bordados de azulejería andalusí y esculturas y medallones grecorromanos. En el de las Dueñas y en la Casa de Pilatos florecieron las obras artísticas, las tertulias literarias y las veladas musicales. El señor de esta Casa de los Adelantados, a la sazón el Marqués de Tarifa, había peregrinado a Jerusalén y viajado por Italia, de donde se trajo obras de arte y escultores que labraron los sepulcros de sus antepasados en mármol para su descanso eterno en La Cartuja. Una Nueva Roma brotó espléndida a orillas del río Guadalquivir, cuyas aguas, tras reponer fuerzas en el remanso del archipiélago canario, desembocaban en la tierra prometida de las Indias.

El trabajo cartográfico reunió a cosmógrafos, artesanos y gentes de mar, los cuales innovaron una ciencia aplicada que se puso a la vanguardia de la “república de los sabios” de Europa. De resultas, la cartografía española vivió medio siglo de esplendor, plasmado en mapamundis globales como el *patrón* o padrón real de Diego Ribeiro y el planisferio Salviati. Así como en tratados sobre el “arte de marear” escritos por Fernández de Enciso, Alonso de Chaves y Pedro Medina, que fueron traducidos a todas las lenguas cultas del mundo.

Los monarcas portugueses, rivales en alcanzar la codiciada Especiería y repartir el Nuevo Mundo, imitaron a sus homólogos hispanos y fundaron una Casa da India en Lisboa para dibujar el *Padrao Real*, pero sus resultados cartográficos fueron más pobres. Lastraban la técnica de confeccionar las cartas portulanas medievales a base de rotular puertos y trazar rumbos.



Figura 2. La nao *Victoria* en el Planisferio Salviati trazado en la Casa de la Contratación de Sevilla

En la segunda mitad del siglo XVI, Flandes, que formaba parte del Imperio hispánico de Felipe II, tomó el relevo en el arte de la cartografía. Ahora los mapas, aliados con la imprenta, se convirtieron en objetos artísticos de una belleza seductora.

Los talleres más prestigiosos donde se confeccionaron pasaron a acercarse en Amberes, cuyo puerto cosmopolita a orillas del río Escalda y la bolsa de valores la hicieron cuna del capitalismo mercantil. Pero también meta de una cultura humanista donde brillaron con luz propia las pinturas voluptuosas de Van Eyck y Rubens, el mapamundi en dos hemisferios de Pedro Apiano, la filosofía de Justus Lipsius, la *Biblia Sacra* de Arias Montano y las prestigiosas ediciones de Christophe Plantin. En torno a su imprenta, que todavía podemos visitar en la plaza del Mercado de los Viernes, este emprendedor reunió a lo más granado de la intelectualidad europea bajo el lema *El trabajo y la constancia*.

Las bases de esta cartografía flamenca las sentaron Gerardus Mercator y Abraham Ortelius, autores y comerciantes de mapas y esferas terrestres, que se conocieron en la feria del libro de Frankfurt y espigaron a la vez tesoros cartográficos en archivos y bibliotecas. De su amistad surgió un intercambio de

conocimientos geográficos que, bebiendo en las fuentes españolas, alumbraron el sistema de proyección de coordenadas cartesianas Mercator (1569) y el primer atlas moderno titulado *Theatrum Orbis Terrarum* (1570) de Ortelius.

Esta última obra, el atlas, atinó a dar con el tamaño y formato idóneos, estableció un método lógico para ordenar los mapas (mapamundi, Europa, Asia, África y Nuevo Mundo) y sentó el principio de actualización propio de esta herramienta cartográfica hasta hoy mismo. El éxito comercial fue tan inesperado como fulminante, por lo que se sucedieron las reediciones y las traducciones a otros idiomas, junto a un mercado negro de copias y pirateo de láminas, lo que era señal de su alto precio comercial y valor artístico.



Figura 3. Atlas de Abraham Ortelius impreso en Amberes en 1570

Nació así un género de libros de mapas que, a la vista de sus grandes beneficios económicos, animó al clérigo alemán Georg Braun a concebir la empresa editorial titulada *Civitates Orbis Terrarum*. Hablamos de seis tomos de panoramas de ciudades de cuatro continentes que, publicados entre 1572 y 1617, serán la colección de vistas urbanas y de sus gentes más famosa de la historia.

El proyecto había tomado cuerpo entre los círculos eruditos de Amberes, donde el emprendedor Braun hizo consultas al reputado cartógrafo Ortelius, reclutó a sus maestros artesanos y ajustó con el impresor Plantin la distribución de los volúmenes y láminas sueltas. El propio padre de la idea redactó los textos en latín que acompañaban a los mapas en sus leyendas y al dorso.

Detrás hubo un trabajo interdisciplinar, a cargo de un equipo formado por los grabadores flamencos Frans Hogenberg y Simon Novellanus, el dibujante Joris Hoefnagel -un viajero impenitente que acompañó a Ortelius en su periplo italiano-, y más de un centenar de artistas que emplearon la perspectiva, la miniatura y la técnica de la visión a vista de pájaro. Entre ellos encontramos a pintores de la talla de Pieter Brueghel, el florentino Francesco Guicciardini y el cartógrafo inglés John Speed. Esta pléyade artística y la cuantiosa información que atesoraban las vistas (paisajes, monumentos, trajes regionales, defensas militares, puentes, puertas, actividades económicas, costumbres, vida material, etc.) fueron garantía de unas cifras de ventas sin igual.

Los lectores doctos y adinerados de la Europa de finales del siglo XVI y principios del XVII, en la encrucijada entre Renacimiento y Barroco, fueron seducidos por los argumentos publicitarios del afanoso Georg Braun en el prólogo de su colección:

¿Qué podría ser más agradable que la lectura de estos libros y la observación de la forma de la Tierra desde la comodidad del propio hogar, ajeno a todo peligro?... Pues adornados con el esplendor de ciudades y fortalezas y, mediante la contemplación de estas figuras y la lectura de los textos que las acompañan, los observadores adquieren conocimientos que sólo podrían conseguirse, de manera parcial, con el sufrimiento de largas y penosas travesías.

Primero abrigó una intuición, pero pronto, al ver la demanda incesante de sus panorámicas, tuvo la certeza de que se dirigía a un público receptivo. Porque el *Civitates* vio la luz en el mismo momento en que había nacido el mercado de mapas entre las élites cultas europeas. Los compradores fueron los consejeros militares y políticos de los reyes, dado que en un palacio moderno no podía faltar una Sala de los Mapas, los humanistas laicos y eclesiásticos, profesores de universidad y particulares, pero sobre todo, la burguesía mercantil.



Figura 4. Toledo en el *Civitates Orbis Terrarum*

Estas panorámicas no las llevaban los capitanes de barco en sus travesías, sino que llenaban de orgullo a los mercaderes que contemplaban las hermosas estampas en su gabinete de curiosidades, donde veían navíos anclados en el Guadalquivir y el Támesis, trabajos astilleros en el arsenal de Venecia, planos de ferias y mercados, sin obviar el atractivo de los lugares santos de Jerusalén y del exotismo ultramarino de México y Cuzco. El valor incalculable que adquirieron estas vistas nos es recordado por José Luis Casado Soto y Agustín Hernando en el libro de estudios sobre la edición facsímil del *Civitates*:

Las representaciones de las ciudades del Mundo y de sus habitantes sirvieron tanto de material estratégico de primera magnitud como de propaganda, es decir, se convirtió en un valioso instrumento para uso del poder, de la planificación y de la publicidad del valor de las ciudades y de los reinos, a través de la difusión de la imagen embellecida de sus núcleos urbanos.

Los mapas de orla fueron herederos de las panorámicas del *Civitates*. Aunque su centro de producción fue Ámsterdam, también serán llamados en francés “*cartes*

à figures”, pues los bordes de su marco estaban ilustrados con vistas de ciudades, trajes regionales y escudos de armas. Así se completaba la información cartográfica del interior y se complacía el gusto estético de los compradores de mapas. De ahí que los maestros de los talleres gremiales contrataran a pintores para embellecer el trabajo de los cartógrafos.

La joya de mapamundi orlado es la *Nova Totius Terrarum Orbis* de Willem Blaeu (1617). Tiene los planetas en la parte superior, los elementos y las estaciones de la naturaleza en los lados, y las siete maravillas de la antigüedad en la base. El primer mapa orlado de España es la *Nova Hispaniae Descriptio* de Jodocus Hondius (1610), que incluye panorámicas de ciudades, tipos sociales y el retrato del rey Felipe III.



Figura 5. Mapa de orla de John Speed

También es muy elocuente el mapa de orla de España por John Speed, fechado en el año 1626, donde se refleja la percepción que un inglés tenía de nuestras tierras. Las vistas de ciudades revelan la importancia que les concedía el autor de mayor a menor: Madrid, Lisboa, Sevilla, etc. Los trajes regionales correspondían a los pueblos con más peso en la Monarquía Hispánica: castellano, aragonés, lusitano, etc. La riqueza topográfica la completaban los modelos de barcos, las leyendas manuscritas y los lugares sensibles, como Menorca y el estrecho de Gibraltar mucho antes de la usurpación inglesa. Por lo tanto, ninguna imagen es neutra, pues hasta en estos mapas de orla de estética muy cuidada puede hallarse información sensible, secretos confidenciales de los países representados.

2. El espectáculo de los panoramas en la cultura visual

La primera visión panorámica del paisaje fue la ascensión de Petrarca al Mont Ventoux en 1336. El poeta cuenta cómo estando junto a la corte papal exiliada en Aviñón, y preso de la melancolía por su amada Laura, escala junto a su hermano el mítico Monte Ventoso: “guiado por el solo deseo de contemplar la excepcional altura de este lugar”. Cuando corona la cima quedó extasiado al contemplar el panorama de las montañas que se vislumbraban frente a sus ojos: “Me quedé estupefacto -escribe el poeta-, impresionado por aquel soplo desconocido de aire, y por el vasto espectáculo que se extendía ante mi vista”.

Entonces abrió por azar un ejemplar de las *Confesiones* de San Agustín que portaba en el zurrón y leyó este fragmento: “Los hombres acuden allí y contemplan asombrados las cumbres de las montañas y las del mar sin límites; pero no se percatan de sí mismos”. El ser humano acaba de hallar en la naturaleza un placer estético, pero no debía limitarse a contemplarla desde fuera, sino a mirar a su interior para conocer su propio paisaje.

Ahora bien, hubimos de esperar tres siglos para que las *vedute* o vistas de ciudades en libros, mapas y pinturas de los cartógrafos modernos se convirtiera en panoramas a partir de la Ilustración. Por entonces, el retratista irlandés Robert Parker diseñó un cuadro gigante de Edimburgo que se extendía por un cilindro de 360 grados. Esto provocaba en el espectador que estaba en su interior la sensación de sumergirse en la ciudad, al tiempo que los efectos de luz y sonido -jugando con el día y la noche- le producían sensaciones fantásticas. A este invento lo llamó *panorama*: del griego *pan* (“todo”) y *horama* (“vista”). Enseguida se crearon salas

estables para su exhibición en Londres, Nueva York y en las principales ciudades de Europa y América a lo largo del siglo XIX. De forma que se convirtió en un espectáculo de masas dentro de la cultura visual de una época que caminaba hacia la imagen en movimiento del cine.

Los ciudadanos de fin de siglo, sobre todo los de clases medias y populares, sentían la necesidad de desplazarse, de conocer nuevos países sin salir del lugar porque no tenían medios económicos. Este sueño de los humildes que no podían pagarse grandes viajes lo satisficieron los panoramas, tanto en pinturas para la diversión óptica como en fotos de revistas ilustradas, las cuales transmitían la sensación de conquistar el espacio a través de escenas realistas.

El mismo efecto lo disfrutaban los pasajeros en el tren, donde la máquina serpenteante de los vagones tirados por la locomotora creaba una atmósfera del viaje que era un canto al progreso, en la que no faltaban el vapor, el ruido y la velocidad. Estos factores industriales modificaron la mirada humana dirigida al paisaje, como señala Lily Litvak en su ensayo *El tiempo de los trenes* (1991):

El ferrocarril lleva a cabo la corografía del paisaje. La locomoción del tren encoge la distancia y exhibe una enorme sucesión de escenarios que en su espacialidad original hubieran pertenecido a dominios separados. El viajero, desde el compartimento, ha adquirido una habilidad sintética de contemplar todo lo que pasa ante su ventanilla, y las sucesivas escenas se despliegan ante él como un panorama.

De ahí que el espectáculo de los panoramas se pusiera de moda en el París de la Belle Époque hasta entonar su canto del cisne tras la Gran Guerra. Las funciones tenían lugar en instalaciones circulares, donde, a través de la pintura, la fotografía o el cine, se creaba un gran friso en la pantalla que trataba de reproducir el paisaje identitario de las ciudades. En la Exposición Universal de la Ciudad de La Luz tuvo un enorme éxito el espectáculo panorámico del Transiberiano Express, pues el público acomodado en los vagones sentía el traqueteo del tren y contemplaba por la ventanilla vistas de paisajes pintorescos, ciudades exóticas y escenas mágicas. Los propios hermanos Lumière diseñaron el suyo en otro recinto de la muestra, que era un escaparate mundial “para las artes y la industria”, a base de fotogramas dispuestos de forma circular, que todavía podemos ver en el Instituto Lumière de Lyon en una recreación de menor tamaño que la parisina.

Esta experiencia lúdica para los sentidos se plasmó en unos edificios ad hoc llamados *rotondas*. La misma lógica visual la podemos percibir en las paredes

ovaladas del Museo de L'Orangerie. Desde sus bancos admiramos las Ninfeas de Claude Monet como si nuestros ojos estuviesen a la altura de los pétalos delicados que florecen en el agua estancada.

Por eso, Walter Benjamin, al que tanto atraía el pasaje de los Panoramas situado en el distrito 2 de París, donde se proyectaban vistas de las capitales del mundo en una sala, afirmó en *El libro de los pasajes* (1927-1940) que:

La arquitectura comienza a emanciparse del arte en las construcciones de hierro; la pintura lo hace a su vez en los panoramas. El punto culminante en la difusión de los panoramas coincide con la aparición de los pasajes. Se hacían incansables esfuerzos por convertir los panoramas en moradas de una imitación perfecta de la naturaleza a través de artificios técnicos. Intentaban imitar los cambios de las horas del día en el paisaje, la salida de la luna, la caída del agua en las cascadas... Y en ese punto, anticipan, más allá de la fotografía, las películas mudas y las habladas.

3. La polisemia de los panoramas

El *Diccionario de la lengua española* contempla cuatro acepciones para la palabra *panorama*: 1) “Paisaje muy dilatado que se contempla desde un punto de observación”; 2) “Aspecto de conjunto de una cuestión”; 3) “Vista pintada en un gran cilindro hueco, en cuyo centro hay una plataforma circular, aislada, para los espectadores, y cubierta por lo alto a fin de hacer invisible la luz cenital”; y 4), en teatro, “Telón situado al fondo de la escena y que, por medio de la iluminación, simula el cielo o un espacio abierto”.

Del término *panorama* derivan las expresiones: “imagen panorámica”, para referirse a la que cubre todo el paisaje; “pintura panorámica”, la que capta de forma global un paisaje o una batalla; y “panorama urbano”, donde se destacan los edificios más altos. El perfil urbano o *skyline* de una ciudad, que reúne todas las demás acepciones, nos permite conocer su naturaleza de un solo vistazo: religiosa, militar, política, económica, residencial, etc. Es el mismo método de percepción que el que empleaba Sthendal para sintetizar sus recuerdos de Lyon. Del mismo modo que, en *La Regenta* de Clarín, el autor abre el libro con una descripción panorámica de Oviedo: «La heroica ciudad dormía la siesta...». Y de seguido, uno de sus protagonistas, el magistral Fermín de Pas, oteaba con un anteojo al vecindario y a la “guapísima señora” Ana Ozores desde el campanario de la catedral.

Las panorámicas de un paisaje pueden describirse vistas desde el exterior hacia el interior, y viceversa, contemplarse desde dentro hacia afuera. La percepción de una ciudad desde sus alrededores hacia el centro destaca los edificios históricos, los pulmones verdes y los espacios identitarios, como, por ejemplo, hace André Gide en este *Diario de viaje por Italia* (1895) donde contempla Florencia desde una de las colinas que la rodean:

San Miniato, con el tiempo más espléndido posible. Tan pronto cubierto, pero suavemente, como casi por entero azul y coloreado al atardecer a causa de las abundantes brumas; toda la ciudad se funde en una estufa dorada: los tejados son de color endrina, sobresalen la cúpula y su campanario, la torre del Palacio Viejo; las colinas parecen alejarse; la elevada montaña frente a Fiesole resulta imponente. El admirable Arno aparece a retazos, a la entrada y a la salida de la ciudad. El sol se pone inundando de suave y velada gloria todo lo que vemos en las terrazas de mármol del cementerio, en un marco de cipreses mortuorios, casi negros, severos y como hay que serlo en Florencia.



Figura 6. Florencia en el *Civitates Orbis Terrarum*

En cambio, si invertimos el punto de vista, la mirada desde una población habitada hacia el medio ambiente, como es el caso entre la tierra y el mar, nos hace cobrar conciencia de la majestuosidad de la naturaleza, como ejemplifica este fragmento de Jean-Luc Bannalec en *El secreto de Île-de-Sein* (2018):

La panorámica sobre el Atlántico desde el faro era maravillosa y se extendía a lo lejos hasta el infinito, ampliándose una y otra vez con cada mirada... El infinito era azul. Todo era azul... Durante un momento se sintió embriagado. Era como si flotara, como si por arte de magia estuviera suspendido en el aire y a su alrededor solo hubiera agua y cielo. Majestuoso.

A ello se unía otro efecto importante: desde allí se podía ver..., no, de hecho, se podía comprobar que la tierra es redonda. Allí arriba, a cincuenta metros sobre el nivel del mar, justo en medio, se podía apreciar con nitidez que el horizonte estaba arqueado. Esto solo pasaba junto al mar. De pequeño, a Dupin eso le había fascinado, aunque nunca de un modo tan intenso como entonces desde esa atalaya.

Del mismo modo, todas las personas tenemos imágenes de las ciudades que hemos habitado y de las que no hemos visitado: de las casas madres y de los lugares imaginados. Por tanto, el estudio de las panorámicas urbanas, al igual que su percepción visual, puede realizarse desde una perspectiva exterior e interior. La exterior la efectuamos a través de las fuentes históricas, las ciencias sociales, los estudios científicos y los mapas y planos. La interior consiste en nuestra selección personal de los rasgos culturales, sociales y económicos que a nuestro juicio caracterizan cada urbe. Luego no hay una imagen única de las ciudades, sino múltiples versiones que construimos en nuestra mente, compuestas por las artes, las letras, los regímenes políticos y los modos de vida que nos emocionan de cada lugar.

4. Nuevas miradas a las ciudades del mundo

Pues bien, ahora que rondamos el medio siglo de la edición del *Civitates Orbis Terrarum*, el autor del presente libro se inspira en aquella joya iluminada para repasar las panorámicas de las grandes ciudades del planeta con el fin de describirlas. De esta forma actualizamos sus vistas panorámicas del perfil, a vista de pájaro o detalles del conjunto cívico. Es como si rediseinásemos los atlas actualizándolos o como si refrescásemos la memoria adormecida de los lugares que antaño visitamos.

A este escritor, que lleva décadas de docencia sobre sus hombros, le mueve el deseo de enseñar deleitando y aprendiendo mientras describe cada ciudad. Tiene en mente la máxima de Séneca: “Los hombres aprenden mientras enseñan”. Le complementan las imágenes que acompañan al texto retratando el paisaje vívido siguiendo la máxima de Ralph Waldo Emerson: “El paisaje le pertenece a la persona que lo observa”. De la mano de ambos soportes, literarios y fotográficos, daremos una vuelta al mundo a través de sus panorámicas urbanas.

Este libro de letras y vistas será, en realidad, una *Nova Civitates Orbis Terrarum et Plus Ultra*, una nueva colección de ciudades de la tierra y del más allá, porque también haremos un guiño a las futuras ciudades galácticas a través de la estación espacial. Acaba de diseñarse el *Global CTX Mosaic of Mars*, un mapa en 3D que permite

visualizar la superficie del planeta rojo, mientras una sonda viaja a Júpiter adonde llegará cuando este libro esté recién publicado. De manera que, siguiendo el orden de continentes establecido por el primer atlas, hemos escogido 38 ciudades representativas del mundo actual, más una alegoría de la exploración del cosmos como coda, para componer este álbum de panorámicas literarias y artísticas del siglo XXI.

En la selección tratamos de seguir el índice del primer atlas moderno de la Historia, el *Theatrum Orbis Terrarum* (1570) de Abraham Ortelius, en el que se inspiró Georg Braun para planificar las estampas del *Civitates Orbis* (1572-1617). El cartógrafo flamenco y el clérigo alemán, como hemos explicado más arriba, diseñaron el modelo de atlas moderno. Este reúne un el método para ordenar los mapas de levante a poniente (el Orbe de la Tierra o mapamundi, Europa, Asia, África y el Nuevo Mundo) y el principio de actualización geográfica que garantiza mantener su vigencia.

De resultas, en nuestro atlas de panorámicas del siglo XXI hay más ciudades de Europa que de otros continentes, pero no porque nuestro enfoque sea



Figura 7. Geógrafos y astrónomos en la Casa de Rubens de Amberes

etnocentrista, sino para seguir el modelo del *Civitates* que es la obra original de vistas urbanas a partir de la cual podemos compararlas con las actuales. Por esa misma razón, en algunos casos hemos preferido mantener las ciudades que aparecieron en los volúmenes del siglo XVI (Amberes, Calcuta y Cuzco) en lugar de las capitales actuales de sus respectivos países. A buen seguro estas últimas serán más populosas e importantes, pero no nos sirven para analizar la evolución de su *skyline*. Y, al contrario, hay ciudades que han protagonizado el mundo contemporáneo (desde Nueva York a Tokio) y otras futuristas (de Sidney a Dubái) que no aparecían en el *Civitates*, pero que son el paradigma de las panorámicas coetáneas. Por último, hacemos un guiño al “más allá” de la Antártida terrestre y de los planetas de nuestra galaxia celeste.

5. La percepción vertical del paisaje

Nuestra cosmovisión responde a la reciente percepción vertical del paisaje. El cambio en la mirada hacia el paisaje se ha acelerado a lo largo de la historia. Desde la antigüedad hasta el siglo XIX esa visión fue frontal. El caminante y el navegante oteaban el horizonte siempre en lontananza del sendero y del mar. El ferrocarril trajo consigo una vista lateral del espacio y la encuadró en el marco de la ventanilla. El lienzo resultante fue una sucesión de imágenes cinematográficas, coloristas y efímeras que coincide con la pintura impresionista. Estética que, a su vez, se refleja en la literatura de fin de siglo, al modo en que Azorín describió su viaje entre Oviedo y La Arena:

Salí cuando la tarde empezaba a declinar. El tren, de pronto, se cuela vertiginoso en un túnel; luego aparece en un valle ancho, verde, sombreado por pomaradas y castaños; surgen de las caserías lejanas hilillos de humo tenue, azul; el cielo está radiante y los últimos rayos del sol se entrelazan entre los árboles que dentellan las colinas y caen suaves sobre el ancho cristal de un río. Y de minuto en minuto cambian la coloración del paisaje, el contraste de luz y de sombra, la diafanidad del ambiente.

Después del tiempo de los trenes vino la perspectiva vertical del paisaje. La que posibilita el avión al permitirnos observar la tierra a vista de pájaro. Y la que ofrece el submarino que desciende a los abismos oceánicos. El novelista Julio Verne fue consciente de ese cambio de percepción: sobre el cielo a través del vuelo por África en *Cinco semanas en globo* y bajo el agua recorriendo el lecho del mar con el capitán Nemo al timón del *Nautilus*.

Desde el inicio de la navegación aerostática, se multiplicaron las vistas de panoramas aéreos y terrestres, así como las facilidades para cartografiarlos, como describió el astrónomo Camille Flammarion en su libro *Viajes en globo* (1877):

“Un panorama siempre maravilloso se extiende bajo nuestras miradas atónitas. Las verdes campiñas se suceden unas a otras, apenas onduladas, pues las colinas son allanadas por la altura dominante de nuestro observatorio. Los ásperos olores de los grandes bosques se elevan hasta nosotros como una dulce atmósfera de perfumes. Parece que nuestros sentidos se hallan en condiciones especiales de goce...

Cuando se viaje definitivamente en globo ¿qué servicios no podrá prestar para el levantamiento de planos y para la topografía?”.

En el mundo actual hemos incorporado a nuestro quehacer cotidiano la vista desde las alturas: ya sea a través de los drones, ya consultando *Google Earth*. Al tiempo que navegamos por el paisaje virtual de la Red y las ficciones visuales del metaverso.

Leemos, pues, el espacio en las pantallas de los dispositivos informáticos. Sin embargo, no hemos dejado de admirar la observación del espacio desde las atalayas urbanas que nos ha legado cada época: el campanario de la catedral de Santiago de Compostela, las torres medievales de Bolonia, la Giralda de Sevilla, el mirador de San Miniato y el campanile del Giotto en Florencia, las pagodas de Nankin y de Kioto, la Torre Eiffel en París, la Mole Antonelliana en Turín, el Empire State de Nueva York y la Torre de Shanghai, entre muchas otras alturas icónicas.

Acodados en sus miradores, embriagados por la prepotencia de rozar las nubes, sentimos dominar la ciudad en miniatura que se extiende a los pies de nuestra vista. La poseemos a capricho en las maquetas en relieve y los carteles para identificar los edificios que vislumbramos a lo lejos. La acercamos a la medida de nuestros ojos mediante los telescopios de monedas y los *zoom* de los teléfonos móviles que nos convierten en *paparazzi* del paisaje. La fotografiamos con cámaras que captan una mayor porción de la escena que las fotos normales. Unos puntos de vista alargados en 360 ° que se remontan a los daguerrotipos del alemán Friedrich von Martens y al método de George Barnard en la Guerra Civil americana. Poco después, esta técnica se puso de moda con las cámaras norteamericanas Kodak y rusas Horizon, hasta que hoy las podemos fotografiar con el *smartphone* y con la aproximación digital de Cirkut.

Pero es que, a ras de suelo, recorremos la ciudad en autocares turísticos que nos ofrecen hacer un tour panorámico por su callejero, parando en los miradores que arrojan las vistas más clásicas. Estas excursiones “inocentes” nos dejan una huella sentimental de los lugares contemplados y fotografiados.

Este vano poder que los espectadores gozamos desde las panorámicas urbanas nos recuerda la advertencia de Italo Calvino en la cabecera sobre lo poco que el viajero tiene en los lugares que visita y lo mucho que nunca tendrá. No obstante, la soberbia de esta mirada posesiva ha echado raíces en la cultura de masas, materializada en recuerdos *kitsch* que los turistas se llevan a casa, tal como explicamos en nuestro libro *El paisaje pintado* (2022):

Este ejercicio visual se ha convertido en un aliciente para los turistas. Suben a la Torre Eiffel, al campanario de las catedrales y a los rascacielos de Nueva York para contemplar una ciudad de la que se sienten dueños por un instante. Más tarde, prolongan esa “apropiación” del espacio a través de la nostalgia de los souvenirs: postales y bolas de nieve antaño; imanes, vídeos y selfis hoy día. Lo que podemos llamar las “imágenes pobres” de la cultura popular.



Figura 8. Valladolid en el *Civitates Orbis Terrarum*

6. Una invitación al viaje

Este ensayo, sugerido por el *Civitates Orbis* para percibir las ciudades medio milenio más tarde, es toda una invitación al viaje. La literatura y las ilustraciones conversan en torno a las ciudades del orbe terrestre y aún sideral. Los amigos lectores de escritos y de vistas saben que como propusimos en nuestro ensayo *Leyendas de los mapas. Una lectura geopoética de la cartografía* (2022):

Nos embarcamos en un viaje a través de países fabulosos que embellecen las enciclopedias y los atlas. Porque hubo un tiempo en el que los prólogos de los libros de

viajes los escribían los poetas; donde las cartelas de los mapas preciosos las rotulaban los pintores. Toda una alianza entre palabra y arte para describirnos una imagen del mundo cargada de promesas.

Partamos soñadores hacia sus páginas felices. Admiremos sus vistas multicolores. Nuestra brújula de aventuras serán los versos del sabio: ¡para las personas enamoradas de las letras y las pinturas el universo es igual a su vasto apetito!

Amigos lectores, recuperemos el tiempo en el que los libros de viajes los escribían los poetas, las historias fabulosas las contaban los cuentacuentos y los mapas los pintaban los pintores a través de estas panorámicas urbanas. Léidos sus relatos y miradas sus vistas iluminarán el viaje de nuestras vidas en pos del “más allá”.

EUROPA

1. De Madrid, el cielo y la patria de todos.



Figura 9. Estatua de Felipe III en la Plaza Mayor de Madrid

“De Madrid, el cielo”, es el lema feliz de la capital de España. De Madrid -quiere decir-, lo más valioso no son los trajines ni las verbenas, tan sólo apariencias de su ser, sino la sinfonía de auroras que mecen maternales su cuna celestial. “La región es muy templada y de buenos aires, y limpios cielos, las aguas muy buenas...”, - alababa ya el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo en 1546, unos años antes de convertirse en Villa y Corte-. El firmamento azul marino, la finura del aire y la pureza del agua son los poemarios que cantaron sus ingenios -Cervantes, Lope y Quevedo- al Madrid del Siglo de Oro. Las galas de su belleza serena.

Miramos el panorama desde la goyesca pradera del Santo. El vendaval de la historia, las rozaduras del tiempo, han descosido los hilos de oro y plata de aquel tapiz áureo. Pero por su oleaje celeste de espumas blancas que son las nubes sigue navegando el galeón madrileño para rodear el globo terrestre a vista de pájaro y aún el cosmos a ojos de astrónomo. Desde donde la Osa Mayor cuida de su oseño rampante en la Puerta del Sol. Los mástiles del Palacio de Oriente, la catedral de La Almudena y la cúpula de San Francisco en el castillo de popa y el mascarón de las Torres de Chamartín en la vanguardia de proa despliegan sus velas bordadas de ilusiones y henchidas de futuro.

Entre tanto, la estatua de Felipe IV, de manos frente al mundo, cabalga por un prado de estrellas que protege con su manto brillante a un vecindario afanoso y bravo como pocos. La paleta de Velázquez hermosea en el Museo del Prado las nieves de vellones merinos del Guadarrama y puebla la atmósfera palaciega de unos personajes que exhalan humanidad. El parpadeo de ojos de las puertas de Alcalá y Toledo nos invitan a aventurarnos por los puntos cardinales que rondan la cintura del centro histórico.

Allá donde las deidades paganas y cristianas siempre han convivido respetuosas en la imaginaria de la urbe. La madre Cibeles fertiliza la tierra; san Isidro la labra. El almirante Neptuno patrulla el mar; la Virgen de Atocha vence en Lepanto. Jesús de Medinaceli encarna al hombre doliente; el Ángel Caído maldice su exilio de las alturas. El sol de Amón sale por el templo de Debot; la luz de Cristo ilumina la capilla más humilde de San Ginés. Cada uno a lo suyo y todos tan contentos.

La Villa y Corte, como los seres humanos, late al compás de la sangre saludable que riega su mente despierta y nutre su cuerpo cívico. *Mens sana in corpore sano*, que dijo el clásico. Sus venas son los ríos Jarama y Manzanares, satirizado por haber sido durante siglos una promesa de agua, pero que hoy solaza a los paseantes junto al parque de Madrid Río. Sus arterias se ramifican desde la médula que recorre la calle Mayor, remansa en las plazas de la Villa y Mayor, bulle en la Puerta del Sol y desemboca en el recoleto paseo del Prado. Lo dicen los libros que atesoran saberes en las casetas de la Cuesta de Moyano.

Sus pulmones son los espacios verdes de la Casa de Campo, el monte del Pardo, el parque del Buen Retiro y el Jardín Botánico, que cultivan paisajes perfumados de flores y frutos. Su vientre se alimenta en los mercados de La Cebada y San Miguel y su gusto paladea los manjares de los restaurantes clásicos de Botín y Casa Lhardy. Las extremidades se reparten entre recintos festivos, teatros, museos, hoteles y bares. Su corazón palpita en los quehaceres de los hombres y las mujeres que protagonizan los trabajos y los días de una capital que nunca duerme.

Saben que cuando los desastres de la historia pinchan las venas, taponan las arterias, o encharcan los pulmones, la ciudad se desangra, se infarta y se asfixia. De manera que bajo ese cielo azul pintado por artistas y escritores conviven vecinos y foráneos, madrileños todos, en la armonía cosmopolita que ya recitara Pedro Calderón de la Barca:

Es Madrid patria de todos,
pues en su mundo pequeño
son hijos de igual cariño
naturales y extranjeros.

2. Toledo: una joya engastada en tres culturas.



Figura 10. Panorámica de Toledo desde un cigarral

«Está puesta en la sublime cumbre/del monte,/ de antiguos edificios adornada./ Y desde allí con agradable mansedumbre/ el Tajo va siguiendo su jornada/ regando los campos y arboledas», alababa Garcilaso de la Vega en una *Égloga* la forma más querida de mirar Toledo: ¡una joya engastada sobre la acrópolis cuyas faldas ciñe la herradura rumorosa del río!

Esta es la vista más común de la ciudad imperial, la que admiramos desde el cerro que acoge hoy al Parador Nacional, flanqueado por cigarrales donde verdean los cipreses y cantan las chicharras. La que nos invita a mirarla en un plano secuencia que va desde el castillo de San Servando y la fortaleza del Alcázar, recorre la bulliciosa Calle del Comercio y la esbelta catedral de Santa María, hasta morir en los pináculos isabelinos del monasterio de San Juan de los Reyes. Y en cada extremo del cuadro hay un puente que salva el abismo fluvial: el de Alcántara, que viene sirviendo de entrada desde los romanos, y el de San Martín, cuya sillería mudéjar rematan dos torreones almenados. Unos viaductos de piedra dorada cuyos ojos parpadean sobre el espejo de las aguas cristalinas.

Sigue siendo Toledo una ciudad con una calle y tres culturas. Una sola calle, sí, pero que da mil vueltas. Tres culturas y otros tantos barrios -cristiano, judío y

musulmán-, pero que multiplican el atlas de países y el raudal de creencias que traen en sus mochilas las oleadas de turistas que desembarcan en la playa de la vega y rompen en el acantilado del Miradero.

El viajero que llega hasta sus umbrales -en coche, o mejor en tren, por el encanto de su estación neomudéjar- atraviesa la Puerta de la Bisagra bajo el escudo imperial de Carlos V, cuya águila bicéfala mira a Madrid y a Viena, sus cuarteles evocan los reinos de las Españas y cuelga el vellocino de oro de la Orden del Toison. Asciende por el laberinto de cuestas, pasa bajo la coqueta Puerta del Sol y se allega a la plaza de Zocodover, donde antaño se celebraban mercados y festejos. Ahora es el punto de partida para que los turistas deambulen entre artesanías de espadas y armaduras, damasquinados hilados con oro y plata, productos de la tierra y souvenirs. Aunque es el visitante quien escoge los espacios en los que va a adentrarse: religiosos -catedral, mezquita y sinagoga-, civiles -hospitales y museos-, mágicos -cuevas subterráneas y palacios encantados- y lugares de placer para pasar “una noche toledana” en duermaveela. Durante el paseo, los personajes de El Greco, con sus ropajes de dorados bizantinos y colores venecianos y los ojos al borde de la lágrima, nos mostrarán la frontera entre el cielo eterno y la tierra mortal.

Asomados a un mirador de los montes, en ciernes de un crepúsculo encendido, recordamos la *Canción de amor desde lejos* de José García Nieto, donde el poeta aúna su añoranza de la amada y de la ciudad:

Toledo en mi corazón
y en mi soledad tus ojos...
Para decirte, mi amor,
dónde empiezan mis caminos,
a Toledo he de volver
con tus ojos por testigo.

3. Valladolid: raíces profundas y plaza cívica.



Figura 11. Fotografía de la Plaza Mayor de Valladolid

«Yo soy como los árboles: crezco donde me plantan. Hasta tal punto, que si un día me alejaran de Castilla no acertaría a vivir. Castilla, Valladolid, esta es mi tierra», declaró Miguel Delibes su profundo arraigo a la ciudad pucelana durante la presentación de su novela *El hereje* (1998). Valladolid y Castilla fueron los protagonistas de sus libros, de los que tomó los argumentos, los personajes y las palabras con las que los escribió, convencido como estaba de que “mi patria es mi infancia”.

El viajero, que ha estado leyendo ese alegato contra la intolerancia a la sombra amena del parque de Campo Grande, se acerca a la auténtica casa de Cervantes en la calle del Rastro, un genio maltratado por sus contemporáneos. Hoy es un museo embellecido por un jardín, una fuente y la fachada del antiguo Hospital de la Resurrección. Pero si la desnudamos de su mobiliario historicista, si pensamos en que la familia del escritor vivía hacinada en un cuarto, nos daremos cuenta de su pobreza de solemnidad.

Este es el contraste de luces y sombras que vivió la ciudad durante su esplendor capitalino. Para recrearlo nos adentramos en los soportales de la Plaza Mayor, desde los que admiramos el Ayuntamiento, el Teatro Zorrilla y la estatua del Conde Ansúrez. Un modelo de convivencia cívica para las posteriores plazas de España e Hispanoamérica. Desde este ombligo urbano visitamos los palacios de Vivero y de Pimentel, donde nació Felipe II, antes de perdernos por la calle Cebadería de ecos gremiales, las iglesias de San Benito, La Antigua, San Miguel y San Julián y San Pablo. Salimos de este deambular derviche para detenernos en el Museo Nacional de Escultura en el Colegio de San Gregorio. En su fachada nos reciben unos salvajes o personajes selváticos que actuaban en las fiestas cortesanas. Unos primos

hermanos con mazas de los que podemos ver en la catedral de Ávila, los hombres verdes de la seo de León y en ilustraciones del ceremonial de los Austrias.

Paseando por las calles concurridas imaginamos encontrarnos con el Licenciado Vidriera en una acera de la rúa de San Francisco ejerciendo su agudeza, pues está dando sentencias sobre las profesiones por las que les preguntaban los vecinos. Pero ese tiempo nos hace recordar la intriga palaciega del valido Lerma que convenció a Felipe III de la necesidad de trasladar la corte en Valladolid. A la postre, resultaron fuegos de artificio para la ciudad del Pisuerga, pues como escribe Bartolomé Bennassar en *Valladolid en el Siglo de Oro* (1983): “El duque ha conseguido de la ciudad todo lo que podía esperar y más”.

Cuando el monarca la abandona en 1606 se podía pensar en su decadencia, pero la pérdida de la capitalidad no fue óbice para una modernización que no ha dejado de progresar hasta hoy día. Lo sentimos en la salas de conferencias de la Universidad y en el aire renacentista del palacio de Santa Cruz, en el parisino Pasaje Gutiérrez y en la playa fluvial de Las Moreras. Y es que para llegar a la Pucela contemporánea, iluminada por la noche con la Cúpula del Milenio, la ciudadanía no ha dejado de andar al compás de la Historia sin renunciar a sus raíces. Para muestra, baste un botón. En 1911, el poeta Jorge Guillén vuelve a la casa paterna después de haberse imbuido de las corrientes de pensamiento europeo en un internado suizo y, agradecido a su cuna pucelana, canta:

Villa por villa en el mundo
cuando los años felices
brotaban de mis raíces,
tú, Valladolid profundo.

4. Sevilla: nostalgia de Indias y aroma de jazmines.



Figura 12. Fotografía de la catedral de Sevilla

«Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla y un huerto claro donde madura el limonero» cantaba Antonio Machado en el poema *Retrato* a su paraíso perdido entre juegos tiernos y fragancias floridas. «Mi infancia son recuerdos de Itálica famosa cuna de emperadores», evocaba la propia Sevilla sus ilustres orígenes como capital de Hispania hasta encarnarse en la Nueva Roma del Renacimiento. Entre medias, salimos del jardín de las Hespérides plantado de naranjos hasta la taifa almohade de al-Ándalus reconquistada por Fernando III el Santo y, tras el descubrimiento de América, nos asomamos a la puerta para embarcarse rumbo a la tierra prometida del Nuevo Mundo.

El mejor mirador de Sevilla es la Giralda: la veleta que proclama a los cuatro vientos la grandeza de Híspalis. Desde su campanario, el Licenciado Desengaño, en la sátira *Anteojos de mejor vista* (1625) de Rodrigo Fernández, mostraba a sus amigos “cultibravos” cómo Don Dinero iba ganando el pulso a Doña Honra, pues: «hoy uno puede ordenarse de su señor a título de su dinero». Y siguiendo su ejemplo, el *Diablo Cojuelo* (1641) de Vélez de Guevara, cuya entrada en Sevilla hizo a través de “un jardín terrenal plantado de jazmines”, señalaba a su compañero de aventuras las

galas hispalenses que son las mismas que ahora contemplamos. Los edificios principales de la Giralda, la Torre del Oro, la Casa de la Contratación, los Alcázares y el palacio de los Adelantados o Casa de Pilatos, en cuya fachada lucen las cruces de Jerusalén labradas tras la peregrinación del Marqués de Tarifa a Tierra Santa. Sin embargo, a vista de pájaro desde los cielos, el demonio tullido también se dio cuenta de la fuga de los metales preciosos al extranjero: “populosa ciudad -lamenta-, que reparte a todas las provincias del mundo la sustancia de lo que traga a las Indias en plata y oro, y que es avestruz de Europa, pues digiere estos generosos metales”.

De aquel tiempo nos llegan los ecos de su doble cara: las luces del país de Jauja y las sombras de la corte de los Milagros: «un microcosmos de oro y barro», como la llamó Carlos Martínez Shaw. Quedémonos con las escenas de su teatro barroco cuando procesionan pasos y capirotos en Semana Santa, desfilan figuras coloridas y suenan campanas desatadas en el Corpus, revolotean jinetes y mantones de Manila durante la Feria de Abril y, desde los honestos a los pícaros, nunca faltan los requiebros de muchachas por el paseo del Arenal. La herencia de ese Siglo de Oro nos permite cruzarnos por las calles con los tipos populares que pintara Diego Velázquez, reconocer en las caras los niños mendigos y los ángeles traviesos de Murillo, ver a Don Juan galantear a doña Inés en el barrio de Santa Cruz y fijar las pupilas en las pupilas azules de las enamoradas de Bécquer.

La ciudad bañada por el Guadalquivir ignoraba que la tiranía del tiempo la exiliaría del océano por el escaso calado del río para los buques que sucedieron a los galeones de la flota de Indias. Un retiro a puerto seco que no la impedirá ser el faro que iluminó al mundo durante Exposición Iberoamericana de 1929 y la Exposición Universal de 1992. Cuando la *Alabanza a España* de San Isidoro se hizo alabanza de la cabeza de una Andalucía moderna y cosmopolita que siempre huele a especias y azahares.

Nuestra Sevilla son los mismos recuerdos de Lope de Vega que, melancólico de amoríos juveniles, cantaba en la comedia *Amar, servir y esperar* (1635):

Vienen de Sanlúcar
rompiendo el agua
a la Torre del Oro
barcos de plata....
Barcos enramados
van a Triana;
el primero de todos
me lleva el alma.

5. Barcelona: miradores encumbrados y ramblas de las flores.



Figura 13. Fotografía de la avenida de la Reina María Cristina de Barcelona

«Y así, me pasé de claro a Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única», escribe Cervantes en *El Quijote* la mayor alabanza que la ciudad condal ha recibido en la historia de la literatura.

Quiso además que Don Quijote y Sancho descubriesen el mar sembrado de galeras en la playa de Barcino, tal como las rodea una especie de arcoíris dorado en el *Civitates*, pareciéndoles “espaciosísimo y largo, harto más que las lagunas de Ruidera que en la Mancha habían visto”. Y que entrasen por primera vez en una imprenta donde estaban corrigiendo la *Segunda Parte de Don Quijote* «compuesta por un vecino de Tordesillas, que en mi conciencia pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente», concluyen su estancia tirando de humor cervantino. Es el preludio a la tragedia vital del hidalgo: su derrota en singular duelo con el caballero de la Blanca Luna y el regreso desencantado a su casa.

Las vistas de Barcelona varían según el mirador donde nos apostemos. La más clásica es la de Monte Tibidabo, adonde subimos en funicular para ver la ciudad tendida a nuestros pies, elevándonos aún más en el aire si nos montamos en la noria multicolor del parque de atracciones. La del Turó de la Rovira en el barrio del Carmelo embellece la puesta de sol. La de Midgia permite recorrer la silueta del puerto y los tinglados del muelle. La del Parque Güell nos introduce en las fantasías de Gaudí que luego paladaremos en la Sagrada Familia, la Casa Batlló, la Pedrera y el Palau de la Música. La de Monjuïc, tras rendir visita al castillo y perderse por el laberinto del Pueblo Español, es un ángulo estratégico para observar la cuadrícula

de manzanas del Ensanche y los rascacielos camaleónicos de la Torre Agbar, el Hotel Arts y el Edificio Colón.

A pie de asfalto, partimos desde el Born, que fuera el corazón aristocrático del dédalo de callejas que tejen la Barcelona gótica. De seguido, vemos a los pies de la catedral de la Santa Cruz el mercado navideño de la Feria de Santa Lucía, el gran rosetón de la basílica de Santa María del Mar, la iglesia románica de Santa Ana, la casa del Arcediano con su patio de columnas y el Palacio Episcopal donde reside el arzobispo. Esta sobriedad medieval contrasta con el lujo burgués del Paseo de Gracia que, desde la neurálgica Plaza de Cataluña, desgrana una tras otra las elegantes fachadas modernistas.

De la Exposición Universal en 1888 que se celebró en el parque de la Ciutadella despunta el Arco del Triunfo. Un monumento neomudéjar en ladrillo cerámico, cuyos relieves homenajean a la Agricultura, la Industria, el Comercio y el Arte, que hoy día alberga festivales de música y metas de las maratones. Mientras que los Juegos Olímpicos de Barcelona en 1992 fueron precedidos de una renovación urbanística, consistente en las instalaciones deportivas del anillo olímpico de Montjuic y la apertura al mar Mediterráneo a través de la Villa Olímpica del Poblenou y el Puerto Olímpico.

Ahora bien, el paseo barcelonés con más encanto es el de las Ramblas, cuyo nombre alude al cauce que dejan las lluvias en la tierra, desde que temprano las floristas riegan las flores y el aire desprende aromas de vergel edénico. Apenas hacia cuatro años que el 23 de abril -fecha de las muertes de Cervantes y Shakespeare- se celebraba el día del libro y de las rosas de San Jordi cuando García Lorca dedicó este piropo *A las floristas de La Rambla de Barcelona* (1935):

La calle donde viven juntas a la vez las cuatro estaciones del año, la única calle de la tierra que yo desearía no se acabara nunca, rica en sonidos, abundante en brisas, hermosa de encuentros, antigua de sangre: la Rambla de Barcelona.

6. Lisboa de navegantes y fados.



Figura 14. Fotografía del panorama de Lisboa

Quietud. Tiendas a medio abrir. Algunas figuras se recortan tras las ventanas. En el *Libro del desasosiego* (1913-1935), Fernando Pessoa describe de forma vívida el amanecer en Lisboa y su despertar a la vida cotidiana:

Una estela rubia se anuncia en el aire que se descubre y el azul se tiñe pálidamente de rojo a través de la bruma que se extingue... Los tranvías trazan en medio del aire su surco amarillo y numerado. Y minuto a minuto, sensiblemente, se pueblan las calles.

Los miradores de Lisboa son los telescopios estratégicamente situados en las colinas que la acunan con mimo. Desde el castillo de San Jorge, adonde hemos subido por las intrincadas calles de Alfama, vemos a nuestros pies la Praça do Comércio, Amoreiras y la Sé. Más cerca las distinguimos desde la balaustrada de la terraza de Santa Justa y las eminencias de San Pedro de Alcántara y Santa Catalina. A medida que bajamos por sus laderas huele a flores y especias ultramarinas. Por eso, las calles y plazas son jardines donde conviven plantas exóticas: los jacarandás morados de Brasil, los aligustres de la China, los dragos canarios, los árboles de jade de Mozambique, las acacias gigantes de América y los olivos e higueras mediterráneas.

Ahora bien, la panorámica más clásica es la del Terreiro do Paço, que contemplamos desde la orilla izquierda del Tajo. La plaza comercial fue el

corazón urbano desde el que el rey Manuel I trasladase la corte al Palacio de Ribeira. Y la reconstrucción del ministro Pombal tras el gran terremoto le dio forma radial, marcando el rumbo para las ampliaciones posteriores del Paseo Público, la Avenida da Liberdade y las Novas Avenidas. Si viajamos a bordo de una barca de pescadores parada en el río frente al centro percibiremos a la izquierda los antiguos tinglados y carpinterías de la Ribeira das Naus, el Muelle de las Columnas, los restos amurallados de la Cerca Fernandina y a la derecha los alcores que se alzan sobre el valle portuario.

Callejemos por Lisboa. Tomamos el Elevador de Santa Justa para ascender desde la Baixa al Largo do Carmo. El ambiente popular de la Praça do Rossio se respira en los locales de vida literaria y bohemia y prolonga su ambiente alegre por el Largo de Sao Domingos. La vida cultural florece en el Chiado, donde tomamos un café en A Brasileira antes de asistir a una función de teatro en Da Trindade. Mientras que en el barrio de los navegantes procede visitar la joya del arte manuelino que es el Monasterio de los Jerónimos. Las estatuas de los descubridores, avanzando hacia la proa, lucen imponentes en el Padrao das Descobertas. Y el icono de la ciudad que es la Torre de Belém custodia a la Virgen del Buen Viaje, protectora de los marinos, desde donde zarparon los héroes de *Los Lusíadas*.

Nuestra Lisboa es ahora distinta a la del comienzo del texto. No sólo porque hubiese un antes y después tras el terremoto de 1755, la Exposición Universal de 1998 y el gran incendio que arrasó el Chiado cambiando su fisonomía urbana. Sino porque, como nos enseñó José Saramago en *El año de la muerte de Ricardo Reis* (1984), a propósito de un médico que regresa a la ciudad después de una larga estancia en Brasil: “la gente nunca se da cuenta de que quien acaba una cosa nunca es aquél que la empezó, aunque ambos tengan un nombre igual, que es sólo eso lo que se mantiene constante, nada más”.

Las ciudades son como las gentes: diferentes cuando empiezan que cuando acaban una obra. La urbe «más importante del Tajo», en palabras del geógrafo griego Estrabón, es hoy la cuna del Tratado de 2007 que dotó a la Unión Europea de personalidad jurídica. Entre ese milenio ha cambiado hasta su color. El gris del poblado fenicio de Ulissipo se ha convertido en el azul del cielo limpio, de azulejos y del estuario fluvial que abraza la inmensidad marina del océano Atlántico. No en balde pintaríamos de azul la *saudade* nostálgica que suena en las tabernas lisboetas.

7. Venecia: un nenúfar entre el cielo y el agua.



Figura15. Vista de San Giorgio desde Venecia

«Estas dos famosas ciudades -Venecia y México- se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa, admiración del mundo antiguo; la de América, espanto del mundo nuevo», escribió Cervantes en su novela ejemplar *El licenciado Vidriera* (1613). El ingenioso Tomás Rodaja se asombraba de que ambas urbes compartieran una riqueza infinita, un gobierno prudente y una fama dilatada por todas las partes del orbe.

No era una alabanza gratuita. Venecia es un nenúfar flotando entre el cielo y el agua. El cielo se mira en el espejo del agua. El agua devuelve el reflejo del cielo. En medio brota una isla sostenida por un bosque. Una ciudad mágica de raíces vegetales cuyo secreto de construcción que tanto intrigaba a los viajeros estaba en sus cimientos de roble y alerce. La suma de pilares, reforzados con calizas y madera petrificada por el salobre, iba formando las calles, las plazas y los puentes entre canales. La perla del Adriático es, pues, un archipiélago varado entre la Tierra Firme y el mar Mediterráneo.

A pesar de las amenazas del *acqua alta* y de las hordas que bajan de los cruceros para ver este palafito refinado, nada ha apagado el río de vida que boga por el Gran Canal, entre cánticos de gondoleros y algarabía de habitantes anfibios que suben y bajan en los muelles. Es la barcarola andante sobre lances de amor y de juego que

plasmó el Canaletto en sus *vedute*. No en balde la palabra *casino* significa para los venecianos tanto los nidos de amantes en una casa particular o en una góndola como las casas de juego. Nadie renuncia al revoloteo de palomas en la Plaza de San Marcos a los pies del campanario, acompasado por las orquestas de los cafés y sus terrazas, de los que el Florian se lleva la palma por evocar a sus ilustres clientes: el pionero de los *latín lover* Casanova, los artistas románticos -Byron, Goethe, Wagner- y los viajeros refinados del *Orient Express*. Admiramos la basílica de oro de san Marcos y, flanqueando el Palacio Ducal de los Dogos, nos detenemos en el embarcadero de la Riva dei Schiavoni donde cabecean esas caracolas flotantes que son las góndolas.

Mientras, nuestra vista desde la aguja piramidal del *campanile* recorre el abanico de las islas -San Giorgio Maggiore de la basílica, Murano del vidrio soplado, Burano de los colores y el Lido de la playa y los festivales-, escuchamos las estaciones de Vivaldi y arias de ópera en La Fenice, olemos a las especias de Marco Polo, sentimos la caricia de la sal de Levante y el roce femenino vestido de seda china y pendientes de cristal.

«La ciudad más alegre de Europa», llamó Stendhal a Venecia porque su reclamo más afamado han sido los carnavales, que siguen luciendo disfraces de exótica elegancia. *Un ballo in maschera* que musicó Verdi donde conviven incontables diversiones. En los teatros, la ópera bufa compite con la ópera culta y los *castrati* lo hacían con las *prima donne*. Los adagios de Albinoni cruzan Rialto bajo cuyo puente los remeros compiten en regatas. El equilibrista “Saltamartino” desciende por una cuerda desde el Campanile hasta el Palacio Ducal. Los bailes palaciegos continúan en las danzas callejeras. Los teatros de marionetas arrancan risotadas por las procacidades que sueltan Arlequín y Pulcinela a Colombina.

El discurso de la «muerte en Venecia», cuya metáfora romántica escribió Thomas Mann y filmó Luchino Visconti, se viene repitiendo desde hace siglos. Después el esplendor del Renacimiento, cuando la isla fue la capital de las especias y de los placeres, parece que se iniciara una decadencia inexorable. Pero Venecia hizo de los carnavales su industria puntera, del turismo su fuente de divisas y de la alegría de vivir su orgullo cívico. De ahí que, a pesar de ese prolongado canto del cisne, la urbe de los canales haya llegado animosa hasta hoy, tal vez, como escribe sobre ella el maestro Fernand Braudel en su libro *Mediterráneo* (1987) porque: «Todos hemos soñado con las rarezas de una vida inédita, en un reino inaccesible, una isla de libertad que sería, en cierto modo, el fruto de otra distribución de las cosas de la vida».

8. Florencia: un paraíso de Venus, artistas y poetas.



Figura 16. Vista de Santa María dei Fiore de Florencia

Éramos jóvenes estudiantes: felices e indocumentados. Viajamos curiosos hasta el edén de los lirios fragantes. Nos había encandilado la leyenda sobre el supuesto desvarío de Stendhal que provocaba la contemplación de la belleza. Queríamos conocer el país que antaño cultivó una república de poetas. Donde el nacimiento de Venus alumbró el icono femenino de la sensualidad. Donde la primavera reunía a gracias y cupidos en torno a la mujer encinta del amor de Eros.

Cruzamos un camino erizado de cipreses que moría en la colina de Fiesole. Nos asomamos al mirador de piedra en la villa donde los jóvenes de *El Decamerón* se contaron cuentos de amor placentero. Y de repente, el tiempo se detuvo, resbaló la arena del reloj en cristal de Murano. La luna alta se retiró y, entre nubes algodonosas a la deriva del viento travieso, el sol estalló en mil rayos como una aparición de dioses antiguos.

Quedamos fascinados ante la vista. Nos deslumbró el fulgor del paisaje tendido en la llanura. Un tapiz de viñas podadas y olivos plateados cubría la campiña. Media naranja preñada de gajos sobresalía en el corazón de la ciudad. Era la cúpula de la catedral de Santa María del Fiore que resplandecía evanescente al alba dorado. Los destellos blancos, verdes y rosas del campanile del Giotto semejaban un cirio de mármol encendido en el altar del Duomo. El baptisterio de San Juan, cincelada su

Puerta del Paraíso por la delicadeza de Ghiberti, era el hermano menor de su madre la hermosura. Las torres de las basílicas de Santa María Novella y la Santa Croce, que dividían la geografía cristiana en parroquias, se alzaban esbeltas hacia la gasa azul del cielo. Las casas reverberaban cual teselas del callejero que formaban un mosaico de tejados rojos donde hacen su nido las golóndrinas. El curso del río Arno serpenteaba terroso bajo los ojos reflejados de los puentes. Florencia se despertaba al día como una gata de Angora perezosa que aún se relame del sueño.

La ciudad de la flor de lis nos dio la bienvenida susurrándonos *Festina lente*, “Apresúrate despacio”, el lema clásico grabado en un dintel del Palazzo Vecchio que nos ha guiado para conducirnos por la vida. La Edad de Oro que la encumbró bajo el mecenazgo de la familia Medici ha dejado dos venas medulares en el cuerpo cívico. La del *Quattrocento* parte del convento de San Marcos, cuyas celdas hermocean los frescos de Fra Angélico, y sigue por la Vía Larga. Deja a un lado la Academia con el portentoso *David* de Miguel Ángel y al otro el Palacio Medici-Riccardi, cuyo fresco de maravillas *La cabalgata de los Reyes Magos* de Benozzo Gozzoli rememora el Concilio de 1439, cuando el emperador de Bizancio y los sabios de su comitiva trajeron la Grecia clásica hasta las entrañas de Florencia.

La del *Cinquecento*, al heredar los duques de Toscana el rico legado de Lorenzo El Magnífico, habita en el Palacio Pitti, sobrevuela el Ponte Vecchio por el corredor de Vasari y desemboca en el cofre del tesoro que es la Galería de los Uffizi, donde refulgen *Madonnas* y paisajes en las pinturas de los maestros del Renacimiento. Y entre medias nos vamos encontrando con las perlas desenhebradas del collar humanista: el *borgo* medieval donde Petrarca escribió su *Cancionero* en “*dolce stil nuovo*”, la iglesia de San Lorenzo y sus sepulcros principescos de la sacristía junto al mercado bullicioso, los hospitales decorados con tondos de barro vidriado, los frescos de Masaccio en la capilla Brancacci y las villas mediceas cuyas viñas añejas destilan el licor tinto del *chianti*.

Ahora sabemos, templada la pasión juvenil, que la verdadera belleza de Florencia no está tanto en la exquisitez de sus letras y sus artes como en nuestra capacidad personal para reflejar la luz excelsa. Nos lo enseñó Dante Alighieri un atardecer púrpura, sentados en la hierba lozana del Jardín de Bóboli, cuando leímos en un canto del *Paraíso* que: «La belleza eterna sonríe en el espejo del alma».

9. Roma, la Ciudad Eterna.



Figura 17. Vista del Panteón de Agripa en Roma

«En Roma hay una belleza objetiva que está en las cosas, en la arquitectura, en la visible estratificación de los siglos. Y luego existe una belleza oculta, a veces invisible», escribe el director de cine Paolo Sorrentino en el guion de su película *La grande bellezza* (2013).

A la búsqueda de ambas gracias contemplamos el panorama romano desde la colina del Gianicolo, donde se honraba a Jano, pues no en balde era el dios de las puertas. Y dirigimos la mirada hacia la cúpula de San Pedro que diseñara Miguel Ángel. Aunque de noche preferimos verla iluminada a través de la cerradura de la Villa Malta. Tanto da para que en el Vaticano los cristianos se sientan en su epicentro espiritual y los estetas gocen con las maravillas artísticas que les aguardan en la Plaza de San Pedro rodeada por la columnata de Bernini, en la Capilla Sixtina bajo la *terribilità* de dios padre en *El Juicio Final* y en los Museos Vaticanos donde siempre nos orientamos en la Galería de los Mapas.

Pero antes que *il cupolone*, estuvo el Panteón de Agripa, a través de cuyo óculo se filtra la luz divina de la Antigüedad. Previo al Vicario de Cristo, la *mamma* loba amamantaba a Rómulo y a Remo en la colina Capitolina: símbolo nutricio de esta urbe ecuménica. De la que el señor de Montaigne decía en su *Diario del viaje a Italia* (1580) que: “es la ciudad más universal del mundo, y donde la extranjería y diferencia de nacionalidad tienen menos importancia”. De manera que consultamos la guía más

antigua de Roma, la *Mirabilia Urbis Romae*, y nos recomienda que tendamos la vista desde el Belvedere Tarpeia hacia el Foro, centro neurálgico del Imperio donde se mercadeaba y se paseaba, como hoy los siguen haciendo los viandantes mientras evocan la grandeza de los pasados esplendores. No es más que una senda de remembranza hasta desembocar ante el Coliseo de los gladiadores y de los mártires y, más tarde, purificarse y socializar en las termas de Caracalla.

Desde la conversión al cristianismo, los peregrinos de antaño y hogaño, los *romeros*, asisten a la bendición papal desde el balcón de las apariciones y visitan las “siete iglesias” para expiar los pecados y ganar indulgencias. Mientras que los seglares romanos y foráneos hacemos la *paseggiata* por unas vías concurridas y alegres. En la escalinata de la Piazza de España se citan los jóvenes *latin lover* que tratan de seducir guitarra en mano a unas turistas que antes han arrojado monedas a la Fontana de Trevi. En la retina guardamos la escena icónica en la que Marcello Mastroianni entra en el agua tras la llamada de Anita Ekberg en la película *La dolce vita* de Federico Fellini. Mientras que en la Piazza Navona, flanqueada por un palacio y un templo, nos relaja el rumor de tres fuentes barrocas: la de Neptuno, la de los Cuatro Ríos y la del Moro. Y a través de la Piazza del Popolo, marcada por un obelisco egipcio, se accede a las dos iglesias gemelas de Santa Maria dei Miracoli y Santa Maria que pasan por ser las más bonitas de Roma. Por el contrario, la Plaza Venecia remite a los encendidos discursos de Mussolini y al desmesurado monumento a Víctor Manuel II.

Dejamos de un lado esta basílica, donde los turistas hacen cola para sacarse una foto metiendo la mano en la *Bocca della Verità*, y la isla Tiberina cuya forma semeja una barca. Y desde el Castel de Sant’Angelo bajamos por un puente sobre el río Tíber hasta el barrio bohemio del Trastevere. Sus callejuelas emparradas, las terrazas con manteles a cuadros y las heladerías tradicionales invitan a practicar el arte del *dolce far niente*. Al cabo, subimos de nuevo a la Colina del Gianicolo, cerrando el círculo de las panorámicas romanas.

El escritor Javier Reverte gozó de una estancia en la Ciudad Eterna para escribir el libro *Un otoño romano* (2015), donde afirma que: «La palabra clave, según la mayoría de la gente que he conocido en Italia es *belleza*. Nadie es nada sin *belleza* en Roma, *fare bella figura* (quedar bien) es lo importante. Y lo contrario es *fare brutta figura* (quedar mal). La apariencia, pues, domina sobre la moral». Esto explica que Roma no es eterna porque la hayan bautizado así los teólogos cristianos. Ni porque su legado clásico evoque pasados esplendores imperiales. La Ciudad es Eterna porque sabemos que todos los caminos conducen a ella: santa y *putanesca*. Una meta virtuosa y pecadora latiendo entre piedras vivas. Una metáfora de nuestro paso por el mundo.

10. Atenas: la cuna de la belleza y el saber.



Figura 18. Panorámica de Atenas desde la Acrópolis

Cuenta Tucídides en su *Historia de la guerra del Peloponeso* (s. V a. C.) que, al finalizar el primer año de combates entre Atenas y Esparta, los atenienses se reunieron para honrar a los caídos. Procesionaron doce féretros -uno por cada tribu de la polis- hasta el cementerio del Cerámico y eligieron al mejor orador, Pericles, para pronunciar el discurso fúnebre. En ese recordatorio defendió su ideal ciudadano frente a la tiranía: «nuestro gobierno se llama democracia, porque la administración de la república no pertenece ni está en pocos sino en muchos». La cuna de ese régimen que matrimonia poder y pueblo fue la ciudad de Atenas.

El mismo historiador definió como nadie el alma de los griegos que defendían su civilización frente a la barbarie: «Amamos la belleza sin ostentación y buscamos el saber tenazmente». Y esa es la doble cara de la moneda de oro que es Atenas: belleza y saber. A resultas de las cuales el Partenón, templo dedicado a la diosa protectora Atenea, se ha convertido en el icono mundial de la urbe. Su columnata dórica de mármoles blancos hasta el parpadeo, rodeada de teatros y propileos, tutela la vida cívica de los últimos dos mil años desde su altar en la Acrópolis: el Ágora o plaza del

mercado, que fuera centro comercial y político a la vez; la Torre de los Vientos, reloj de sol para el día y de agua para la noche, que desgrana la cronología de la Hélade; y la plaza de Syntagma, símbolo de la independencia moderna y sede del Parlamento, donde resuelven sus diferencias gobernantes y gobernados.

Los museos atenienses custodian la Historia de Grecia. El Arqueológico Nacional, el de Arte Cicládico y el Nuevo Museo de la Acrópolis remiten mediante sus esculturas, cerámicas y joyas a las polis clásicas: la máscara de Agamenón a Micenas, las de actores a la medicina lúdica del teatro de Epidauro, la de los *koúroi* a los jóvenes de Fidias y Praxíteles a los deportistas de Olimpia, las esfinges a los misterios del oráculo de Delfos y las ánforas y cráteras pintadas a las colonias mediterráneas. Por su parte, los museos Benáki y Bizantino nos muestran colecciones de trajes, objetos, retratos helenísticos de El Fayum, iconos de la iglesia ortodoxa y libros miniados que nos hablan de los orígenes griegos de nuestra cultura. ¿Cómo no reconocernos en esta herencia estética? ¿Cómo no aprender de sus enseñanzas? En nuestra memoria suena desde joven la lección de Aristóteles: “por naturaleza, todos los hombres anhelan el saber”.

Nosotros queremos ver esa mezcla de pueblos en Monastiráki, cuyas ruinas solemnes, de la biblioteca de Adriano a la mezquita de Fethiye, cobran vida vecinal en el mercadillo donde se regatea entre aspavientos. En el barrio del Pláka que, a pesar del bullicio turístico, tiene remansos de paz en la pequeña iglesia Panagia, la capilla bizantina de Agios Nikólaos, los talleres de los pintores de iconos y las piezas pulidas por los anticuarios. Y si seguimos caminando a través de los Jardines Nacionales y, tras tomar un café en el elegante Zappeion, desembocaremos en el Estado Olímpico Panatenaico, donde antaño se celebraban los combates de gladiadores y hogaño tuvieron lugar los primeros Juegos Olímpicos modernos en 1896.

Estamos sentados en la terraza de una taberna del Pláka. El crepúsculo de agosto nos cubre con su sábana de púrpura ardiente. La luna llena baila envolviendo la Acrópolis con los pliegues de su peplo bordado de estrellas. Imaginamos a las deidades y las cariátides salir de pórticos y frontones para ir a las fiestas de las montañas que rodean la ciudad. En lo más profundo de nuestro ser deseamos seguir sus pasos. Y ante el lustre de sus siluetas de alabastro, no podemos por menos que pensar en el peso de los años, pues como escribía Nikos Kazantzakis en su novela *La última tentación de Cristo* (1953): «El tiempo no es un campo que se mida por codos; no es un mar que se mida por millas; es el latido de un corazón».

11. París: un poema en impresiones.



Figura 19. Vista del Museo d'Orsay de París al paso del río Sena

El paisaje de París es un lienzo impresionista: de cerca, pinceladas sueltas; de lejos, una fusión de colores brillantes. La postal de la alegría de vivir enmarcada en la memoria nostálgica de la juventud. La canción revolucionaria del tiempo de las cerezas que entonan los menesterosos ebrios de libertad. Un río de curvas sensuales es el parteluz de sus dos orillas apenas unidas por el parpadeo de ojos de sus puentes. Un cofre del tesoro abarrotado de joyas monumentales. Dos miradores -el faro mecánico de la Torre Eiffel y la basílica del Sacré-Coeur que se precipita escalinatas abajo- permiten a los espectadores recorrer los tejados y las calles de la maqueta refinada que se extiende a sus pies.

Viajamos en el globo aerostático de Nadar fotografiando el caserío y su vecindario a vista de pájaro. Nos guía Marc Elder, quien escuchando a Claude Monet las infinitas veces que había pintado sus paisajes fluviales, comprobó cómo «ascendemos desde París y el panorama extiende aún más sus límites: el Sena cruza el valle y alarga sus meandros, las colinas desvelan sus corrientes rosadas por el otoño, mientras que el cielo color almendra, donde el sol extiende sus rayos, desciende hasta tocar los campos que nos rodean». Un poema en impresiones.

El orgullo cívico de los parisinos que alumbró la Revolución Francesa les dio el poder político, cuyos regímenes transitaron desde el Imperio napoleónico a la República, pero también trajeron el campo a la metrópoli mediante los jardines y las vistas amenas. Hagamos caso a Walter Benjamin cuando escribe en *El París de Baudelaire*: «En los panoramas, la ciudad se abre transformándose en paisaje, como ocurrirá más tarde y de forma más sutil para el *flâneur*».

Convirtámonos, pues, en los paseantes que enfilan la perspectiva vertebral que va desde la plaza de la Concorde y las Tullerías, atraviesa los Campos Elíseos y el Arco del Triunfo, hasta morir entre los rascacielos de La Défense. Admiremos las obras de arte en los museos de las maravillas, del Louvre al D'Orsay, y discutamos sobre ellas en los cafés del Barrio Latino, las aulas de La Sorbona, las librerías y los *bouquinistes* que bordean el Sena. Recemos a la luz policromada de las vidrieras de Notre-Dame y pequemos -de pensamiento- con las delicadas bailarinas de la Ópera. Evoquemos la bohemia en los cabarés de Montmartre y las vanguardias en Montparnasse, pero sin renunciar a los templos de la gastronomía ni a las tiendas elegantes que salieron de los pasajes a los bulevares, sin dejar de vivir el París *chic* capital de la moda, la perfumería y el lujo. Aunque lo hagamos como el niño pobre que se pega hipnotizado al escaparate prohibitivo de una pastelería o una tienda de juguetes.

Los eslóganes de París encarecen su belleza sin par. “París bien vale una misa” se atribuye al rey converso Enrique de Borbón. “La Ciudad de la Luz” le viene desde el alumbrado público con antorchas en tiempos de Luis XIV, pasando por el Siglo de las Luces de los filósofos ilustrados y la iluminación con gas de la vida nocturna en vísperas de la Belle Époque. “La cima del mundo” fue el escenario ideal de la *Comedia humana* de Balzac. “Más que la capital de una nación, París es el centro de una estética” afirmó Octavio Paz. Y “La ciudad del amor” se debe al romanticismo de su literatura, arte y cine, que, en la película *Casablanca*, puso en boca de Humphrey Bogart la frase “Siempre nos quedará París” al despedirse de su amante Ingrid Bergman como la última esperanza del reencuentro.

Esta urbe poética y policromada que reflejó una mujer tan pasional como George Sand en su libro *Soñar en París* todavía hoy está vigente:

En París la vida está en todas partes; todo parece aquí más vivo. Y sin embargo es dulce, pues cualquiera puede gozar del momento presente, dejarse mecer por el movimiento y el murmullo de esta ciudad alocada donde lo imprevisto ha establecido su reino... París quiere vivir: lo desea imperiosamente.

12. Lyon: seda, cine y *nouvelle cuisine*.



Figura 20. Vista panorámica de Lyon desde La Fourvière

La panorámica de la capital de la seda en la Belle Époque mostraba dos caras, como escribimos en la novela *El químico de los Lumières*, donde ambientamos el nacimiento del cine:

La ciudad de entrepuentes aparecía como un espejismo para el viajero: vista desde afuera, semejaba un brocado de viviendas primorosas fruncido a las riberas del Saona y el Ródano; habitada desde dentro, mudaba en un sórdido campo de batalla entre clases y partidos.

Esa rivalidad entre los bandos que en el siglo XIX encarnaron católicos y masones, se plasmó en la carrera por construir el edificio más elevado para simbolizar su dominio ideológico sobre la metrópoli. La basílica de la Fourvière fue un siglo en cabeza hasta que en la década de 1970 varios rascacielos rebasaron su altura y en este mismo año 2023 la Tour a Lyon es el monolito de obsidiana que ha llegado primero a la meta. Aunque la carrera hacia rozar el cielo continuará.

El itinerario histórico para recorrer Lyon sigue un orden cronológico nada casual. Descendemos desde la cima de la Fourvière y, antes de serpentear por los jardines floridos del Rosario, ya nos hallamos con dos teatros cuyo amplio aforo nos pone en la pista de Lugdunum, la capital gala bajo el Imperio romano. Descendemos al barrio del *Vieux Lyon*. La catedral de San Juan nos recuerda la sede del Primado de las Galias, donde un reloj autómatas marca el tiempo del Renacimiento. Palacetes, talleres y tiendas evocan el esplendor de la imprenta, las ferias y los bancos.

Llegados a la amplia plaza del Bellecour, corazón de encuentro entre los vecinos en torno a la estatua ecuestre de Luis XIV, enfilamos las calles comerciales de La Presqu'île que desembocan en la Place des Terreaux con la Ópera, el Ayuntamiento y el espléndido Museo de Bellas Artes. Los caballos de la fuente Bartholdi relinchan chorros de agua al tirar del "Carro de la Libertad". Al oeste ascendemos las faldas de la colina de La Croix-Rousse, antaño distrito de tejedores y hogaño de galerías de arte, horadadas como un queso gruyere por los *traboules* o pasadizos para pasar de una calle a otra por debajo de los edificios. Al este bajamos por la orilla izquierda del Ródano desde el Parque de la Tête d'Or, los *quais* que respuntean la cabecera de La Guillotière con sus barcos deportivos y ociosos hasta el Museo de las Confluences donde se besan los ríos

La ciudad de los tejidos delicados es también la Ruta de la Seda de Occidente, el paraíso de los *gourmets* donde Paul Bocuse condimentó a fuego lento la *nouvelle cuisine*, las marionetas deslenguadas de Guiñol, los murales pintados por los artistas de la Cité de la Création, el Festival de las Luces del 8 de diciembre cuando se encienden miles de velas en las ventanas de las casas y, sobre manera, la cuna del séptimo arte donde la joya modernista de la Villa Lumière alberga una colección de cámaras y artilugios ópticos que precedieron al cinematógrafo.

Me gusta Lyon de día: elegante como una estrella que desfila por la alfombra roja iluminada por una ráfaga de flashes; liviana como una novia blanca de Chagall flotando ingravida en el cielo. Me apasiona de noche: una fantasía de luces poniendo el pijama a los edificios en duermevela; una linterna mágica de colores danzando al compás de murmullos fluviales. Gocemos, pues, en ella de la *douceur de vivre*, ese placer que cantara el poeta. Esa dulzura de vivir es un idilio entre el paseante y la belleza. Pero no nos fiemos de las apariencias fugaces, sino que sigamos el consejo de su escritor más dilecto, Antoine de Saint-Exupéry, cuando el zorro de *El Principito* le revela al niño el secreto de la amistad: «Sólo se puede ver bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos».

13. Amberes: el anillo y el diamante del mundo.



Figura 21. Vista del Ayuntamiento de Amberes

«El mundo es un anillo y el diamante de ese anillo es Amberes», cantaba el poeta del Siglo de Oro de los Países Bajos Jost Van den Vondel, que, harto de las guerras confesionales, fue el mayor defensor de la tolerancia religiosa. Porque la ciudad amberina se asocia al comercio mundial de diamantes, desde que tomó el relevo de Brujas en sus importaciones de la India y aplicó el método moderno de corte en el siglo XV. Al tiempo nació la moda de los anillos de compromiso engastados con estas piedras preciosas gracias al regalo de Maximiliano I de Habsburgo a su prometida flamenca María de Borgoña. Desde entonces los mejores lapidarios, diseñadores y mercaderes de brillantes se avicindaron en el Barrio de los Diamantes, alrededor de la bolsa *Diamantclub*, poblado por judíos sefardíes y ahora por una minoría de hindúes, cuya historia se cuenta en el *Museo Antwerp Home of Diamonds*.

En esa prosperidad tuvo mucho que decir el río Escalda, puesto que cuando se sedimentó el canal de Brujas perdiendo el acceso al mar, propició el éxito inesperado del puerto ambarino gracias al comercio internacional. A partir de ahí confluyeron en sus muelles las redes mercantiles que traficaban con las

riquezas de América, África y Asia. Una historia áurea que describió Stefan Zweig en su *Cuaderno de viaje* (1929):

Amberes se convierte para el norte en lo que ya es Venecia para el sur: de todos los rincones del mundo llegan los productos más insólitos, especias y telas, maderas y piedras preciosas. Se incita el gusto por el boato, a experimentar con lo exótico, y los pintores, Rubens en el norte y Tiziano y Tintoretto en el sur, se regodean con los colores igual que sus compatriotas con los artículos de lujo....

Las panorámicas coetáneas, en cuadros, grabados y el propio *Civitates Orbis* que se imprimió en los talleres de *El trabajo y la constancia*, muestran en su centro a la gran catedral de Nuestra Señora con su campanario gótico. Al lado está la *Grote Markt* o Gran Plaza del Mercado, sede del Ayuntamiento renacentista envuelto en banderas, rodeado de las casas de los gremios y frente a la Fuente de Brabo, el legendario héroe romano que venció al gigante Druón. De los edificios aledaños destacan hoy la *Rubenshuis* o Casa Museo de Rubens, donde el maestro diseñó su vivienda, taller y jardín inspirándose en las villas italianas, y el maravilloso Museo Plantin-Moretus, donde Christophe Plantin fundó la imprenta humanista más importante del siglo XVI. Todavía conserva las prensas originales, la biblioteca con la *Biblia Regia* de Arias Montano y las obras de Vesalius y Lipsius, así como la sala de geografía que custodia los mapas de Ptolomeo, Ortelius y Mercator.

La forma más elegante de llegar a Amberes es en tren, por el placer de bajarse en la Estación Central, cuyo estilo Belle Époque en hierro y cristal le ha valido el apodo de “Catedral de los rieles”. A su salida dejamos a la derecha el Zoológico más antiguo del mundo y a su izquierda el Barrio de los Diamantes. Avanzamos por las avenidas comerciales De Keyserlei y Meir, a cuyos lados se alinean el capital y la fe: la Bolsa de valores y la iglesia de San Carlos Borromeo. El Museo Real de Bellas Artes custodia las obras históricas, mientras el Museum aan de Stroom con su juego de ladrillos y vidrios sobre un palafito, encabeza la arquitectura vanguardista de la urbe. Sin menoscabo del puerto moderno, que es uno de los más importantes de Europa para “todo tipo de mercancías”, por decirlo con finura.

Al cabo, el rigorismo calvinista del pasado cohabita hoy con una actitud más placentera propia de nuestro siglo. Compartamos, pues, esa alegría de vivir junto al músico folk Wannes Van De Velde y su canción popular *Quiero perderme en las calles esta noche* (1973), al modo de los cortejos en las kermeses que pintara Pieter Brueghel: «esta noche me quiero perder en las calles de Amberes, aún no tengo amiga, pero tardaré un poco ...».

14. Bruselas: plazas, templos, palacios y cómic.



Figura 22. Panorámica de Bruselas desde el Barrio Real

«Bruselas es, a la vez, levantisca y acogedora; a menudo, lluviosa y gris y, sin embargo, dispuesta siempre a celebrar la vida, entretener al viajero y, sobre todo, aguantar tanta burocracia», define a la capital europea Rui Vaz de Cunha -seudónimo de dos funcionarios- en su libro *Elogio de Bruselas* (2013). Esta última alusión administrativa se la ha ganado a pulso desde que a partir de la década de los 50 fuera acogiendo instituciones de la Unión Europea y la sede de la OTAN. De manera que, junto a los restos de las Exposiciones Universales, cuyo símbolo de modernidad es el Atomium, hay un *barrio europeo* de edificios funcionales que convive con el patrimonio histórico para conformar la urbe cosmopolita de nuestros días.

Las guías turísticas invitan a ver las vistas panorámicas de Bruselas desde la cúpula de la basílica del Sagrado Corazón que, construida en *Art Decó*, es una de las iglesias más grandes del mundo. Sin embargo, al decir de sus vecinos, el *Mont des Arts*, alfombrado por un jardín siempre florido, es el mirador más bonito de Bruselas. En vísperas de la Exposición Internacional de 1910, el rey Leopoldo II -El Constructor para los belgas y El Carnicero para los congoleños-, encargó a

paisajistas y arquitectos convertir el exclusivo *Quartier Royal* en el distrito de las artes. Esta colina acoge un buen puñado de monumentos emblemáticos: el Palacio Real con la estatua de Godofredo de Bouillón presidiendo la plaza, los Museos de Bellas Artes y de Historia, el grecorromano Palacio de Justicia con su enorme cúpula de cien metros de altura, la neoclásica iglesia de Santiago de aspecto palaciego y los parques de Bruselas y del Cincuentenario.

Desde su mirador podemos ver la esbelta torre del Ayuntamiento en la Grand Place, rodeada de la Casa del Rey y de las sedes de los gremios edificadas en “estilo español”, pues datan de la época en que Flandes era súbdita de los monarcas hispanos. Aquí despuntan las flechas góticas de la catedral de San Miguel y Santa Gúdula. Allí se vislumbra el castillo real de Laeken que es la residencia oficial de los soberanos de Bélgica.

Pero bajemos en el ascensor de la Plaza Polaert hasta el popular barrio de Les Marolles, donde los fines de semana tiene lugar el “rastrillo de las pulgas”. Al lado nos adentraremos en el Sablon, en torno a cuya catedral se suceden tiendas de antigüedades, galerías de arte y chocolaterías. Mientras que podemos tomarnos un descanso en el recoleto Jardín de Petit Sablon, cuyos arriates estás adornados con un programa de esculturas nacionalistas, como las de los condes de Egmont y Homes.

Los grupos de turistas se hacen un selfi ante las fuentes del Manneken Pis y su réplica femenina de la Jeanneke Pis. Pero si el viajero es un poco más ilustrado y curioso recorrerá las casas *Art Nouveau* del arquitecto Victor Horta, cuyas fachadas de trazos curvos, forjas intrincadas y toques naturalistas son de una elegante delicadeza. Tomará un café o una copa en una de las terrazas de las galerías reales de Saint Hubert, conocidas como el paraguas de Bruselas porque bajo sus vidrieras se guarecían de la lluvia los artistas y literatos que frecuentaban los cafés, y cuyas tiendas de alta costura, librerías, restaurantes, cine y teatro están muy animadas. Y se dejará llevar por la ruta del cómic de la mano de Tintín, el hijo universal de Hergé, los Pitufos, Lucky Luke y Spirou, plasmados en murales y museos.

El maestro del *roman noir* George Simenon en su novela *Emilio en Bruselas* (1941) recoge las impresiones alegres que su protagonista recién llegado a la ciudad percibe sentado en una terraza de la plaza de Brouckère, bañada por un claro rayo de sol. «Era la primavera. La vida se deslizaba jubilosa por las anchas avenidas de la capital belga en la que vibraba como un aire de fiesta. Se sentían deseos de cantar, de silbar, de dar brincos, de gastar bromas». Deseos de disfrutar de este oasis multicultural entre las regiones belgas de Flandes y Valonia que es la Capital de Europa como se la apoda.

15. Berlín: cruzar una puerta para perderse en el azul celeste.



Figura 23. Puerta de Brandemburgo en Berlín

«Importa poco no saber orientarse en una ciudad. Perderse, en cambio, en una ciudad como quien se pierde en el bosque, requiere aprendizaje. Los rótulos de las calles deben entonces hablar al que va errando como el crujir de las ramas secas, y las callejuelas de los barrios céntricos reflejarle las horas del día tan claramente como las hondonadas del monte», escribe Walter Benjamin en su libro *Infancia en Berlín hacia 1900* (1950). El arte de perderse en su ciudad natal de Berlín le llevó a admirar de niño las estampas de viaje del Panorama Imperial, cuyas «cajas relucientes, acuarios de lo lejano y del pasado, tenían su lugar en todos los corsos y paseos de moda de Europa».

Los miradores del Berlín actual para contemplar sus vistas panorámicas han salido del interior de las *rotondas* y se han multiplicado por su tejido urbano. Los hay tradicionales como la cúpula del Reichstag o parlamento alemán, la Columna de la Victoria en el parque de Tiergarten y la bóveda de la catedral en la Isla de los Museos. Otros son vanguardistas, diseñados en 360 grados, como la torre de la Televisión, el Panoramapunkt de la Kolhoff Tower y hasta El Weltballon Berlin, un globo aerostático que se eleva 150 metros de altura. Y otros son furto de la topografía como las colinas Kreuzberg en Victoriapark y la Colina del Diablo que por algo fue una estación de espionaje durante la Guerra Fría.

Todas las perspectivas coinciden en un punto icónico: la Puerta de Brandeburgo. La entrada neoclásica al bulevar “bajo los tilos” que conducía hasta el Palacio Real de los monarcas de Prusia está inspirada en los Propileos de la Acrópolis, pues fue concebida por su arquitecto Carl Langhans como “la nueva Atenas a orillas del río Spree”. La componen doce columnas dóricas y la remata una cuadriga de la diosa Victoria. Esta estética helenística se vio ensombrecida tras la derrota de la Alemania nazi en la Segunda Guerra Mundial y la creación del Muro de Berlín que dividió a la ciudad en dos partes metafóricas de sendos bandos de la Guerra Fría.

Este centro del Mitte Histórico incluye el Bundestag coronado por la cúpula vanguardista de Norman Foster, la Bebelplatz flanqueada por la Ópera Estatal, la Catedral de St. Hedwigs, la Antigua Biblioteca Real y el Monumento al Holocausto con su laberinto de bloques de hormigón. Al este aún se encuentran vestigios de la República Democrática Alemana, recordados por pasos fronterizos, gafitis en los restos del muro y su memorial. Al oeste aflora la ciudad más multicultural en torno a la Potsdamer Platz, así como las maravillas del mundo antiguo en el Altes Museum, el Neues Museum, el Pergamonmuseum, la Alte Nationalgalerie y el Bode-Museum. Y desde la Alexanderplatz, la plaza más grande del país que inmortalizara Alfred Döblin en su novela *Berlin Alexanderplatz* (1928), podemos perdernos por el barrio antiguo de Nikolaiviertel entre callejuelas artesanales y tabernas bulliciosas. En los alrededores de la ciudad nos aguardan las residencias veraniegas y cotos de caza de los Káiseres en Potsdam y el parque sembrado de monumentos bélicos de Tiergarten que es el pulmón verde de Berlín.

En esta ciudad que hoy es más cosmopolita que nunca, en este pueblo con una historia tremenda, siguen vigentes las palabras de la poeta de la vanguardia alemana Else Lasker-Schüler en su obra *Mi corazón* (1912), cuando Berlín era una fiesta e ignoraba la carnicería que iba a desatar en la Gran Guerra: «No se puede entrar en el cielo si no se tiene el cielo dentro, sólo lo eterno apremia hacia la eternidad... Los milagros de los profetas, las obras de los artistas y todas las iluminaciones, también la imprevisible alegría de los ojos, surgen de la eternidad, del azul duradero del corazón». Del azul de nuestro Berlín celeste y eterno.

16. Londres: una obra de arte inacabada.



Figura 24. El Parlamento de Londres

«Londres es encantadora. Salgo y es como si de pronto apareciese una alfombra mágica sobre la que me siento transportada al seno de la belleza sin levantar un dedo», escribía Virginia Woolf cuando salía de su casa en el ameno barrio de Bloomsbury.

Esa alfombra voladora hace un alto en London Eye, la noria más alta de Europa sobre una orilla del Támesis, desde la que tenemos una vista panorámica que no falta en las películas sobre la capital británica. Una ciudad que se extiende durante kilómetros ceñida al río, a cuyos flancos se despliegan los distritos de Mayfair, Wembley, Whitechapel y el West End tan querido por los aficionados al teatro y los musicales. Lo que no quita para que prefiramos ver comedias en El Globo, el teatro que consagró a Shakespeare, que puso en boca de Julio César aquello de: «La vida es como un cuento relatado por un idiota; un cuento lleno de palabrería y frenesí, que no tiene ningún sentido».

Entre las joyas londinenses tenemos el Big Beng, la torre con el reloj aledaña al Parlamento, que ha marcado las horas cruciales de la historia moderna del Reino Unido. Al lado mora la Abadía de Westminster, escenario de las coronaciones reales, donde la autoridad de la iglesia anglicana, el arzobispo de Canterbury, acaba de ungir a Carlos III. Un monarca parlamentario que reside en el palacio de Buckingham, adonde acuden los turistas a ver el cambio de guardia, mientras los londinenses lo hacen para ver a sus soberanos en el balcón de las apariciones. La Torre de Londres

también está vinculada a la corona, pero su fama sombría viene de su naturaleza de prisión de Estado. Su puente del mismo nombre hermosea el río por el que no ha cesado el tráfico de barcos que fue global durante el Imperio victoriano.

Decía Charles Dickens hace un siglo y medio que: «La ciudad es una obra maestra inacabada». Tal lo demuestran los rascacielos que cada poco brotan en la City financiera, pues después de gran incendio de 1666 y de los bombardeos alemanes durante la Segunda Guerra Mundial se han sucedido las novedades arquitectónicas. Ese carácter cosmopolita ya fue vaticinado por el historiador Walter Besant cuando confesó: «He caminado por las calles de Londres durante los últimos treinta años y encuentro algo nuevo cada día».

El icono nacional es la columna de Nelson en Trafalgar Square. Aunque en su entorno brillan edificios como el Marble Arch, el Arco de Wellington, el Albert Memorial y la Royal Albert Hall. Y hay otros espacios emblemáticos como Piccadilly Circus con sus pantallas gigantes y la navideña plaza de Covent Garden. Por fin, los pulmones respiran a sus anchas en Hyde Park, en cuyo el lago Serpentine se puede comprobar cómo las ardillas bajan a pedirte comida, y el señorial parque de St James.

El área metropolitana es un microcosmos donde conviven muchos grupos étnicos fruto de la herencia colonial. De ahí que un explorador intrépido como Herman Melville afirmase que: «Hay dos lugares en el mundo en los que una persona puede desaparecer por completo, la ciudad de Londres y los mares del Sur».

17. Praga: una copa de cristal listada de oro.



Figura 25. El Puente de San Carlos de Praga

Cuenta una leyenda medieval que la princesa Libuse tuvo una visión acerca de cuál sería la capital de Bohemia: «¡Veo una gran ciudad, cuya gloria tocan las estrellas! Veo un lugar en medio de un bosque donde un empinado acantilado se eleva sobre el río Moldava. Y allí se construirá un castillo llamado Praga». Este ensueño no fue una predicción que anticipaba hechos futuros, sino una profecía o declaración divina que arraigará en las creencias del pueblo checo. Porque desde ese castillo fundacional, donde situarán su corte los reyes futuros, puede verse la panorámica más histórica de Praga. Y en una casita de su Callejón de Oro, el antiguo barrio de los orfebres, Franz Kafka escribió obras maestras como precisamente la titulada *El castillo* (1926), donde denuncia la impotencia del hombre ante el poder.

Debajo de esta colina fortificada se encuentra la Malá Strana o Ciudad Pequeña, que fue un suburbio de la nobleza independiente hasta el siglo XVIII, por lo que está sembrada de palacios, iglesias y jardines. En su plaza situaba Rainer Maria Rilke el centro neurálgico de la urbe, como escribe en sus *Relatos de Praga* (1899), cuyo protagonista Bohusch afirmaba: «conozco mi madrecita Praga hasta su mismo corazón en la Kleinseite». Para concluir que desde aquí la mejor vista panorámica es la de la catedral:

En los primeros atardeceres de primavera, el aire es fresco a causa de la humedad, que se posa suavemente sobre todos los colores haciéndolos más luminosos... Entonces sólo se ve, erguida a lo lejos, la Torre de San Vito, con su gris antiguo y eterno.

El poeta Jaroslav Seifert también evocaba el mercado de Navidad en San Nicolás en su libro *Toda la belleza del mundo* (1983): «Solía estar bajo el signo de miles de ramas doradas con lazos de papel y rosas rojas. A veces la nieve volaba por el aire y los copos se quedaban pegados al cabello y a las pieles».

Salvamos el curso fluvial a través del puente de Carlos, flanqueado por las estatuas del santo patrón Juan Nepomuceno y otros próceres, asomándonos a su pretil para escuchar el rumor del agua del que Smetana compuso un poema sinfónico. Serpenteando por callejuelas medievales llegamos a la plaza de la Ciudad Vieja, donde subimos a la torre del antiguo Ayuntamiento para mirar alrededor de la urbe, cuyo reloj de autómatas hace desfilar a los apóstoles cada hora. Después, entramos en la iglesia gótica de Nuestra Señora de Týn para escuchar las fugas del órgano más antiguo de Chequia. Proseguimos por el barrio judío Josefov, con sus sinagogas y cementerio atiborrado de lápidas, antes de visitar la biblioteca barroca del Clementinum, desde cuya torre astronómica devolvemos la mirada al castillo. Las tiendas de artesanía de la calle Karlova y de Celetná desembocan en la Torre de la Pólvora que es icono de las postales y los folletos turísticos.

Merecen su tiempo los edificios dedicados a las bellas artes y la música. El Museo Nacional nos recibe en su vestíbulo con el panteón de los prohombres de la patria. El Teatro Estatal fue escenario del estreno mundial de la ópera *Don Giovanni* de Mozart. El Rudolfinum es la sede de la orquesta filarmónica de la República de Chequia que actúa en la sala Dvořák en honor del compositor local. Y en el Teatro Negro, así llamado por escenificar la técnica escénica de *la caja negra* iniciada por Georges Méliès y perfeccionada por Stanislavsky -un juego de luz y de sombras que nos recuerdan a las sombras chinescas-, presenciamos una representación de la *Odisea* donde no faltaron danzas y acrobacias entre las desventuras de Ulises.

¿Acaso no es Praga un cristal esmerilado por un diamante? El poeta Nazim Hikmet agradeció en esos términos el cobijo que le dio la capital checa en su libro *Duro oficio el exilio* (1959):

La ciudad de Praga está grabada sobre una copa de cristal
Grabada con la punta de un diamante
Y si yo la tocara, ella resonaría
Listada de oro, límpida y blanca.

18. Viena: el vals de los sueños y las estaciones.



Figura 26. Palacio de Schombrum de Viena

«Viena, Viena, solo tú serás siempre la ciudad de mis sueños», dice la letra de una conocida canción austriaca. Tal vez por eso la Ciudad de los Sueños es para el poeta Jaime Siles “más que una ciudad, una imagen”, cuyas estaciones desgrana en su ensayo *Viena* (1987): “la voraz vorágine de las hojas de fuego de su otoño, su sol de sal nevada en los inviernos, los vegetales salones reflejados en los espejos de su primavera y el caballo de tiro de su nunca verano”. Y esa imagen camaleónica danza al compás de la música nostálgica del sueño que, con permiso de Freud, alcanza su forma más lúcida en el acto de pensar. Cada viajero pensamos Viena con los colores de nuestra paleta impresionista.

Los nuestros son el verde menta de los jardines, los tonos pasteles del ayuntamiento y el palacio, el dorado de marquetería de los museos y bibliotecas, el blanco hueso de la catedral y la ópera, y el puzle arcoíris de las casas *Hundertwasserhaus* con sus suelos ondulados y árboles interiores que sacan las ramas por las ventanas. Este código cromático se puede apreciar desde las panorámicas giratorias de la noria del Prater y la Torre del Danubio.

Partamos de ese hojaldre histórico con forma circular que es La *Ringstrabe*, una avenida donde estuviera la muralla que defendió la ciudad de los asedios turcos, la cual contiene la mayor concentración de monumentos de diferentes estilos: el

Ayuntamiento gótico, la Ópera, la Universidad y los Museos de Arte e Historia Natural neorrenacentistas, el Ministerio de Guerra neobarroco y el Parlamento neoclásico.

Alrededor de este anillo central, adornado por la franja roja y negra del tranvía, se suceden el resto de las joyas de su ajuar artístico. La catedral de San Esteban, que no ha cejado de ampliarse desde su fundación románica en el año 1137 cuando Viena es denominada *civitas* por vez primera, sigue aireando su esbelta aguja, dos torres campanarios y tres naves interiores colmadas de tesoros. Dos iglesias emulan a las de Roma: la de San Pedro, que hermosean los frescos de la Asunción de la Virgen en la cúpula, y la de San Carlos Borromeo, inspirada en la Columna de Trajano, a la que corona una bóveda enverdecida. Los palacios ajardinados de Belvedere, Hofburg y Schönbrunn, residencia de verano de los Habsburgo, expresan el gusto austriaco por el orden armónico de las cosas.

La que fuera capital de la música en el siglo XIX es evocada a través de las rutas personales de Mozart, Beethoven, los Strauss y Mahler. Una pasión filarmónica que sigue cultivando desde el Concierto de Año Nuevo hasta el Festival de la Isla del Danubio. El recuerdo del movimiento modernista *Secesión* (Klimt, Mucha, Hoffman) nos acompaña en nuestro deambular urbano. Mientras las clases en la Academia de Bellas Artes y las colecciones de la Albertina prosiguen la tradición artística.

Los viajeros están invitados a pasear por las concurridas calles de Graben, Kohlmarkt y Kärntner. Las exhibiciones de hípica clásica pueden verse en la Escuela Española de Equitación. Los *Kaffeehäuser* o cafés vieneses, de camareros uniformados y cristaleras narcisistas, se alternan con las pintorescas *Heuriger*, tabernas donde degustar vinos y embutidos de la región. El propio Stefan Zweig en su obra *El mundo de ayer* (1942) reconoce que: «Viena era una ciudad sibarita, pero ¿qué significa cultura sino obtener de la tosca materia de la vida, a fuerza de halagos, sus ingredientes más exquisitos, más delicados y sutiles a través del arte y del amor?».

La amante urbana del río azul sabe que nunca la olvidaremos, en la niebla de una tarde dulce, o en la floración de los narcisos primaverales, pues como canta Leonard Cohen traduciendo a García Lorca en el poema *Pequeño vals vienés* (1986):

Y bailaré contigo en Viena
Iré disfrazado de río
El jacinto salvaje en mi hombro...
Y cederé a la inundación de tu belleza
Mi violín barato y mi cruz

Oh mi amor, oh mi amor
Toma este vals, toma este vals
Es tuyo ahora
Es todo lo que hay.

19. Moscú: el rigor del invierno, los colores de la primavera.

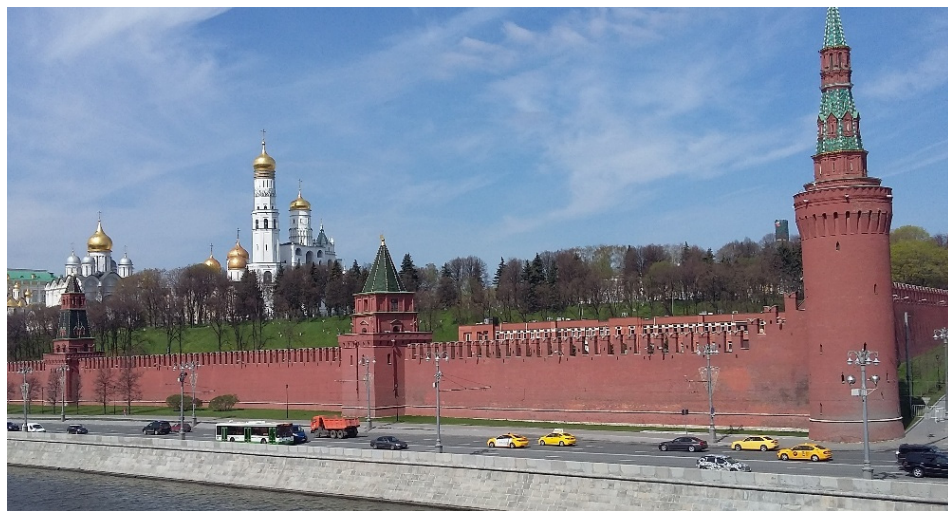


Figura 27. Vista de El Kremlin de Moscú

Hay pocas ciudades que tengan la suerte de poder contemplar su propio perfil. Una de las siete colinas míticas de Moscú que se levanta sobre el río Moscova, la cual recibió el nombre de Colina de los Gorriones, sirvió siempre de mirador natural abarcando toda la ciudad. El río fluye por debajo en forma de onda, convirtiendo el panorama en un anfiteatro creado para contemplar la hermosura del universo con sus amaneceres y crepúsculos, el impecable azul celeste o los pesados nubarrones, la rígida blancura del invierno y la explosión de los colores primaverales.

Nos presenta la panorámica de moscovita Tatiana Pigariova en su *Autobiografía de Moscú* (2001).

En el corazón de la arena de ese coliseo contemplamos ahora la Plaza Roja que en eslavón antiguo significa “plaza hermosa”, la única que no cambió de nombre tras la Revolución de 1917, porque coincidió con el color preferido de la iconografía comunista. De hecho, fue creada en el siglo XVI, cuando la Santa Rusia convirtió a Moscú en la Tercera Roma. La Ciudad Eterna y Constantinopla habían caído en manos de infieles, pero, como escribió el monje Filofeo al zar Iván el Terrible: “desde esta tercera nueva Roma, la Iglesia universal apostólica, bajo tu poderosa autoridad, irradia la fe ortodoxa cristiana hacia los confines de la tierra, más brillante que el sol...”. El foro de la plaza alberga el templo de San Basilio, un

yurodivie o “santo demente” cuyos restos están enterrado bajo este racimo de nueve iglesias, cuyas cúpulas embellecen los bulbos de rayas rojas, cebollas verdes y azules y un turbante amarillo. En su entorno se encuentra el Mausoleo de Lenin, la catedral de Kazán demolida por orden de Stalin para hacer más vistosos los desfiles militares y la galería comercial GUM que fue el pasaje más grande de la Europa del siglo XIX.

Hacia los confines radiantes de otra escarpadura se vislumbran las murallas del Kremlin, la ciudadela que fue sede del presidente de la URSS y ahora del de la Federación Rusa, donde despuntan las cúpulas de cuatro catedrales, los tejados de cinco palacios y los chapiteles de veinte torres almenadas. Este conjunto que tanto se parece a las ciudades de cuento que ilustraba Iván Bilibin inspiró al poeta simbolista Aleksandr Blok la nostalgia de sus años más joviales en *Madrugada en Moscú*: «Yo te amo, primor mío,/despreocupada juventud mía/y la transparente ternura del Kremlin,/en esta mañana, es como tu propio encanto».

La *matrioska* moscovita guarda muñecas monumentales de distinto tamaño y época. El palacio de madera del zar Alexis Mikhailovich, en el parque de Kolómenskoye, es el superviviente de otro edificio magnífico que se consideró la “octava maravilla”. Las mansiones aristocráticas de la calle Arbat y la catedral de Cristo Salvador evocan el pasado zarista. En cambio, las “siete hermanas” de Stalin, o torres rascacielos para conmemorar el centenario de la urbe, recuerdan la contundente arquitectura soviética. Del mismo modo que el metro bajo tierra fue mandado construir por el Partido Comunista para que el proletariado tuviera un “templo del ateísmo”, que, merced a sus estaciones decoradas de forma espectacular, ha sido considerado el “palacio del pueblo”.

Pero también hay lugares excelsos que son *matrioskas* en sí mismos. La Galería Tetriakov custodia buena parte del tesoro artístico ruso: desde el icono de la Virgen de Vladimir a las pinturas de Ilya Repin y Chagall. El Teatro Bolshói, que contemplara la muerte del cisne de Galina Ulanova y de Maya Plisetskaya, pone música a Moscú con sus representaciones de ballets, coros y óperas. En ellos se forjó la identidad del *alma rusa* que alumbró un país de pueblos en el lienzo impresionista de un paisaje blanco sobre nieve roja. Una capital hacia donde se vuelve la mirada con ojos esperanzados como rezan los versos de Marina Tsvetáieva: «Ciudad de maravillas donde aún muerta seré feliz».

20. San Petersburgo: noches blancas y amaneceres azules.

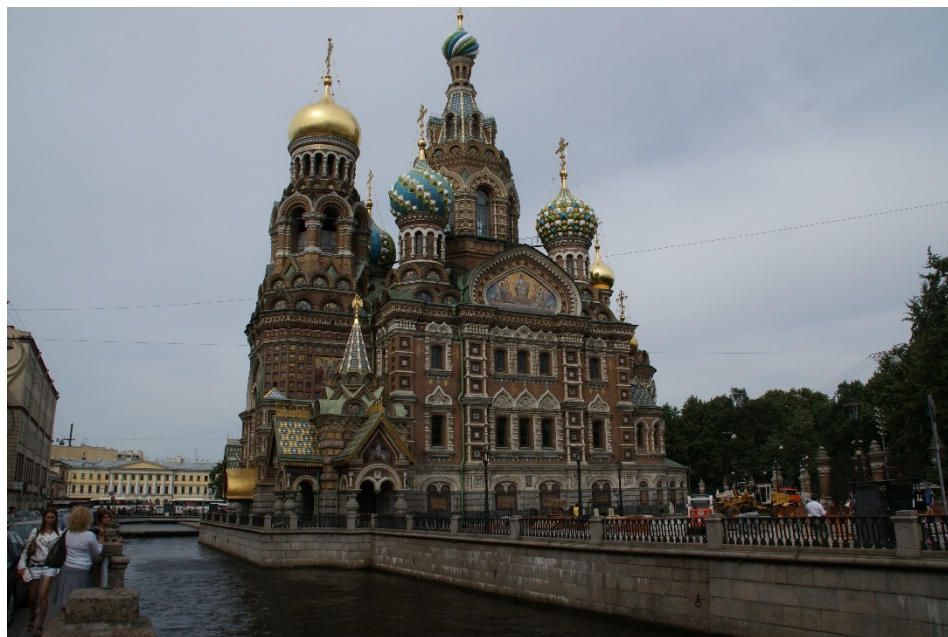


Figura 28. La Iglesia del Salvador sobre la Sangre Derramada en San Petersburgo

Sólo un zar visionario como Pedro el Grande pudo concebir un país de cuento en el inhóspito delta del Nevá. Una capital del Imperio que cobró cuerpo de piedra preciosa. Una ciudad cosmopolita donde cada artista ruso o extranjero creó obras en la estética de sus pueblos de origen para que, haciéndola distinta, se pareciera a todas las ciudades europeas. La estatua ecuestre del emperador en la plaza del Senado apuntando hacia el horizonte simboliza para los rusos el mito de «la ventana abierta a Occidente». Por eso Alexandr Pushkin en su poema *El caballero de bronce* pudo afirmar que desde San Petersburgo: «Rusia ha entrado en Europa como un navío lanzado a golpe de hacha».

Arribamos a un puerto mágico de noches albinas y amaneceres azules. De milagros y revoluciones. Las flechas del Almirantazgo y la basílica de San Pedro y San Pablo son los mástiles dorados que coronan el perfil de este barco anclado entre puertas y puentes. Puertas decoradas con el águila imperial que cierran una ciudadela estrellada. Puentes cuya elevación nocturna es un espectáculo de luces navegando por un río que desemboca entre ámbares bálticos. También viajan a bordo los bulbos celestiales y los iconos divinos de las iglesias de la Resurrección de

Cristo o de la Sangre Derramada, San Nicolás de los Marineros, Nuestra Señora de Kazán y San Isaac.

La aguja del Estado Mayor de la marina de guerra es el punto de fuga en el que confluyen las tres arterias que trazaron la ciudad sobre el plano: las llamadas perspectivas de la Ascensión, Vladimir y Nevski. Esta última avenida es la calle más coqueta, comercial y vivaracha de San Petersburgo. A lo largo de los cinco kilómetros que separan la plaza del Palacio de la antigua linde del Fontanka, se suceden las joyas arquitectónicas, los cafés, las librerías, los trolebuses y los canales. Decía Fiódor Dostoievski en sus *Noches blancas* que el florecer de la primavera en ella: «Me hace recordar a la muchacha mustia, que, de pronto, y como de improviso, se torna maravillosamente hermosa».

Paseemos por el amor y la muerte. Por los palacios de los zares que obedecían a los rigores estacionales del clima. El de invierno del Hermitage es una rica colmena de obras de arte junto a la plaza engalanada con la columna de Alejandro. Y las cortes de verano de Peterhof, de Catalina la Grande en Tsárkoie Seló y de Pablo I en Pávlovsk tienen un aire versallesco. Los enamorados se perdían en sus alcobas lujosas y jardines secretos durante las noches blancas, en las que, como escribe Alejandro Dumas en su *Viaje a Rusia* se perciben: «Tinieblas transparentes, que no son la noche, que son solamente la ausencia del día... Amar durante noches como ésta, será como amar dos veces». Pero también respiremos la paz del monasterio de Alexander Nevski, fundado en honor del príncipe santo que defendiese Rusia frente a los invasores teutones, el cual obtuvo el título de *Laura* o cenobio principal de la iglesia ortodoxa. Un complejo de iglesias y cementerios donde reposa la flor y nata de la *intelligentsia*: Dostoievski, Rimski Korsakov, Chaikovski y Petipa.

La llegada del otoño, como si fuera un chal de seda suave, cubre de nieve elegante las delicadas espaldas de San Petersburgo. Desde las colinas boscosas, la ciudad de las islas calladas y de los canales helados, semeja un dulce de azúcar espolvoreado. Un confite hogareño que, a la luz de las velas trémulas, nos permite saborear su aroma hasta los pináculos leñosos de los abedules. La danza de los copos, cual gráciles bailarinas del Marinski, envuelve las siluetas evanescentes en esta acuarela de pintor callejero. Apenas blanco sobre púrpura como los crepúsculos sanguinolentos del Gran Norte. No olvidemos que la palabra *krasni* en el idioma antiguo significaba “bueno”, que la moderna *krasivi* es “bello” y que *liúbov* es “amor” en femenino como la mujer y el alma rusas. Lo bueno y lo bello de este paisaje sin puesta de sol.

ASIA

21. Jerusalén: la Ciudad Santa de los hijos de Abraham.



Figura 29. Panorámica del Muro de las Lamentaciones y la Explanada de las Mezquitas

«Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva. Vi también bajar del cielo a Dios hasta la ciudad santa, la nueva Jerusalén», reza el Apocalipsis sobre su carisma como lugar “elegido” por Dios, pero también preconiza la fragilidad de este Paraíso mesiánico. Porque ninguna ciudad ha sido objeto de deseo tan vehemente por todos los pueblos de la región. Ninguna ha sufrido más guerras y ha visto más sangre derramada. Y lo peor es que la lucha por dominar este “obligo del mundo” entre el trébol de confesiones de los hijos de Abraham está de rabiosa actualidad.

La ciudad moral en las grandes religiones monoteístas es Jerusalén. Para la tradición cristiana es el Paraíso Terrenal, escenario de la pasión de Cristo, donde se cumplirán las profecías bíblicas. Para la judía, alguna de sus puertas da paso al Shamayim donde mora Dios, mientras otra conduce al Sheol infernal. Para la musulmana, que situaba en la Mezquita de Omar la ascensión de Mahoma a los cielos, también dos entradas de signo contrario conducían al Edén o al fuego devorador del abismo. Todas consideran a Jerusalén el microcosmos de la Tierra de Promisión.

Muros y murallas cartografían las fronteras en litigio permanente de la Ciudad Santa. De modo que cada fe cuenta con un barrio propio en el casco histórico. Los hebreos recuerdan que su urbe nació cuando los reyes de Israel y Judea levantaron un altar en honor de Yahvé que más tarde fue albergado por el Templo de Salomón. De este sólo queda el Muro de las Lamentaciones, adonde los judíos de todo tiempo y condición han venido reuniéndose para implorar sobre las ruinas del Templo, leyendo extractos de la Torá y dejando peticiones escritas en sus recovecos. Es el epicentro sagrado del pueblo de Israel. Su memoria del Libro se conserva en el Museo de Israel, custodio de los

manuscritos del Mar Muerto, y la visual lo hace en las vidrieras de piedras preciosas de la sinagoga Hadasá.

El Muro está paredaño al lugar más ferviente de los musulmanes que es la Explanada de las Mezquitas. Tras pasar por una de sus quince puertas, la Cúpula de la Roca brilla como una joya de oro macizo, legado piadoso del sultán turco Solimán. Afrontada a la mezquita de El Aqsa y rodeada de edículos, conforma el mosaico arquitectónico más simbólico para los palestinos. A sus pies se apiña el barrio árabe, donde descansan los peregrinos antes de seguir camino de La Meca y negocian los comerciantes en el zoco que abre la puerta de Damasco, entre los colores de las frutas y el embeleso causado por los aromas de las especias.

En la parte noroeste, donde el camino de la cruz ha sido tallado por las pisadas de los peregrinos durante siglos, moran los templos y monasterios cristianos. Los fieles de las iglesias latina y ortodoxa transitan por la Vía Dolorosa que conduce al Calvario de la pasión de Cristo. Su meta es la basílica del Santo Sepulcro, cuya traza bizantina, destinada a honrar por orden del emperador Constantino el lugar de la resurrección de Jesús, fue remodelada en estilo románico por los cruzados. Merced a su mezcla de lenguas, hoy muestra un reparto babélico de sus espacios: la tumba de Cristo, la gruta de Adán, el coro de los griegos, la capilla de los coptos, los iconos de los rusos y las lámparas de los franciscanos.

Ojalá que un día sea Jerusalén un cuadro alegre pintado por Marc Chagall. Una ciudad sobre cuyos tejados flota una pareja de novios recién salidos del Cantar de los Cantares. En dulce compañía de una cabra equilibrista y un caballo con un ramo de flores en sus manos. Bailando todos sus vecinos al son del violín. Que un día no muy lejano sea una epifanía de colores invitándonos al banquete bodas: «¡Coman, amigos míos, beban, y embriáguense de amor!». Brindemos por esos deseos de convivencia pacífica: ¡Paz en el nombre de Dios, de Alá y de Yavé!

22. Estambul: una joya entre dos mares.



Figura 30. Panorámica del Estambul moderno

El “Paraíso terrenal y trono de la gloria divina” que era Constantinopla ignoraba que iba a pasar a la Historia con mil nombres: Nueva Jerusalén, Puerta de la Felicidad, Nueva Roma, Ojo del Mundo, Casa del Califato... En el esplendor de Bizancio, cuando los emperadores Justiniano y Teodora inauguraron la basílica de Haghia Sofía, los mosaicos de teselas doradas dieron cuenta en San Salvador de Chora, Rávena y Palermo que la luz del mundo irradiaba desde el Bósforo hasta los pueblos bañados por el Mediterráneo. Medio siglo más tarde aún veneraba este culto a Constantinopla el cronista Nicetas Choniates en su *Historia*: «Reina de la reina de las ciudades, cantar de cantares y esplendor de esplendores».

En 1453 fue conquistada por el sultán Mehmed II y, bautizada como Estambul, se convirtió en la capital del Imperio Otomano. Desde entonces, la mirada más placentera a su perfil urbano adoptó la forma del panorama en literatura, pintura, mapas, postales y fotografías.

El Cuerno es sólo de Oro cuando se contempla el crepúsculo púrpura de hibisco desde la torre Gálata. Enfrente del estrecho se desvanecen los contornos desde la punta del serrallo hasta los minaretes de las mezquitas. Los afinados caiques, vestidos de terciopelo, se deslizan indolentes hasta los embarcaderos de los quioscos chinescos. Pero tras el reino de las sombras la luz del amanecer

acaricia el mosaico colorido del paisaje. En los jardines florecen rosas, lilas y jazmines junto a cipreses y emparrados de madreselvas, amenizados por el canto de los pájaros y el agua de las fuentes. Los derviches giróvagos danzan como planetas alrededor del sol. Las aguas esmeraldas del Bósforo espejean entre los diamantes que esmaltan las dos orillas donde brotan terrazas de viviendas alborozadas. Por mor de este embrujo, Nedim, el poeta de la Era del Tulipán, consagró sus versos a celebrar la belleza de Estambul: «¡Eres una joya única, engastada entre dos mares,/al astro que calienta el mundo hay que compararte./Eres como un parterre del Edén famoso por tus rosas,/una mina de felicidad cuyos dones son tus adornos».

Y esas gracias las vemos en los monumentos excelsos de la ciudad. La cúpula de oro de Santa Sofía custodia el icono de un Cristo bondadoso en su Pantocrátor. Los esbeltos minaretes de la Mezquita Azul extienden su espléndido patio hasta el Hipódromo bizantino de las carreras entre los partidos *rojos y verdes*. El palacio de los sultanes de Topkapı, posado en una ladera de olivos frente a la desembocadura en el mar de Mármara, ha convertido en museos el diván, el tesoro, la biblioteca, el harén y el Apartamento de la Felicidad, donde se exponen algunas reliquias del Profeta. El gran Bazar, un laberinto de talleres y callejuelas techadas, alberga miles de tiendas de joyas, perfumes, ropas, zapatos, libros y souvenirs turísticos. La Cisterna subterránea almacena el agua que antaño abastecía el palacio entre una hilera de arcos y columnas con cabezas de medusas. La iglesia de San Salvador de Chora, intramuros de la muralla de Teodosio, atesora frescos y mosaicos bizantinos de una calidad mística sublime.

Enfrente, el barrio de Pera o de Beyoglu está abierto a la modernidad desde que acogió la estación de Sirkeci, adonde terminaba su recorrido el *Orient Express*. Así como el Hotel Pera Palace, en cuyas habitaciones se alojaban los pasajeros del tren de lujo, y en la 411 Agatha Christie escribió *Asesinato en el Orient Express*. Al cabo, encaramados a la torre Gálata, el viejo faro del puerto, divisamos a los pescadores de caña del puente y una vista de la ciudad histórica que se despliega en la orilla opuesta.

El Nobel turco Orhan Pamuk, aunque lamenta la merma de identidad de su pueblo en el libro *Estambul, ciudad y recuerdos* (2003), siente una grata nostalgia al perderse por esta ciudad poética: «La vida no puede ser tan mala -pienso a veces-. Cuando, al menos, uno siempre puede ir a darse un paseo por el Bósforo».

23. Dubái: de oasis del desierto al lujo de moda.



Figura 31. Parque Zabeel de Dubái

A más de un centenar de kilómetros de la ciudad del emirato puede verse el Burj Khalifa, el edificio más alto del mundo con sus 800 metros largos de altura, desde cuyo mirador contemplamos las arquitecturas ilusorias de esta flor que brota de la arena. Entre ellas se dibuja en el agua de la Palma Jebel Ali, una isla artificial con forma de palmera, cuyas casas se alinean formando el poema beduino escrito por el jeque Mohamed bin Rashid al-Maktoum:

«Toma la sabiduría de los sabios, no todo el que cabalga un caballo es un jinete.
Solo un hombre visionario es capaz de escribir en el agua. Los grandes aceptan
grandes desafíos».

Porque sólo de visionaria se puede calificar la transformación urbanística que ha experimentado este emirato del Golfo Pérsico en las últimas décadas. De ser un oasis en el desierto inhóspito ha pasado a convertirse en la capital del lujo mundial, combinando el modo de vida tradicional de un país musulmán con el frenesí suntuario, lo que ha dado a luz a una sociedad multicultural.

De manera que en la palma insular se levanta el Burj al-Arab, un hotel en forma de vela marina, que es la marca emiratí para atraer al turismo, pues alardea de ser el único hotel del mundo que tiene siete estrellas. A los pies del centro comercial Dubai Mall, que alberga el popular Zoco de Oro, se escenifica un espectáculo de agua, luz y música en la Fuente de Dubái. Los paseos amenos los reservamos para el Miracle Garden, el jardín de flores naturales más grande del planeta, donde podemos admirar composiciones ingeniosas como la de Airbus A380 diseñado con flores, un camino en forma de corazones y un jardín con miles de mariposas.

La historia de la ciudad es recreada en el vanguardista museo de Dubái Frame, donde aprendemos que antes de la lluvia de riqueza que trajo consigo el petróleo la población se apiñaba en una ría natural, donde hoy podemos visitar los barrios de Deira y Bur Dubái. En ellos hallamos zocos de perfume y las especias y los escaparates deslumbrantes del oro.

Ahora bien, la exhibición del glamour se guarda para las noches en el distrito de Dubái Marina, donde se concentran los rascacielos, comercios, yates y el ambiente festivo. Aquí contrastan las fortunas locales y de la *jet* con la legión de trabajadores extranjeros que dan estos servicios. Estas desigualdades son las que inspiraron a la poeta norteamericana Karen Krutsinger su texto *Dubái, hogar de los más ricos*:

«Dubái no es para los débiles de corazón, hogar de los más ricos. Es verdad que se han superado en sus hoteles y edificios. Pero es un fabuloso hogar de los ricos y famosos donde reina la opulencia»

24. Pekín: de las historias viejas al templo de la literatura.

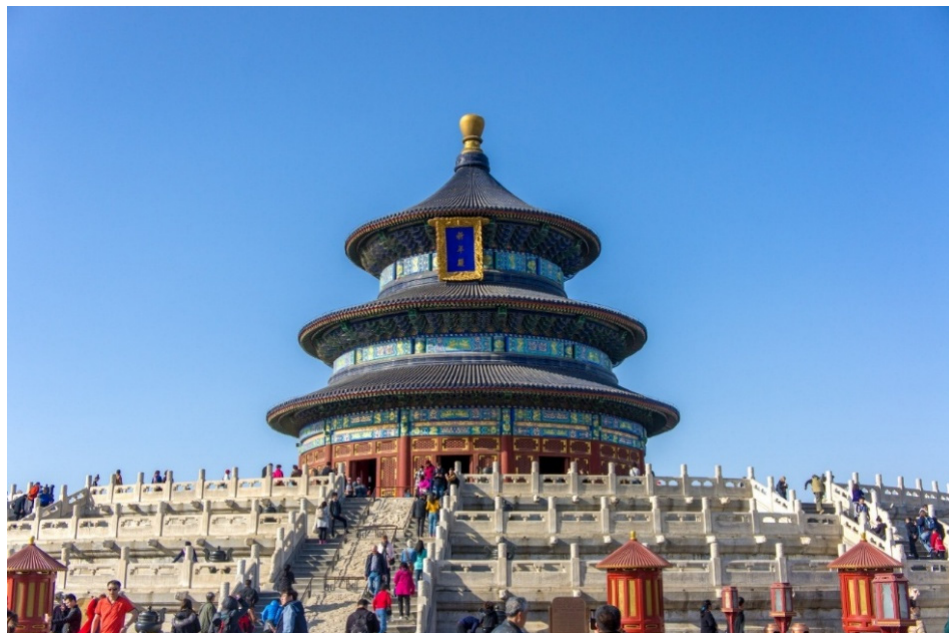


Figura 32. Templo del Pekín antiguo

La nostalgia envuelve a la escritora Lin Haiyin cuando evoca los sueños de su hogar entre templos, patios y pasadizos en *Historias del viejo Pekín* (1960): «Veo llegar las caravanas de camellos bajo el sol invernal, oigo el alegre tintineo de aquellas campanillas y, así, los años de mi niñez vuelven a mi pensamiento». Pero de aquel pasado medieval de la que fuera la mayor capital del mundo apenas quedan algunos restos monumentales, tras la furia iconoclasta de la revolución cultural, y Pekín es ahora una megalópolis perfilada por una muralla de rascacielos.

Los del distrito financiero compiten por tener el mejor panorama urbano. Da lo mismo que lo contemplemos desde los miradores del China Zun, la Park Tower o el World Trade Center, donde el urbanismo delirante ha brotado hacia las alturas para ver diminutas las *hutong* o callejuelas antiguas con su hormigueo humano. O que lo hagamos desde la vista más a ras de suelo de las viejas torres de la Campana y el Tambor que han marcado las horas de la historia. Desde ellas parte el Eje Central, la columna vertebral que divide el plano urbano y ordena la arquitectura

mezclando filosofía antigua y razón científica. La estrella polar púrpura donde habitaba el hijo del cielo que era el emperador.

Porque los ojos se van al punto de fuga en el paisaje que es la Plaza de Tianamén, epicentro del poder absoluto, antaño imperial y hogaño comunista. A su alrededor viajamos en el tiempo a través del Museo de Historia y de la Revolución China, el Gran Pabellón del Congreso Nacional y el Monumento a los Héroes del Pueblo. La Ciudad Prohibida, la sede cortesana donde Kublai Kan decidió edificar la nueva capital de su imperio, proyecta unos puntos cardinales que nos dio a conocer en Occidente el veneciano Marco Polo. La fascinación que sentimos cuando leemos *El libro de las maravillas* es pareja a la que nos despierta el Palacio de la Suprema Armonía y el millar de edificaciones en los colores budistas amarillo y púrpura. El Templo del Cielo refulge dentro del parque de Tiantan. El Estadio Nacional, llamado El Nido, ha incorporado los valores del olimpismo a la cultura tradicional china.

A las afueras aguarda el Palacio de Verano de los Quing, a orillas de un lago con forma de melocotón, que reúne en la colina de la Longevidad pagodas, puertas, arcos, jardines de virtud y torres del perfume. Los avatares de la historia inspiraron el poema de Lu Xun sobre *La vuelta al país de las orquídeas* (1931):

Se quema la pimienta, se quiebra el olivo fragante, las mujeres bellas envejecen; solitario me apoyo en una apartada roca y despliego mi simple corazón. ¿Acaso podría escatimar el perfume que se propaga a distancia a quien ha venido de tan lejos? Mi tierra natal está como ebria y contiene zarzas y espinos.

Y más allá de las montañas, a setenta kilómetros de la ciudad, se recorta la Gran Muralla para recordarnos la arquitectura gloriosa de la dinastía Ming.

Ahora bien, si lo que buscamos es sosiego en la metrópolis más poblada del mundo debemos visitar el Templo de la Literatura. Nada más atravesar la Puerta de la Paz, de techos curvos y columnas talladas, caminamos por patios que enlazan como cadenetas de papel con farolillos el Pabellón de la Armonía con el Salón de la Gran Perfección. Entonces, en la paz silente de las estancias milenarias, escucharemos las palabras de Confucio: «Cada cosa tiene su belleza, pero no todos pueden verla». Aprendamos, pues, a ver la belleza escondida en esta metrópolis de fábula asiática entregada al dinamismo moderno.

25. Tokio: cerezos en flor y brillos de neón.



Figura 33. Vista del centro nocturno de Tokio

«Paseamos todo el tiempo. Es una suerte que Tokio sea una ciudad tan grande; por más que la recorras, siempre hay algún sitio adónde ir», dice un personaje de la novela *Tokio Blues* (1987) de Haruki Murakami. Pero esa ciudad que se cuenta entre las más pobladas de Asia nació de un humilde pueblo medieval situado en la desembocadura del río Sumida al que sus pescadores llamaron Edo. Hubo que esperar a que en 1868 se convirtiese en capital del Imperio con el nombre de Tokio y, abierta al influjo occidental, se modernizara. Los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial la destruyeron, pero cual ave Fénix, renació de sus cenizas para transformarse en una de las megalópolis más vanguardistas del mundo. Un *haiku* de cerezos en flor y artificios visuales.

Las mejores panorámicas las tenemos desde la Torre de Tokio, inspirada en la Torre Eiffel de París, y la Tokyo Skytree con sus vistas vertiginosas. Desde esos miradores seleccionamos los lugares que mejor conservan la tradición: el templo budista de Sensoji, de cuya puerta cuelga un enorme farolillo rojo y la protegen estatuas de dioses, y el Palacio Imperial, erigido sobre el viejo castillo Edo, que fue la residencia del último

emperador de la Historia. Sus jardines reservados cambian de color con las estaciones, pasando del blanco de los cerezos a las hojas cobrizas del otoño. Ahora bien, tanto en las arquitecturas religiosas como palaciegas hay notables diferencias en las percepciones cromáticas entre Occidente y Oriente, las cuales fueron resaltadas por Junichiro Tanizaki en su manifiesto sobre estética *El elogio de la sombra* (1933), donde creía que los occidentales asociamos la belleza a la luz y al blanco mientras para los orientales la belleza se halla en el contraluz y la sombra, como puede apreciarse en las viviendas, el jade, el teatro, el maquillaje, la ropa, la escritura en tinta china y el diseño japonés.

Los edificios administrativos se hallan en el barrio Shinjuku: el del Gobierno Metropolitano tiene dos torres gemelas y el hotel Park Hyatt Tokyo es visitado por los fans de la película *Lost in Translation*. En cuanto a los pulmones verdes, el parque Ueno nos permite meditar entre estanques de loto, pagodas de varios pisos, el templo Benten-do y la estatua del Gran Buda. La isla artificial de Odaiba, comunicada con la ciudad por el largo puente Rainbow, alberga una pequeña réplica de la Estatua de la Libertad y un Gundam a tamaño real entre múltiples atracciones donde recrearse. Y los grupos que imitan a Elvis Presley en sus umbrales no deben despistarnos sobre el arbolado frondoso del Parque Yoyogi que cobija el santuario sintoísta de los Meiji.

El otro Tokio es el de los barrios que rinden culto a la modernidad. El tiempo diurno de trabajo y cultura es replicado por el ocio frenético tras la puesta de sol, cuya atmósfera cautivadora capta el poema *Tokio* de Ceyhun Mahi:

«Todos los lugares de Tokio cambian por la noche,
Las calles son ríos que fluyen de luz resplandeciente,
Letreros de neón encendidos que brillan a cada vista».

Por eso, los aficionados al manga, la música electrónica y los videojuegos se dan cita en Akihabara, donde frecuentan las tiendas rodeadas de carteles y luces de neón, las cafeterías con camareras disfrazadas de sirvientas y los hoteles cápsulas. También en Shinjuku abundan las salas recreativas y los karaokes que de noche se convierte en un barrio rojo. Mientras que en Harajuku se alinean las tiendas y los cafés cuya clientela son jóvenes disfrazados de personajes de dibujos animados.

Este ajetreo fúlgido de día y de noche se refleja en la novela *Territorio de luz* (2020) de la escritora Yuko Tsushima: «Desde esa ventana se veía la avenida, con sus autobuses y su río de cabezas negras atravesando el paso de cebr... Varias veces el semáforo y el tráfico se sincronizaban». El parpadeo incesante de este Tokio futurista.

26. Calcuta: crisol de religiones y morada de parias.



Figura 34. Vista del memorial Victoria en Calcuta

El templo de Dakshinésvar, dedicado a la diosa de los sacrificios Kali, La Oscura, eleva al cielo de Bengala sus torres blancas y rojas y sus santuarios politeístas junto a la orilla del río Hugli. Este centro espiritual tan venerado por los creyentes hindúes fue el escenario del traspaso de la sabiduría entre dos de los místicos más influyentes de la India moderna. Cuenta la tradición que el divulgador de las doctrinas del *vedanta* y el yoga, Swami Vivekananda, sintiéndose desasosegado por no hallar respuestas a sus dudas espirituales, preguntó al maestro Sri Ramakrishna: «¿Señor, usted ha visto a Dios?». Entonces, el santón que guardaba en su memoria las historias de los *shadus* errantes le respondió: «Yo no sólo he visto a Dios, sino que también puedo mostrártelo». Y se lo enseñó entre los más humildes de la casta paria, cuya sufrida existencia, andando el tiempo, inspirará a otras vocaciones occidentales como Dominique Lapierre para escribir *La ciudad de la alegría* y a la madre Teresa para fundar las Misioneras de la Caridad.

Pero la Calcuta que fuera la antigua capital de la India interesó a los cartógrafos del *Civitates Orbis* porque era un enclave pujante en el delta del Ganges donde comerciaban hindúes y británicos. Desde la llegada de la Compañía de las Indias Orientales pasó a ser la sede del Raj Británico hasta la independencia del país guiado por Mahatma Gandhi. De ahí que, en la ciudad actual, respunteada de torres altas y chabolas superpobladas, convivan los legados patrimoniales de ambas culturas.

La Calcuta Negra donde vivieron los lugareños durante el periodo colonial es el barrio de Kumartuli, en cuyas calles en zigzags y casas avejentadas los vecinos

siguen haciendo las estatuillas de heno y barro para las ofrendas votivas. También abundan las esculturas en los templos y palacios de Jorasanko junto a la algarabía de los vendedores en el gran bazar. Por el contrario, la Calcuta Blanca de los colonizadores ha dejado su huella alrededor de Dalhousie, donde se concentran el Ayuntamiento, el tribunal supremo, las oficinas gubernamentales, la iglesia anglicana de San Juan y las añejas mansiones.

El bullicio de las gentes sube de tono en el New Market, donde no sólo se puede comprar de todo, sino que sirve como lugar de encuentro para charlar y comer. La Park Street es un poco más cosmopolita, pues, al lado de sus tiendas y restaurantes, hay librerías en inglés y el prestigioso Saint Xavier College. Al otro lado está el parque Maidan, el más grande de la India, que conserva vestigios militares, un templo budista, un lago de recreo, carros de caballos y vecinos paseando o jugando al cricket. Las desmesuras no acaban aquí, pues el Museo de la India es el mayor de Asia y uno de los más antiguos del mundo. El descomunal Victoria Memorial, construido para honrar el nombramiento de la reina británica como emperatriz de la India, está flanqueado por un jardín dilatado y por la catedral de San Pablo.

Los templos de las distintas religiones están desperdigados por esta urbe que pasa por ser la más poblada de la India. Los musulmanes rezan en las mezquitas Tipu Sultán y Nakhoda. Los hebreos, en las sinagogas de Neveh Shalome, Maghen David y Beth El. Los cristianos, en la catedral del Santísimo Rosario, la Old Mission y la Carey, Baptist Church. Los armenios, en la Armenian Church. Los hinduistas, por todos los barrios, haciendo bueno el pensamiento de los Vedas: “todo parece estar imbricado en todo”.

Digamos adiós a Calcuta desde este crisol de confesiones a través de los versos de su hijo más dilecto, el Premio Nobel Rabindranath Tagore, en su poema *El último viaje* (1916):

Sé que en la tarde de un día cualquiera
el sol me dirá su último adiós,
con su mano ya violeta,
desde el recodo de occidente.

Como siempre habré musitado una canción,
habré mirado a una muchacha,
habré visto el cielo con nubes
a través del árbol que se asoma a mi ventana.
Y no sabré que es por última vez...

ÁFRICA

27. El Cairo milagro del Nilo, huríes del paraíso.



Figura 35. Panorama de El Cairo

«Aquel que no ha visto El Cairo, no ha visto el mundo; su tierra es oro, su Nilo es un milagro; sus mujeres son como los huríes de ojos negros del Paraíso; sus casas son palacios y su aire es suave y con más olor que el sándalo; regocija el corazón». De esta guisa alababa a la ciudad faraónica el cuentacuentos anónimo de *Las mil y una noches*.

La urbe más poblada de África, donde cada barrio es un mundo, es un crisol de culturas. Por eso, exige tiempo de dedicación para pasear por su dédalo de calles, conocer la geografía religiosa de sus mezquitas y disfrutar de los placeres de la *sisa* en el Café del Espejo. Pero también adentrarse en el Gran Museo Egipcio para rememorar las raíces culturales del país de las pirámides, cuyas maravillas artísticas culminan en el tesoro de Tutankamón, en el que su máscara funeraria brilla en oro viejo.

La Ciudadela de Saladino que corona la colina de Mokattam, una fortaleza de la época de las Cruzadas, alberga las mezquitas de al-Nasir con sus minaretes decorados

de azulejos y la de Muhammad Alí recubierta de alabastro. El Palacio Gawhara remite al esplendor de los mamelucos bajo el Imperio otomano y el Pozo de Yusuf con su escalera de caracol baja al nivel del Nilo. Si descendemos hasta el Parque Al Azhar, uno de los pulmones verdes, veremos a los cairotas culminar sus agradables paseos tomando un té con menta junto al lago. Contiene la mezquita nacional en mármol blanco, alrededor de cuyo patio se alinean las madrasas, o salas de estudio y oración del islam. Los estudiantes musulmanes aprenden El Corán y, como les enseñan sus maestros, deben recordar la lección del premio Nobel Naguib Mahfuz en su *Trilogía de El Cairo*: «Puedes decir si un hombre es sabio por sus preguntas.».

Ahora bien, también hay un distrito cristiano, el de los coptos que veneran la huida a Egipto de la Sagrada Familia, el cual acoge las iglesias de la Virgen María y de San Jorge y hace un hueco a la sinagoga Ben Esra para el culto hebreo. El Museo Copto, rodeado de hermosas celosías de madera tallada, contiene pergaminos, textiles e iconos donde se funden los santos con personajes mágicos.

Los espacios comerciales, bulliciosos y multicolores, han sido una de las señas de identidad de El Cairo. El viajero Ibn Battuta comenta que a su llegada a la ciudad «doce mil aguadores transportaban el agua en camellos y treinta mil embarcaciones remontaban el Nilo, mientras los comerciantes decoraban los mercados colgando joyas, telas rayadas y sedas a las puertas de sus tiendas». Esta fiesta mercantil sigue hoy viva, siendo el Bazar de Jan el-Jalili el epicentro del regateo, un caravasar o lugar de descanso de las caravanas atiborrado de lámparas, especias y babuchas. Es “el callejón de los milagros” tan querido por Naguib Mahfuz.

Desde los dos minaretes de la Puerta Bab Zuwayla atravesamos con la vista las murallas de la ciudad vieja para divisar la Mezquita Real y la madrasa del sultán Hassan. Pero es tan numerosa la población de esta metrópolis, apiñada en casas paredañas y cautiva de un tráfico caótico, que el actual presidente Al-Sisi ha puesto en marcha una Nueva Capital Administrativa en tierra virgen, alejada de la contaminación y el ajeteo de El Cairo.

Mientras conviven ambas ciudades, el novelista Gamal Ghitani nos aconseja en *La epístola de los destinos* (1970) llevarnos de El Cairo: «un olor inconfundible, un olor que nos hechiza, pero cuyo origen sigue siendo un misterio. ¿Olor a espera? ¿El olor de los amantes? ¿El olor de los platos? ¿Los efluvios de un perfume de mujer? Tal vez todo ello a un tiempo...».

28. Johannesburgo: un tesoro de gentes y culturas.



Figura 36. Panorámica del centro de Johannesburgo

«Johannesburgo es una ciudad de oro, pero su verdadero tesoro radica en la diversidad de sus gentes y en su resiliencia ante los desafíos», es una frase repetida por la propaganda oficial de un vecindario, que se siente orgulloso de la convivencia alcanzada tras los años de *apartheid*. Porque su nombre en zulú significa “lugar de oro” y porque es una de las ciudades globales con distintas etnias, religiones y culturas.

El núcleo original fue fundado en 1886 tras el descubrimiento de oro en la cercana sierra de Witwatersrand y, aunque la región estaba habitada por los descendientes del pueblo bantú, por entonces empezaron a llegar *boers* que se establecieron en granjas y mineros al calor de la fiebre del oro. La urbe creció vertiginosamente a lo largo de lo que los *afrikáans* llamaron Cresta de Agua Blanca y los nativos se arremolinaron en los suburbios que rodean la colina.

La ciudad más grande del Sudáfrica puede contemplarse desde el Carlton Center, uno de los rascacielos más altos de África, por cuyas ventanas se divisa un mosaico de distritos urbanos. De manera que si las teselas de Sandton, Randburg y Houghton están poblados por los descendientes de ingleses, el de Sophiatown pertenece a los negros y mantiene un vivo activismo político, mientras la bohemia se concentra en Melville y sus locales de vida nocturna. Pero el que ha tenido eco internacional es Soweto, donde vivieron segregadas los africanos que emigraban a la ciudad. Allí se encuentran las casas de Nelson Mandela y de Desmond Tutu, los símbolos de la lucha contra la discriminación racial.

La cultura gira en torno al Newton Cultural Precinct, llamado El Mercado, que desde hace cuarenta años alberga una gran variedad de museos, galerías de arte, teatros y estudios musicales. El deporte tiene su recinto favorito en el estadio Soccer City, donde se celebró la gran final del mundial de fútbol en 2010, en la que España ganó su primer campeonato. La política está simbolizada por la Constitution Hill, la Corte Constitucional de Sudáfrica, al estar asentaba en la antigua cárcel para disidentes del régimen. La enseñanza está cubierta por las universidades públicas de Witwatersrand y Johannesburgo y la privada de Monash.

Ahora bien, en los alrededores de la urbe el viajero puede comprobar sus raíces mineras, como el Gold Reef City Theme Park, donde las antiguas minas han dejado espacio a las atracciones. La antigüedad del asentamiento la testifica el yacimiento de fósiles denominado la Cuna de la Humanidad. Y todas las modalidades de safaris -a pie, en coche y en globo- permiten ver los animales y la naturaleza con otros ojos a los de los zoológicos tradicionales.

Johannesburgo sigue siendo el motor económico de Sudáfrica y, poco a poco, van aminorándose las desigualdades sociales. Pero por encima de todo respira el espíritu positivo del presidente Mandela cuando afirmaba que: «No hay nada como volver a un lugar que permanece sin cambiar y encontrar la forma en que tú has cambiado».

AMÉRICA

29. Nueva York: la estatua de la Libertad y el sueño americano.



Figura 37. Sky-line de Nueva York

Las vistas de las ciudades que fueron dibujadas en el *Civitates Orbis Terrarum* las hemos calificado de “panorámicas”. La de Nueva York, que aceleró su crecimiento desde principios del siglo XIX, siguió un plan urbanístico que la concebía como una red de manzanas y calles entrecruzadas. Esta traza fue percibida por el pintor y topógrafo Charles Graham que, en 1896, publicó una ilustración en el *New York Journal* titulada *The Sky Line of New York*. Desde entonces, en los países de ámbito anglosajón la palabra “panorámica” ha sido sustituida por *skyline*, designando ambas un perfil urbano único y reconocible a primera vista.

Por eso, *New York City* -un tablero de ajedrez formado por calles y avenidas- es llamada popularmente la Gran Manzana. La bolsa de valores de Wall Street simboliza esta capital política y financiera del mundo. Aunque los contrastes entre sus cinco distritos -El Bronx, Brooklyn, Manhattan, Queens y Staten Island- y las desigualdades sociales entre los vecindarios de los mismos ha producido una dualidad de vidas. Esa coexistencia de la belleza y el sufrimiento, como en tantas otras metrópolis, fue versificada por Federico García Lorca en su poema *Panorama ciego de Nueva York*: “No hay dolor en la voz./ Aquí sólo existe la tierra./ La tierra con sus puertas de siempre/que llevan al rubor de los frutos”.

En la retina de los habitantes de nuestro planeta brilla una imagen icónica: la de la Ciudad de los Rascacielos. El *skyline* de los edificios babélicos más altos: el Whitehouse Building, el Woolworth Building, la New York Times Tower, la Chrysler Building, el Empire State Building y las Torres Gemelas

derribadas por los atentados islamistas del 11-S. A través de la literatura, el cómic y el cine nos es fácil ver a King Kong encaramado al Empire con la bella Ann entre sus garras, a Superman lanzándose en picado con la capa tendida al viento y al Joker bailando en las escaleras de Shakespeare Steps, cerca del estadio de los Yankes. Pero con los pies en el suelo también recordamos escenas que son fotogramas icónicos: Audrey Hepburn desayunando ante el escaparate de la lujosa joyería Tiffany donde brillan los diamantes, Woody Allen y Diane Keaton disfrutando del amanecer en un banco frente a Manhattan y Al Pacino olfateando como un sabueso en celo esencia de mujer en el hotel Waldorf-Astoria. Tenía razón el doctor Joel Fleischman, protagonista de la serie *Doctor en Alaska*, cuando al regresa a su ciudad natal tras ejercer en Cicely se da cuenta de que: “Nueva York es un estado de ánimo”.

El epicentro urbano de Times Square nos deslumbra con sus grandes pantallas de anuncios y sus luces de neón. Si buscamos espectáculos, adentrémonos en el laberinto de teatros de Broadway. Si un remanso de sosiego, en los jardines y lagos de Central Park. Si vistas aéreas, en los miradores de los rascacielos y en un tour en helicóptero. Si comidas neoyorkinas, en los restaurantes del Rockefeller Center y en el Chelsea Market. Los museos MoMA, Metropolitano, Guggenheim y la Hispanic Society atesoran colecciones ecuménicas de arte mundial, mientras el Memorial honra a las víctimas de los ataques al World Trade Center. Seguimos buscando vistas al cruzar el puente de Brooklyn, visitamos tiendas de la Quinta Avenida, disfrutamos de diversiones en Coney Island y cruzamos el río Hudson cuando el crepúsculo tiende una gasa púrpura velada por el sol poniente.

La estatua de la Libertad, varada en Liberty Island, representa la llama de la razón ilustrada regalada por el estado francés a los Estados Unidos independientes. Pero, en adelante, este símbolo majestuoso de Bartholdi, pasó a ser la imagen de las esperanzas que llevaban en su magro equipaje los emigrantes que pasaban la cuarentena en la isla de Ellis. El monumento, cuya antorcha ilumina al mundo, se ha convertido en la postal más universal de Nueva York. Es el mito del “sueño americano”, que mueve desde el gran Gatsby a los personajes del cuarteto de Paul Auster, encarnado en la lucha por la vida que cada día se da en la Ciudad que Nunca Duerme. El himno a la tierra de las oportunidades lo interpretó como nadie Frank Sinatra en su canción *New York, New York*:

“Quiero despertar en esa ciudad
Que no duerme
Y descubrir que soy el rey de la colina”.

30. Ciudad de México: más transparente que el aire.



Figura 38. Catedral Metropolitana de la Asunción de la Ciudad de México

Los sentimientos encontrados se mezclan en las definiciones de la Ciudad de México, pues, inmensa y superpoblada, caótica y sugestiva, atrae y enoja a sus vecinos más ilustres. De esta forma la sintió el escritor cosmopolita Carlos Fuentes en su novela *La región más transparente* (1958): «Ven, déjate caer conmigo en la cicatriz lunar de nuestra ciudad, ciudad puñado de alcantarillas, ciudad cristal de vahos y escarcha mineral, ciudad presencia de todos nuestros olvidos...Aquí nos tocó. Qué le vamos a hacer. En la región más transparente del aire». Y desde entonces el antiguo Distrito Federal adoptó como seña de identidad ese trasluz urbano.

Sin embargo, en la antigüedad su materia prima fue el agua del lago Texcoco, en una de cuyas islas los mexicas fundaron una ciudad palafítica, la renombrada Tenochtitlán por el Imperio azteca. Cuando los españoles y sus aliados indígenas capitaneados por Hernán Cortés apresaron a Moctezuma la urbe pronto pasó a ser la capital del Virreinato de Nueva España. Miguel de Cervantes aún guardaba en su memoria el asombro que producía México a los viajeros cuando la comparó con Venecia en su novela *El licenciado Vidriera* (1613) al tener ambas calles de agua y palacios deslumbrantes.

Las crónicas de los conquistadores y los mapas del siglo XVI (el de Nuremberg de 1524, el boceto de Cortés de 1526 en el British y el del *Civitates Orbis* de 1577) demuestran que las edificaciones modernas se hicieron sobre esa urbe lacustre formada por canales y puentes. Por eso, la panorámica de la actual Ciudad de México desde la Torre Latinoamericana parte de El Zócalo, donde se mezcla el pasado oriundo e hispano del “ombbligo de la Luna”, que es lo que significa México. En esa Plaza de la Constitución conviven las ruinas del Templo Mayor y del altar de los cráneos para los sacrificios de la mítica Tenochtitlán, la catedral barroca con su retablo de los reyes y el Palacio Nacional decorado por Diego Rivera mediante murales coloridos.

La Casa Azul en la que vivió el pintor junto a Frida Kahlo se halla en el barrio de Coyoacán, donde se han avicinado los artistas y literatos más famosos. Estos frecuentaron el Jardín Centenario, el Museo de León Trotsky, la Plaza de la Conchita, la parroquia de San Juan Bautista, la Casa Municipal y el mercado de antojitos. La calle peatonal Francisco Madero alegra a los paseantes a través de sus edificios coloniales, como la Casa de los Azulejos y el palacio Iturbide, y de sus tiendas y restaurantes donde degustar la cocina tradicional de los diversos estados. La desmesura de la avenida Insurgentes con sus 28 kilómetros la hacen una de las más largas del planeta.

La misma dualidad cultural entre el sustrato azteca y el legado español lo volvemos a encontrar en otros distritos de la ciudad. En el bosque de Chapultepec, además de ser el pulmón verde, se hallan los museos de Historia y Antropología, que alberga la mejor colección de arte prehispánico del mundo. No olvidemos que a cincuenta kilómetros se hallan las pirámides de Teotihuacán, donde las llamadas del Sol y de la Luna ofrecen vistas de todo el yacimiento arqueológico, siendo el testimonio de una civilización que floreció hace más de 2000 años. Por su parte, la basílica de Santa María de Guadalupe es el santuario más venerado de América, en cuya capilla del Cerrito tuvo lugar la aparición mariana. Mientras el jardín de la Alameda Central lleva al Palacio de Bellas Artes decorado en *art nouveau*.

Esta megalópolis que “nos devora, nos inventa y nos olvida” inspiró a Octavio Paz el poema *Hablo de la ciudad* (1986): «Novedad de hoy y ruina de pasado mañana, enterrada y resucitada cada día,/la ciudad enorme que cabe en un cuarto de tres metros cuadrados inacabable como una galaxia,/la ciudad que todos soñamos y que cambia sin cesar mientras la soñamos». El sueño de la razón produce monstruos, que diría Francisco de Goya, pero algunos con tanto encanto como la capital de México.

31. La Habana: paseo marítimo y noche de baile.



Figura 39. Panorámica de la Línea en La Habana

«Pupila que la muerte sin mirarte se cierra/no sabrá qué es belleza, porque tú eres, Habana,/la ciudad más hermosa que floreció en la tierra», cantaba José Lezama Lima en *Adiós a Cuba* (1959).

Desde el castillo de los Tres Reyes Magos del Morro, que defendía la ciudad cuando Cuba era una provincia española de ultramar, admiramos la panorámica de la Habana Vieja. Sus callejones populosos mueren en la plaza de la Catedral, templo barroco de sólidos campanarios, que están festoneados por las arcadas que piedra que la circundan. Cuando Alejo Carpentier describió la belleza arquitectónica habanera en *La ciudad de las columnas* (1966), la veía como una selva de columnas que protegía a sus vecinos de la canícula, pues: «sus calles eran tenidas en voluntaria angostura, propiciadora de sombras, donde ni los crepúsculos ni los amaneceres enneguecían a los transeúntes, arrojándoles demasiado sol en la cara»

Aunque al decir de los locales es más alegre la Plaza de Armas gracias a sus edificios de colores y sus gentes dicharacheras. Si subimos a la azotea del edificio Gómez Vila podemos contemplar una vista urbana a través de una cámara oscura. Es la misma sensación que tuvimos en la Torre Tavira de Cádiz, testigo del apogeo comercial con América, cuando el sonido de las habaneras cruzaba el Atlántico en los dos sentidos y la nostalgia de los paraísos perdidos invadía a los viajeros.

Los espacios culturales por antonomasia son el antiguo Congreso, reconvertido tras la revolución en la Academia Cubana de las Ciencias y la Biblioteca Nacional de Ciencia y Tecnología, cuya cúpula está revestida de láminas de oro donadas por Rusia. Así como el Gran Teatro Alicia Alonso, que alberga el Ballet Nacional de Cuba, del que vimos una representación de *Don Quijote* donde se mezclaba la nostalgia hispana con la técnica rusa de la Academia Vaganova. El régimen castrista se hace notar en la Plaza de la Revolución, escenario de las conmemoraciones del Partido Comunista, el Museo de la Revolución y la casa del Che Guevara.

Mientras que los lugares de ocio festivo son los cabarets Tropicana y Habana Café, templos donde bandas y bailarinas interpretan los ritmos cubanos, y tomar un mojito en la Bodeguita del Medio y un daiquiri en El Floridita la salud de Hemingway. Con todo y con eso, el deporte nacional consiste en dejarse ver por el Malecón, donde nunca faltan vecinos, pescadores y amantes. En el crepúsculo púrpura que cae sobre las espaldas de paseo marítimo, cuando el viento nos trae el olor salitre de las olas, leemos la declaración de amor que el artista Fayad Jamís dedicó a la ciudad en el poema *Si no existieras* (1962):

Que sería de mí si no existieras
Mi ciudad de La Habana
Si no existieras mi ciudad de sueño
En claridad y espuma edificada,
Que sería de mí sin tus portales,
Tus columnas, tus besos, tus ventanas...
Si no existieras yo te inventaría
Mi ciudad de La Habana.

32. Cuzco: lugar de la alegría.



Figura 40. Panorámica de Cuzco

«El Cusco en su Imperio fue otra Roma en el suyo. La primera y principal, en haber sido fundada por sus primeros reyes. La segunda, en las muchas y diversas naciones que conquistaron y sujetaron a su imperio. La tercera, en las leyes tantas y tan excelentes que engendraron, y que con su buena doctrina urbana y militar criaron», escribía El Inca Garcilaso de la Vega en su obra *Comentarios reales* (1609), quien encarna al primer genio literario del mestizaje cultural en el Nuevo Mundo. La capital del antiguo Imperio Inca prosiguió embelleciéndose durante el periodo del Virreinato español de Perú y, merced a su aspecto monumental, todavía hoy es publicitada como “La Roma de América”, recogiendo el guante que arrojara el bueno de Garcilaso.

El término Cusco en la lengua quechua significa “en medio” y “el centro alrededor del que gira el mundo”. De ahí que, según expresa el profesor Ian Farrington en su libro *Toward an Understanding of Inka Urbanism* (2013):

el emperador y la ciudad reflejasen las creencias en su supremacía, legitimada por su notable asociación con el Sol y como los intermediarios entre dios y las personas. La memorización de sitios y nombres asociados al mito se volvieron críticos y frecuentes en los paisajes alrededor de la ciudad y luego más lejos.

La imagen de Cuzco en el *Civitates Orbis* de 1612, diseñada en forma de cuadrícula con cuatro caminos abiertos hacia los confines del Imperio, evidencia esta cosmovisión incaica que asombró a Francisco de Pizarro y sus hombres.

Ese ombligo del mundo en la cordillera de los Andes lo encarna la Plaza de Armas, llamada “lugar de la alegría” por los naturales, donde se encuentran la catedral barroca de la Virgen de la Asunción, flanqueada por los templos adjuntos de la Sagrada Familia y El Triunfo. Así como la iglesia de la Compañía de Jesús de estilo colonial, plasmado en sus capillas de San Ignacio, Nuestra Señora de Loreto y la de Indios. La artesanía de los talleres y tiendas de la parroquia de San Blas, cuyas callejuelas en cuesta suben a un mirador natural, se apiñan en torno a la iglesia del santo edificada sobre un templo indígena. Lo mismo sucedió con el convento de Santo Domingo, asentado en el lugar de culto de Qorikancha o dios Sol, llamado el “sitio de oro” porque en sus orígenes tenía todos sus muros recubiertos con láminas áureas. Es digno de tener en cuenta que en el Cuzco virreinal convivieron en paz indígenas de la aristocracia incaica y españoles que se acercaron en el lugar. Este mestizaje secular será su seña de identidad mestiza.

Entre las ruinas talladas en piedra de la fortaleza Sacsayhuamán destaca la Puerta del Sol, dado que su ordenamiento urbano seguía la orientación del astro rey, por lo que subordinaba los edificios a la topografía natural del terreno. Los mismos muros incas pueden apreciarse en los yacimientos de Tambomachay, consagrado al culto del agua, la Fortaleza Roja de Pukapukara, un cazadero donde descansaba la familia real, y en el centro religioso de Qenqo en Cuzco, que incluye un anfiteatro, un canal y unas columnas para practicar la astronomía. A unos kilómetros se encuentra el Valle Sagrado, donde podemos disfrutar de caprichosos paisajes para cultivar el maíz en terrazas.

La mezcla de los sustratos inca e hispánico han alumbrado una ciudad cosmopolita. Ese puzzle de casas y gentes produce un vivo colorido no exento de solemnidad, como escribió el polígrafo peruano José de la Riva-Agüero y Osma en su libro de viajes *Paisajes peruanos* (1955): «El Cuzco es tierra de contrastes; y el mayor es sin duda la oposición radical de sus aspectos, según se le contemple en su mismo recinto o desde los cerros que lo circundan. Paseando sus calles y plazas, la impresión de conjunto es de severidad ceñuda hasta lo terrible, de solemnidad trágica, a pesar de la generosa luz del cielo y la albura cegadora de sus paredes encaladas». Que esos contrastes nos sirvan para enriquecer sus vistas panorámicas.

33. Río de Janeiro: música, samba y carnaval.



Figura 41. Vista del Pan de Azúcar en Río de Janeiro

«Río de Janeiro, la ciudad maravillosa, la ciudad de los cuentos, la ciudad de los chistes, la ciudad de los amaneceres interminables, la ciudad de los poetas, los bohemios, los sambistas, la ciudad que sigue viva, ¡incluso después de que la violencia calla!», describe el escritor Mauricio Borges la belleza y la alegría de vivir de la gente de la llamada Ciudad Maravillosa, cuya epifanía es el carnaval.

La mejor panorámica de la urbe la tiene el Cristo Redentor, que, con sus brazos extendidos, abarca al vecindario desde lo alto del monte Corcovado. Sus impresionantes vistas de las calles y las playas tienen su réplica desde el Pan de Azúcar, un peñasco que sobresale en el océano Atlántico, cuyo teleférico de cristal artesonado es una de las grandes atracciones turísticas de la ciudad carioca. Este acantilado es visto desde todos los barrios y, a su vez, su cumbre ve los movimientos de todos sus habitantes. Y es que como escribió la novelista Clarice Lispector en *La hora de la estrella* (1977): «En una calle de Río de Janeiro atrapé al vuelo el sentimiento de perdición en el rostro de una muchacha. Sé de las cosas por estar viviendo. Quien vive sabe, aún sin saber que sabe».

La antigua capital del país, hasta que la relevó la vanguardista Brasilia, convoca a sus habitantes en *templos* de distinta naturaleza. El religioso llama a la oración en la catedral de San Sebastián, cuya fachada se inspira en las pirámides mayas, mientras el juego de la luz en sus vidrieras convierte su interior en una alegre policromía. La otra religión brasileira, el fútbol, tiene su monumento más venerado en el estadio de Maracanã, sede de mundiales y “partidos del siglo”, donde los aficionados admiraron a las grandes figuras de la que Pelé fue la de mayor fama mundial. El espacio para el culto al cuerpo se extiende por las playas de Ipanema y Leblón, donde se mezcla la elegancia de los bañistas y paseantes con el azul turquesa del mar, cuyas olas gigantes son una golosina para los surfistas y cuya arena fina invita a la práctica el futvoley. Los cantantes del “tropicalismo” hallaron en ellas una fuerte inspiración para realzar la belleza de sus chicas y la libertad de su ambiente.

La antítesis a estos jardines de delicias son los barrios de favelas, que, a pesar de su vida conflictiva, están llenos de la historia de los humildes y son los depositarios de la cultura popular. El viajero puede contemplar en Santa Marta una escultura dedicada a Michael Jackson o escuchar música en vivo en Tavares Bastos y, al tiempo, producirse una redada policial en las calles aledañas. El escritor Paulo Lins describió estas dos caras de la favela en su libro *Ciudad de Dios* (1977):

Aún hoy, el cielo llena de azul y de estrellas al mundo, los árboles verdean la tierra, las nubes blanquean las vistas y el hombre aporta su granito de arena enrojeciendo el río. Surgió la favela, la neofavela de cemento, formada de vías-bocas y siniestros-silencios, con gritos-desesperos en el correr de las callejuelas y en la indecisión de las encrucijadas.

Toda la ciudad entra en ebullición durante los días del carnaval, una de las festividades más famosas del mundo, cuando se abolen valores y jerarquías durante un lapso de tiempo. Las fiestas callejeras proliferan por todos los barrios y la música y el color no cesan antes del Miércoles de Ceniza. El desfile de las escuelas de samba en el Sambódromo es la máxima expresión de la cultura carioca. Pasadas las celebraciones, antes de la despedida, el viajero recuerda las bellezas vividas a través de la *Oda a Río de Janeiro* de Pablo Neruda: «Río de Janeiro, el agua/ es tu bandera, agita sus colores, sopla y tintinea al viento,/náyade negra,/de claridad infinita».

34. Santiago de Chile: entre nieves andinas y costas pacíficas.

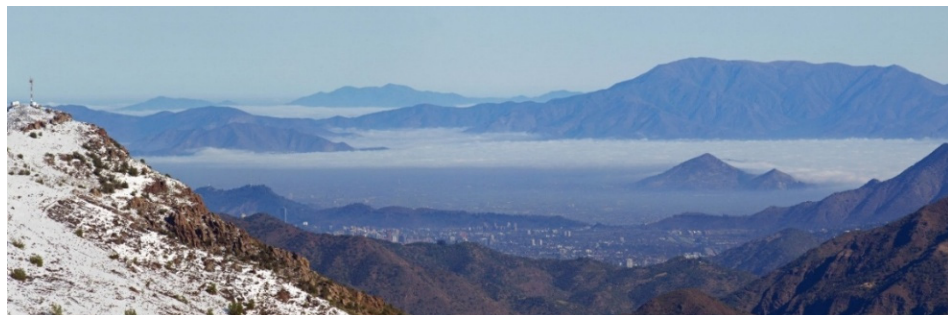


Figura 42. Vista de los alrededores de Santiago de Chile

«La capital, Santiago, mentada con el nombre del apóstol vuestro, para señalarle un destino de españolidad, enseño en uno de los lugares de altura dominante, sobre un llano espacioso y verde. El conquistador Valdivia, al escoger este lugar estratégico, escogió también un paisaje magistral, y de este modo fundó logradamente y dejó a las generaciones el regalo sin precio de un panorama ennoblecedor de los sentidos».

Dijo Gabriela Mistral en una conferencia dada en Málaga y titulada *Breve descripción de Chile* (1935).

En el año 1541 Pedro de Valdivia fundó esta ciudad consagrada al patrón de España, el apóstol Santiago, en las faldas del cerro Huelén. La enmarcó dentro de un paisaje natural incomparable entre las nieves de los Alpes y las playas del Pacífico. Y encargó de su diseño al “trazador de ciudades” Pedro de Gamboa, amigo de Inés de Suárez, la primera española que llegó a Chile. Este maestro de obras le dio forma de tablero de ajedrez, cuyo ombligo fue una plaza mayor alrededor de la que se erigieron la catedral, la sede del gobernador y ocho cuadras pobladas con casas de barro y paja.

Las panorámicas más tradicionales de Santiago se encuentran en los cerros de Santa Lucía y de San Cristóbal, aunque hoy rivalizan con ella las que se divisan desde los rascacielos. Al primer otero ascendemos en el teleférico y vamos observando postales de la ciudad a vista de pájaro. Una vez en la cumbre de lo que hoy es un parque público, pasamos bajo el arco del triunfo hasta la fuente de Neptuno y, parados en el mirador del Castillo Hidalgo, nos asombra la

belleza mineral de la cordillera andina. Un paisaje telúrico que cantó Pablo Neruda en su poema *Las piedras de Chile* (1961): «Las piedras de Chile, humildes y eternas, son la poesía misma de la naturaleza, la manifestación de lo divino en lo terrenal. Las recojo con devoción, las sostengo en mis manos, y me siento conectado con el universo».

En la falda del altozano se encuentra el barrio Lastarria, donde vivieron escritores y artistas, por lo que reúne museos, centros culturales y cafés para la tertulia. Vuelta la mirada hacia el casco histórico, el epicentro es la Plaza de Armas, kilómetro cero del país, rodeada por el Cabildo, la Catedral, el Palacio de la Real Audiencia, el Museo Histórico Nacional y la Casa Colorada de aire colonial. Del mismo modo, es emblemático el Palacio de la Moneda, que fuera Casa de la Moneda durante el virreinato, pero que hoy día evoca la muerte del presidente Salvador Allende en 1973 durante el asalto de los militares del comandante Pinochet. El Museo de la Memoria y los Derechos Humanos recuerda los excesos de la dictadura para ayudar a que no se repitan en el futuro.

También desde el cerro San Cristóbal admiramos las imponentes siluetas andinas mientras se derrama a sus pies el barrio de Bellavista. En sus empinadas calles se alinean las fachadas de colores de la Casa Roja, el Castillo Lehuédé y La Chascona -apodo de su amante- que habitara el “gran poeta del amor” y donde la cabellera roja de Matilde Urrutia hacía juego con las paredes azules. Más sosiego encontraremos en el barrio París Londres, en torno a la iglesia de San Francisco, cuya arquitectura contemporánea le confiere un ambiente europeo.

Ahora bien, si nuestra panorámica es social se hacen patentes las acusadas desigualdades entre el vecindario, como escribe Isabel Allende en *Mi país inventado* (2016): «En Santiago los límites son claros. La distancia entre las mansiones de los ricos en los faldeos cordilleranos, con guardias a la puerta y cuatro garajes, y las casuchas de las poblaciones proletarias es astronómica. Siempre que voy a Santiago que llama la atención que una parte de la ciudad sea en blanco y negro y la otra en tñcnicolor». Las gamas claroscúras de ese contraste de colores son por desgracia las vistas más frecuentes en las capitales del mundo.

35. Buenos Aires: eterna como el agua y el aire.



Figura 43. Vista del centro de Buenos Aires

El origen de la capital de Argentina estuvo en sendos fuertes que, con un intervalo de décadas, levantaron los exploradores españoles Pedro de Mendoza y Juan de Garay a orillas del Río de La Plata en el siglo XVI. Esta historia real le pareció prosaica al gran Jorge Luis Borges y recreó el nacimiento de la ciudad en los versos de *Fundación mítica de Buenos Aires* (1972):

¿Y fue por este río de sueñera y de barro
que las proas vinieron a fundarme la patria?
Irían a los tumbos los barquitos pintados
entre los camalotes de la corriente zaina...

A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires:
la juzgo tan eterna como el agua y el aire.

Desde el aire se ve el agua en el mirador panorámico de la Torre Espacial, la construcción más alta del país, tendiéndose a sus pies largas avenidas sembradas

de rascacielos. El epicentro de la ciudad es la Plaza de Mayo. A su alrededor orbita la Casa Rosada, sede gubernamental, la neoclásica catedral metropolitana, en cuyo mausoleo reposan los restos del general San Martín, y el cabildo que albergara el ayuntamiento y fuese sede de la primera biblioteca pública.

El Obelisco es el faro de la Plaza de la República que atrae por igual a vecinos y foráneos. Al igual que son las luces de la cultura el Teatro Colón para ópera y ballet, el Ateneo Grand Splendid que pasa por ser la librería más original y el viejo Café Tortoni donde los turistas se fotografían con las imágenes de Alfonsina Storni, Jorge Luis Borges y Carlos Gardel.

Los barrios aportan un colorido particular. El de La Boca conserva las ilusiones de mejora social de los emigrantes que arriaban al puerto. En el de San Telmo se apiñan los locales de tango, las tiendas de antigüedades, el mercado de abastos y el paseo de la historieta -nuestro tebeo- señalado por una escultura de Mafalda. El exclusivo de Puerto Madero exhibe hoteles y residencias de lujo entre la Fuente de las Nereidas y el Puente de la Mujer. En el de Belgrano convive el museo histórico con la estatua de La Libertad. El gran Palermo ofrece la amenidad de sus jardines entre palacios señoriales y galerías de arte. Aunque, al cabo, nuestras vidas son los ríos que van a dar en el mar que es el morir, esto es, el vecindario más ilustre va a dormir el sueño de los justos al cementerio de La Recoleta.

La *Divina Comedia* recorre la geografía de la eternidad cristiana: el cielo, el infierno y el purgatorio. Pues bien, en la Avenida de Mayo, el empresario Luis Barolo y el arquitecto Mario Palantieste concibieron un palacio a imagen y semejanza del poemario de Dante Alighieri. Sus cien metros de altura se corresponden con los cantos de la obra, la cúpula evoca la unión con Beatrice y el faro es dios que todo lo ve. Es otro mirador, esta vez más espiritual, desde el que se puede admirar el panorama de Buenos Aires.

En cualquier caso, como aconseja Ernesto Sábato en *Sobre héroes y tumbas* siempre nos queda, como a su protagonista Martín, el Parque Lezama para pensar con claridad y ver la realidad de las cosas:

Llegaron los primeros calores de diciembre. Las jacarandas se pusieron violetas y las tipas se cubrieron de flores anaranjadas. Y luego las hojas empezaron a dorarse y a ser arrastradas por los primeros vientos del otoño. Y entonces -dijo Martín- perdió la esperanza de volver a verla.

La misma nostalgia que destila el tango de Alfredo Le Pera: «Mi Buenos Aires querido, cuando yo te vuelva a ver, no habrá más pena ni olvido».

OCEANÍA

36. Sídney: varias culturas y una misma playa.

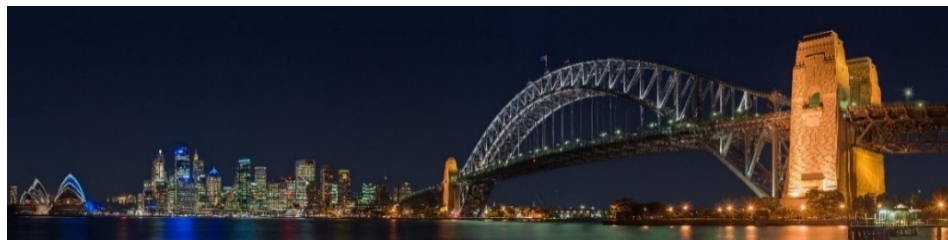


Figura 44. Panorámica nocturna de Sídney

La ciudad de Sídney es multicultural desde sus orígenes. Los marineros y los convictos que arribaron a sus lares con la llamada Primera Flota de Gran Bretaña en 1788 convivieron con los pueblos aborígenes. Pero enseguida llegaron influencias europeas y americanas que han sedimentado en la urbe cosmopolita de nuestros días y la puerta de entrada para los inmigrantes de todo el mundo.

La verdad es que su puerto de entrada está custodiado por dos símbolos monumentales: el Puente de la Bahía y la Ópera House. La pasarela metálica apodada La Percha por la forma de su arco une el distrito financiero de Downtown con la costa norte y durante la celebración de los Juegos Olímpicos del año 2000 fue adornado con los aros que representan los colores de los cinco continentes.

En cuanto a la Casa de la Ópera, sede de la compañía de teatro y de la orquesta sinfónica, es una construcción innovadora con un diseño a base de velas con azulejos blancos que forman el tejado del edificio. El diseño de su arquitecto danés Jørn Utzon es considerado universalmente único y el informe de los comitentes así lo recogió: «Los dibujos diseñados para este esquema son simples al punto de ser diagramáticos. Nos convencen que presentan un concepto de teatro de ópera que será capaz de convertirse en uno de los grandes edificios del mundo». De hecho, la Ópera es la vista más icónica de la ciudad más grande de Australia y Oceanía.

El urbanismo de Sídney integra naturaleza y edificaciones. El Real Jardín Botánico es un espacio ameno que combina la jardinería con la investigación científica. Se complementa con el Hyde Park en el centro urbano con su Anzac

Memorial dedicado al ejército australiano. Al lado está la catedral de Santa María de estilo neogótico. También es pulmón verde el Wendy Whiteley's Secret Garden, un pequeño parque de senderos secretos, desde cuyas alturas se divisa la traza urbana.

Por su parte, el antiguo barrio The Rocks está formado por estrechas callejuelas, mercadillos, restaurantes y pubs que han reutilizado casas coloniales. La diversión está asegurada en el centenario parque de atracciones de Luna Park, donde no podía faltar una noria elevada ni un ferry que trasborde a los visitantes a otros distritos. El paseo ameno llevará al visitante al puerto de Darling y la vida nocturna le aguarda en el barrio de Surry Hills.

Ahora bien, la vocación marítima de la urbe se ha volcado en su vivencia de la playa como lugar de esparcimiento y modo de vida. La línea de arena del *costal walk* une las grandes playas de Bondi Beach y Coogee Beach y está jalonada de miradores que ofrecen magníficas vistas panorámicas. Aunque las oficiales pueden observarse ciudad adentro desde la Sydney Tower Eye. El escritor Miguel Aguiló se hace eco de este sentir autóctono en su libro *La construcción del paisaje de Sidney* (2016): «Para el australiano la playa es el lugar por antonomasia, es el espacio público por definición. Han sabido defenderlo como nadie elaborando una cultura alrededor de la playa y el mar envidiable».

MÁS ALLÁ

37. Antártida: la belleza de la nieve y el susurro de los glaciares.



Figura 45. Panorámica de la Antártida

En este libro de panoramas queremos ir “más allá”, deseamos contemplar vistas panorámicas en el *Plus Ultra* de nuestro tiempo. Como la del Continente Blanco que, desde que se supone que apareciera en el mapa de Piri Reis, se ha asociado a la ilusión de una isla magnética. Un territorio virgen que atrae a los navegantes por su fuerza natural y su seducción estética. En estos términos rememoraba en 1915 Grace Scott, la hermana del explorador, el romance con la nieve del héroe que se adentró en la belleza congelada del Polo Sur aún a riesgo de morir:

Sentía en sí mismo vivamente la llamada de los vastos espacios vacíos; silencio; la belleza de la nieve no pisada; libertad de pensamiento y acción; la maravilla de la nieve y la aparente infinitud de sus regiones deshabitadas cuyos secretos el hombre no había perforado entonces, y la conquista esperada de los elementos furiosos.

La época de las exploraciones que iniciaran los navegantes españoles en el siglo XVI culminó en 1911 con la llegada al Polo Sur de la navegación noruega capitaneada por Roald Amundsen, seguida unos meses más tarde por la británica de Robert Scott. A partir de aquí se abrió el periodo de las reclamaciones territoriales y del asentamiento de estaciones científicas.

Al tratarse del continente más inhóspito de la Tierra, azotado por tormentas de nieve y mares helados, la mejor panorámica actual nos la proporciona *Google Earth*. Desde las alturas nos precipitamos a vista y velocidad de águila real hasta la cadena de montañas Ellsworth con forma de pirámides, de lados perfectos y

ángulos precisos, esculpidas por las nevadas, los deshiles y los vientos. En cambio, invisible desde el aire debido a su corta anchura es el estrecho de Le Maire, también conocido como el desfiladero Kodak, cuya profundidad es de las mayores del mundo y donde bogamos entre glaciares e icebergs. Más fácil de visitar es la península Antártica, adónde empiezan a llegar los turistas para avistar la fauna marina, las aves y los pingüinos, que se han convertido en el símbolo habitado del espacio helado. Estos abundan en la isla Decepción que, en forma de anillo quebrado, posee el cráter de un volcán que calienta las aguas.

En alas de la Sinfonía Antártica, compuesta en 1952 por el inglés Ralph Vaughan Williams para una película, llegamos fatigosamente al cabo Evans, donde se hallan los restos de los pioneros, mientras en la cabaña de Shackleton rendimos homenaje al primer investigador del medio polar. La base Amundsen-Scott, residencia de los científicos por temporadas, posee paisajes espectaculares. Y desde el centro geográfico McMurdo nos allegamos al Cabo Denison, el campo magnético de la Tierra, donde las ráfagas gélidas vienen barriendo los vestigios de las primeras expediciones. Es la banda sonora que evoca las palabras de Mary Shelley en *Frankenstein o El moderno Prometeo* (1816) justificando el viaje entre hielos perpetuos y glaciares silenciosos: «Para sufrir infortunios que la esperanza cree infinitos, para desafiar al poder que parece omnipotente».

El continente más austral es un condominio regido por el Tratado Antártico, firmado en 1959, al que se han ido incorporando medio centenar de países y que contempla su uso exclusivo para fines pacíficos. De ahí la presencia de bases permanentes de investigación científica. Aunque a nadie se le escapa que está siendo mirado con deseo indisimulado por las grandes potencias para aprovechar sus recursos mineros, energéticos, militares y hasta turísticos, pues varios cruceros navegan por sus aguas. No deja de ser paradójico que hoy día, cuando las potencias rivalizan por hacerse con los recursos de la Antártida, sigan vigentes los versos que Pablo Neruda le compuso en *Piedras antárticas* (1961) definiéndola como la contradicción de un *finis terrae* donde no acaba la tierra:

Allí termina todo
y no termina:
allí comienza todo:
se despiden los ríos en el hielo,
el aire se ha casado con la nieve...
Sólo el viento,
el látigo
del Polo Sur que silba,
sólo el vacío blanco
y un sonido de pájaro de lluvia
sobre el castillo de la soledad.

38. La Estación Espacial: una ciudad orbitando hacia el futuro.

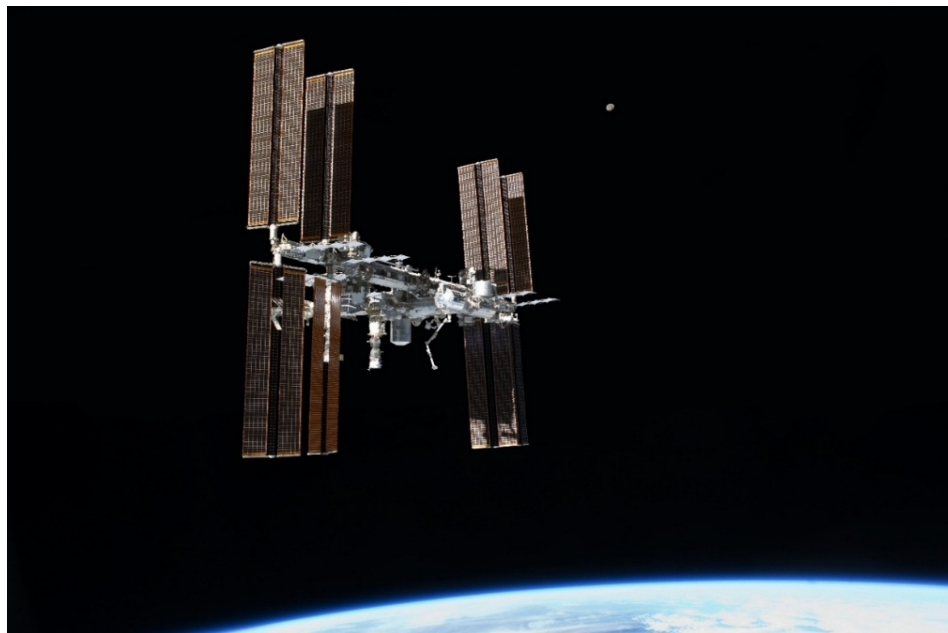


Figura 46. Secuencia de la Estación Espacial Internacional

La Flota de Indias fue el cordón umbilical entre España y el Nuevo Mundo. Las naves que partían de Sevilla y arribaban a La Habana se dirigían al Virreinato de Nueva España y al Perú. Pero es que cuando tuvo su apogeo el Galeón de Manila, cruzaba el océano desde Filipinas a Acapulco. Completaba así la globalización del Imperio hispánico había seguido el lema de *Plus ultra*. De manera que esta ruta naval fue un puente entre culturas, como escribió Marguerite Yourcenar en *Andalucía o las Hespérides* (1952):

Fue a principios del siglo XVI, muy cerca de la época en que, por casualidad heráldica, la imagen del Vellochino de Oro empieza a obsesionar a los cortesanos de Carlos V, cuando el Atlántico se convierte efectivamente en el mar Océano, cuyos Argonautas fueron Colón, Pizarro y Cortés y donde La Florida y México desempeñan el papel de la Cólquida. La desnudez y la fuerza de esa tierra, los vastos espacios desocupados de mesetas y sierras, acercan a España, por decirlo así, allende el océano, a los países aún sin historia.

Pues bien, en el mundo contemporáneo, desde que se iniciase la carrera espacial y el ser humano llegara a la Luna en 1969, el testigo del *Más Allá* lo han recogido los cohetes y satélites que surcan el mar ignoto de las galaxias. De ahí que hallamos

elegido como última ciudad de nuestras panorámicas a la Estación Espacial Internacional, una micro ciudad fruto de la cooperación internacional que está formada por varios módulos orbitando la Tierra. Desde esta urbe futurista se lanzan misiones a la Luna, Marte y los asteroides. Sus astronautas de diversos países, los vecinos de ese hogar estelar, se mueven entre el laboratorio espacial y las bases de lanzamiento a través del trasbordador espacial. No en balde Neil Armstrong, el primer hombre en pisar la superficie selenita, estaba convencido de que «La exploración del espacio es el único objetivo que asume la humanidad unida».

El avistamiento desde la Tierra nos muestra un punto brillante de luz y, viceversa, las vistas de nuestro planeta desde la estación son en riguroso directo. Sus cámaras web nos ofrecen una perspectiva impresionante de tormentas, rayos y ciudades iluminadas. Precisamente en 2023 se estrenó una *Sinfonía del Espacio* inspirada en estas imágenes siderales musicadas como una obra de arte total. En ese mismo año, el escritor argentino Marx Bauzá compuso *Treinta poemas para ser leídos a bordo de la Estación Espacial Internacional* donde contrapone la pequeñez de nuestra condición (“Los humanos no somos más que polvo de estrellas”) a la infinitud del universo. Toda esta gramática espacial viene a poner una nota optimista en la belleza del caos:

Orbitamos la Tierra
raudos, veloces.
Todo allí permanece
en la búsqueda de lo sublime,
detrás de pequeños y grandes gestos...
Desde arriba,
percibimos singulares destellos de luz,
atravesando la atmósfera.
Es que siempre sale el sol,
incluso los días tristes.

«Si estás pegado a la Tierra, no puedes verla con los ojos de Dios», afirmaba Leonardo da Vinci mirando al cielo. «La Tierra es una nave espacial, y todos somos la tripulación» añadirá más tarde y a vista de pájaro el astronauta Chris Hadfield. Desde el cielo a la tierra, o desde nuestro planeta al espacio estelar, percibimos panorámicas donde brillan las luces de un universo infinito.

CONCLUSIONES

Acuarelas del punto azul pálido

El mapa no es el territorio que representa, pero, si es correcto, tiene una estructura similar a la del territorio, lo que explica su utilidad.

Alfred Korzybski: *Un sistema no aristotélico* (1931)

El mapa es más interesante que el territorio.

Michel Houellebecq: *El mapa y el territorio* (2010).

Nuestro viaje por las ciudades del orbe terrestre y aún celeste es un bello atlas de mapas ilustrados. El mapa es una rosa de los vientos seductora. Una brújula decorada con geometrías coloridas a la que perfuma una flor de lis. Una aguja imantada que nos da la sensación de que está girando sin parar como un derviche en trance. Es esa misma naturaleza giróvaga la que atrae a cada persona por distintos motivos. Y sus acicates personales son los rumbos de los cuatro puntos cardinales que despuntan alrededor de su círculo simbólico: el secreto militar al norte, la información geográfica al sur, la ensoñación fantástica el este y la belleza sin par al oeste.

De acuerdo con la lógica de esta metáfora marítima, el amante de los mapas puede leer geoestrategias por Septentrión, paisajes por Meridión, literaturas por Levante y hermosuras por Poniente. Estos cuatro mandamientos de la cartografía se cierran en dos: la utilidad práctica y el gozo estético. El mapa no es el territorio que representa, pero es útil por su similitud, y, a la vez, los atlas son los libros ilustrados más bellos y poéticos.

Por eso, hubo una vez en la que las crónicas viajeras las cantaban los poetas, en el que los cuentos se relataban en la plaza pública y en el que los mapas los

dibujaban las huellas de los caminantes. Esa fue la Edad de Oro de los mapas y el florecimiento de sus leyendas.

A bordo de este libro hemos viajado, pues, desde el Padrón Real de la Casa de la Contratación de Sevilla a los impresores de Flandes, desde el apogeo de la cartografía iluminada a la era de los mapas por satélite sin que hayan perdido su fascinación.

Entre medias, el tiempo ha envuelto a las panorámicas de las ciudades en un *sfumato*, en un halo de delicadeza que, como a las pinturas del Renacimiento, les confiere misterios por descifrar. Su perfil cambiante, como un espejismo que reverbera en la lejanía, se va desvaneciendo entre una neblina nostálgica de recuerdos y aire limpio. De ahí que, si aguzamos la vista desde el mirador del presente, si leemos entre líneas la imaginería urbana y la arquitectura efímera, acabaremos dando paseos por el pasado.

1. Un espectáculo visual para los ciudadanos

El espectáculo de las panorámicas, cuando estuvo en su apogeo a finales del siglo XVIII y durante el XIX, creaba pinturas en edificios circulares para celebrar las bondades de la vida en paz: paisajes, monumentos, viajes, etc. Pero también reservó un espacio para la guerra. Las escenas bélicas figuraron entre los panoramas más aplaudidos, como la *Batalla de Aboukir* (1799) de Robert Barker y la *Batalla de Waterloo* (1850) de su hijo Henry Aston Barker, transmitiendo la lucha, el heroísmo y el caos aparente del combate.

No es casual que en la novela de Arturo Pérez-Reverte *El pintor de batallas* (2006), su protagonista, el fotógrafo Faulques, pinte un gran fresco circular en la pared de una torre vigía del Levante mediterráneo. Quiere sintetizar el paisaje intemporal de un combate que fuese alegoría de todas las batallas:

Ahora gozaba de ellos conocimientos adecuados y de la experiencia vital necesaria para enfrentarse al desafío de un proyecto descubierto a través del visor de una cámara y fraguado en los últimos años. Un panorama mural que desplegase, ante los ojos de un observador atento, las reglas implacables que sostienen la guerra -el caos aparente- como espejo de la vida...

Pero el mural tampoco estaba destinado a conservarse indefinidamente, o a ser expuesto al público. Una vez acabado, el pintor abandonaría el lugar y éste correría su

propia suerte. A partir de ahí, quienes iban a continuar el trabajo serían el tiempo y el azar, con pinceles mojados en sus propias, complejas y matemáticas combinaciones.

Los panoramas de ciudades, como el testamento mural de este artista curtido en las batallas de la guerra y de la vida, están tejidos de recuerdos y de imágenes que se deshilachan en el paisaje por los desgarrones de los siglos.

Entre sus recuerdos de infancia berlinesa, Walter Benjamin destacaba el placer que le producía asistir a las proyecciones del “panorama imperial”, pues, mientras los *snoobs* se pavoneaban por los pasajes:

los niños hicieron amistad con el globo terrestre..., embebiéndose de un ambiente de melancólica despedida de los montes hasta sus pies, las ciudades con sus ventanas relucientes, los indígenas pintorescos de tierras lejanas, las estaciones de ferrocarril con sus humaredas amarillas, los viñedos hasta en la más pequeña hoja de sus vides.

Cuando la afición por el paisajismo fue decayendo entre los adultos, el último público de los panoramas fueron los niños, porque permitían *viajar* a tiempos y espacios lejanos que hacía tentador lo desconocido.

¿Qué queda de esos panoramas que fueron una de las diversiones de moda en el Antiguo Régimen? Las *rotondas* que el empresario norteamericano Thayer montase en el bulevar Montmartre en el año 1799, donde exhibía frescos panorámicos con imágenes de ciudades y batallas, darán lugar al pasaje más famoso del París del siglo XIX: el de los Panoramas.

En apenas un poco más de un centenar de metros, esta galería de comercios y restaurantes que fue la primera en ser cubierta por un techo de hierro y cristal, une el bulevar Montmartre con la Bolsa de valores. A lo largo de su historia ha sido escenario de las novelas de Víctor Hugo y Émile Zola, de la Academia Julian donde se formaron Matisse y Duchamp, del taller del prestigioso grabador Stern, y hoy día, a través de tiendas de afiches, sellos, monedas y terrazas enlaza con el Pasaje de las Variedades. En uno de sus cafés hemos tomado “un té a la caravana” que recordaba la Ruta de la Seda.

El escritor Mauricio Wiesenthal, siguiendo las huellas de las historias que componen *La Comedia Humana* en el París decimonónico, da cuenta de su decadencia actual barnizada por un aura romántica en su *Libro de réquiems* (2009):

En estos pasadizos cubiertos que permitían cruzar, de parte a parte, el corazón del París de Balzac, sólo sobrevivían viejos comercios ruinosos: polvorientas librerías de

lance donde se encontraban también daguerrotipos y postales antiguas; cafés silenciosos, donde sólo brillaba una copa de coñac en la solitaria barra de zinc; sucias claraboyas que dejaban filtrar una luz mágica sobre las vitrinas y los escaparates de madera; relojes parados en una hora que tenía ya más de un siglo....



Figura 47. Espectáculo de panorama en 1834 en una litografía de F. Schlotterbeck y Karl Thienemann

2. Una forma de mirar más moderna

Las *rotondas* lúdicas en 360° han sido olvidadas por sucesivos inventos de la cultura visual. Los nuevos medios de masas nos han llevado al universo multiforme de pantallas que rodea nuestras vidas. Del mismo modo, los panoramas de las ciudades se han ido transformando, como lo ha hecho nuestra forma de observar el paisaje.

Sin embargo, la expresión “pinta tu ciudad y pintarás el mundo” sigue siendo válida para las imágenes urbanas del pasado y del presente. Porque de la

comparación entre los panoramas como un espectáculo pretérito y la mirada actual a vista de pájaro deducimos las permanencias y las novedades ciudadanas acaecidas en medio milenio. Pervivencias en los edificios históricos y en las tradiciones de sus habitantes. Como, por ejemplo, en Toledo, cuyo horizonte sigue dibujado por las eminencias del alcázar, la catedral y el monasterio de San Juan, ahora convertidas en reclamo turístico. En Amberes, sus diamantes llegados al gigantesco puerto del Escalda desde la India y Sudáfrica siguen brillando en su barrio tallados por los mejores lapidarios del mundo. En la Jerusalén sagrada, donde sus barrios confesionales giran en torno al Muro de las Lamentaciones, la Explanada de las Mezquitas y el santo Sepulcro, estallan de vez en vez las tensiones entre las religiones de Abraham. La perla de Venecia, a pesar de haber sido unida a tierra firme, sigue luciendo como la flor más bella en ese laberinto de canales y en ese estanque de nenúfares que es el islario precioso del Adriático.

Pero también ha habido innovaciones en el perfil a causa de mudanzas en el paisaje y en las funciones sociales de la ciudad. Tal es el caso de Ciudad de México, cuyas calles palafíticas de Tenochtitlán han sido desecadas por edificios oficiales y largas avenidas trazadas entre un caserío multicolor. De Nueva York, donde los atentados contra las Torres Gemelas mutilaron su *skilyne*, pero no desfiguraron su silueta delineada por rascacielos y grandes manzanas que la renombran capital del mundo contemporáneo.

En la mayoría de las grandes ciudades del mundo predominan los rascacielos, un tipo de construcción que no responde a un inconsciente fálico como quieren los freudianos, sino a la implacable ley del precio del suelo que siempre está subiendo. De hecho, tras el 11-S hubo un debate arquitectónico en torno a edificar en vertical u horizontal por razones de seguridad, desatando una breve polémica que hoy parece superada en favor de las alturas.

De ahí que, para el holandés Rem Koolhaas, el prestigioso teórico de la arquitectura moderna, el balance entre las ciudades del siglo XVI pintadas en el *Civitates* y las actuales es más bien negativo, tal como escribe en su libro *Ciudades del mundo* (2011) que reedita las panorámicas del teólogo Georg Braun para la editorial Taschen:

Es imposible leer y mirar este libro (*Civitates Orbis*) sin sentir una profunda envidia –comienza expresando su admiración ante esta magna obra– por un pequeño equipo de editores, grabadores y testigos, por su habilidad para sintetizar una increíble cantidad de conocimiento e información concerniente a más de 450 ciudades,

incluyendo sus planos, su historia, su razón de ser, sus puntos de referencia y costumbres... para crear un retrato completo del mundo en sólo seis volúmenes

Medio milenio después -y concluye su desalentadora comparación con la actualidad-, nuestras ciudades se han vuelto monstruosas. Interminables, imposibles de representar, incomprensibles y, en gran medida, disfuncionales.

Y para demostrarlo, este autor que en su día definió Manhattan como la “cultura de la congestión” en su obra *Delirios de Nueva York* (1978), pone como ejemplo una metáfora sobre los colores:

«Tres colores dominan las imágenes en el *Civitates*: verde (la tierra); rojo (la ciudad); y azul (el agua)... 500 años después, el rojo sería el único color que queda».

El tradicional equilibrio entre campo y ciudad, entre el verde del bosque y el azul del agua que abastecía a la urbe, se ha roto en la era de la globalización en favor del rojo del ladrillo que simboliza la construcción compulsiva y la especulación financiera. La expansión de las megalópolis a expensas de la naturaleza que las rodea ha hecho de la sostenibilidad un lema vacío dentro de la propaganda política.

La verdad es que sus centros históricos -lo que coloquialmente llamamos el “casco viejo”-, donde se halla el patrimonio artístico más valioso y sus señas de identidad, están siendo deformados a manos de la especulación inmobiliaria. Sus metástasis son la constante subida del precio del suelo y la gentrificación que expulsa a los vecinos del centro a las periferias. La desaparición -o el camuflaje- de sus monumentos y estatuaria nos invita a borrarlos del mapa de nuestra memoria cultural.

De resultas, los barrios turísticos de las ciudades se han convertido en parques temáticos, donde los establecimientos tradicionales han sido sustituidos por tiendas de *souvenirs* y restaurantes de comida rápida para satisfacer el placer del viaje mediante el consumo compulsivo. Este espacio de ocio donde el visitante puede hallar “lo original y lo auténtico” está aislado de los distritos de residentes, los cinturones pobres y los guetos conflictivos, es decir, de la vida real de las ciudades y sus vecindarios. El turismo de masas, como escribe Estrella de Diego en *Rincones de postales* (2014):

ha modificado nuestra noción de las cosas. Llegamos hasta *ese* sitio para *ver en persona* lo que anunciaba el folleto, el programa televisivo, el periódico... Y es aquí donde aparecen las primeras contradicciones entre ver y mirar, pues si hemos

viajado tanto -turistas, exiliados, emigrantes- en busca de lugares donde encontrar una vida mejor, seguimos siendo incapaces de entender al otro.

Esta modalidad de consumo ha modificado las panorámicas y los miradores desde donde observan la ciudad naturales y extranjeros. Las panorámicas, porque los edificios más sobresalientes en el *skilyne* de las ciudades ya no son los castillos y las catedrales, sino sus rascacielos, como el edificio Burj Khalifa de Dubái y el hotel Marina Bay Sands en Singapur. O bien iconos que abrazan al vecindario, como el Cristo de Corcovado en Río de Janeiro, la Torre Eiffel en París, el santuario de Monserrate en Bogotá y el letrero gigantesco Hollywood en la colina Monte Lee de Los Ángeles. Y lo mismo ha pasado con los miradores, porque la percepción vertical del paisaje que tenemos en nuestros días trasciende las terrazas de los edificios más elevados y nos permite ver la tierra desde el cielo a través de aviones, cohetes y satélites.

Parece una nimiedad, pero para que nacieran los rascacielos hubo que esperar a que surgiese un invento mecánico: ¡el ascensor! A partir de aquí, se inició una carrera para proyectar hacia el cielo edificios de cemento, aluminio y cristal con dimensiones babélicas. Con un punto de inflexión a mediados del siglo XX. Las colosales estructuras de Mussolini, Hitler y Stalin estuvieron inspiradas en la ideología política de corte totalitario, mientras que los rascacielos finiseculares y contemporáneos responden a la rivalidad entre sus mecenas financieros y forman parte de la sociedad del espectáculo. El mercado ha sustituido a la ideología.

El resultado es la tremenda fealdad de las ciudades actuales de medio mundo. A los comitentes de esos rascacielos -que hoy son más los millonarios que los autócratas, más el dinero que la política-, les hace falta bajar de las torres de marfil a la calle de los habitantes, olvidarse de sus castillos en el aire tan fotogénicos, humanizar los espacios que satisfagan las necesidades de la gente corriente.

Sin embargo, los artistas que erigieron los grandes monumentos de la historia pudieron aportar un toque personal a los encargos, cuyo goce estético legaron a la posteridad. Las Pirámides, el Partenón, la Muralla China, la cúpula de la catedral de Florencia o la torre Tokyo Skytree, a pesar de ser símbolos del poder absoluto, nos siguen atrayendo a la gente común y corriente por su carisma. Hemos de reconocer, pues, a algunos arquitectos bienintencionados que, en lugar de reproducir en serie edificios feístas, hayan querido elevar su sueño cristalino sobre la confusión de las megalópolis.



Figura 48. Espectáculo de Vista desde el Observatorio *Un Mundo de Nueva York*

3. Palabras e imágenes para contemplar la belleza

Al cabo, este libro es una conversación de miradas, unos reflejos de los espejos urbanos que dialogan con nuestros ojos abiertos a la contemplación de belleza. Si a los espectadores de antaño lo que les atraía de los panoramas eran los paisajes, las costumbres, las batallas y las escenas de la vida cotidiana, la misma seducción esperamos en los lectores de letras e imágenes de este libro.

El tiempo pasa, el espacio cambia, pero la condición humana permanece y todas sus vicisitudes las contiene la Tierra vista desde una sonda Voyager que navega por la galaxia, como escribió Carl Sagan en su libro *Un punto azul pálido* (1994):

Mira ese punto. Eso es aquí. Eso es nuestro hogar. Eso somos nosotros. En él, todos los que amas, todos los que conoces, todos de los que alguna vez escuchaste, cada ser humano que ha existido, vivió su vida. La suma de todas nuestras alegrías y sufrimientos, miles de religiones seguras de sí mismas, ideologías y doctrinas económicas, cada cazador y recolector, cada héroe y cobarde, cada creador y destructor de civilizaciones, cada rey y campesino, cada joven pareja enamorada, cada madre y padre, niño esperanzado, inventor y explorador, cada maestro de la moral, cada político corrupto, cada “superestrella”, cada “líder supremo”, cada santo y pecador en la historia de nuestra especie, vivió ahí, en una mota de polvo suspendida en un rayo de sol.

Este álbum de panorámicas, este viaje por las vistas de las ciudades del Orbe Terrestre y aún celeste, tiene su origen y destino en ese punto. El alfa y omega de los seres humanos. Apenas paisajes geopoéticos de nuestro modesto hogar terrestre a la deriva del universo insondable.



Figura 49. Salida de la Tierra. Primera foto de la NASA desde el espacio

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

«El mundo es un libro y los que no viajan solo leen una página», decía Agustín de Hipona. El atlas también es un libro de espacios y tiempos y los que no viajan por sus mapas sólo leen la portada.

Para nosotros el mapa es una invitación a un viaje de formación que está lleno de pruebas iniciáticas y maravillas por descubrir. Un recurso didáctico preciso y una fuente primaria de cultura visual. A comienzos de nuestro siglo, los mapas escaparon a la tutela de la geografía y la historia y ahora interesan a casi todas las disciplinas.

No olvidemos que inauguramos este tiempo con el acontecimiento de mayor impacto visual: el atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York. En vivo y en directo vimos cambiar el skyline de la capital del mundo y, con su derrumbe, se trazó un nuevo perfil de la historia: la era de la globalización. Ahora mismo acabamos de vivir otro giro inesperado, la pandemia del coronavirus, de la que desconocemos su deriva, pero que no ha dejado indemne el mundo que hemos conocido hasta ahora.

Estos cambios han afectado profundamente al estudio de los mapas. De ahí que demos una pincelada aleatoria sobre los nuevos enfoques de la cartografía, a modo de estado de la cuestión. ¿Cuáles son los nombres de los autores y de las obras que han revolucionado la cartografía?

HARLEY, Johnh, en *La nueva naturaleza de los mapas* (2001), abrió el camino afirmando que «Los mapas son textos culturales». Propuso que los historiadores de la cartografía debían aceptar métodos de las humanidades y de las ciencias. “La cartografía moderna es fruto de una empresa global, una forma de saber y poder, creada y recibida por agentes humanos, explotada por una minoría, que se materializa en un mundo visto a través del prisma de una ideología», escribió.

PADRÓN, Ricardo, en *The Spacious Word* (2004), hizo confluir ciencia, literatura y poder en el estudio de la cartografía de los Imperios descubridores del siglo XVI.

David BUISSERET, en varios libros sobre mapas modernos, demostró que en el Renacimiento se dio una revolución espacial. El poder patrocinó los mapas y éstos le ayudaron a conocer sus dominios.

BARBER, Peter, en *El Gran Libro de los Mapas* (2005), recopiló ejemplares de distinta época en los que destacó sus valores ilustrativos. Los mapas son obras de arte.

VIRGA, Vincent, en su *Cartographia* (2007), comparó las etapas de la infancia con la historia de la cartografía. Desde los mapas simples como los dibujos de los niños hasta el “realismo” de las pinturas adultas.

BRENDECKE, Arnd, en *Imperio e información* (2012), estudió las técnicas de recogida de información y la imagen de Felipe II como una “araña que se mueve desde el centro de la tela del Imperio”.

PORTUONDO, María, en *Ciencia secreta* (2013), se centró en la cosmografía, esto es, la suma de disciplinas que ayudó a conocer los pueblos y gentes del Nuevo Mundo.

Exposiciones como *Cartografías de lo desconocido* en la Biblioteca Nacional de Madrid (2017), *Fuimos los primeros. Magallanes, Elcano y la vuelta al mundo* en el Museo Naval de Madrid (2019) y la colección *Mapas del Mundo* de *El País* que acaba de editarse, han dado cuenta de estas novedades en la consideración de los mapas.

GARCÍA REDONDO, José María, en *Cartografía e Imperio* (2018), estudió el Padrón Real como un conjunto de documentos textuales y visuales que sirvieron para fijar las rutas marítimas entre España y las Indias.

Y el gran especialista en cartografía, SÁNCHEZ, Antonio, en *La espada, la cruz y el Padrón* (2013) sostiene que en el apogeo del Imperio hispánico los mapas tenían dos valores: uno utilitario, pues las cartas de marear facilitaban la navegación de los pilotos, y otro iconográfico, dado reflejaban la imagen de la monarquía de los Austrias como poder global.

Esto es válido para todos los Imperios que en la Historia han sido. No en balde, y recogemos su cita, el autor teatral Christopher MARLOWE hacía declamar en el escenario a un personaje que representaba a Tamerlán: “Dadme un mapa y sabré cuánto me queda para conquistar el mundo”.

Por nuestra parte, hemos abordado la historia de los mapas y sus códigos desde un enfoque interdisciplinar en nuestro libro *Leyendas de los mapas. Una lectura geopoética de la cartografía* (Punto de Vista Editores, 2023) y en el capítulo sobre la Edad de Oro de los mapas en el libro colectivo coordinado por María Concepción PORRAS GIL y Jorge LAFUENTE DEL CANO *Europa y el mundo atlántico*. (Universidad de Valladolid, Col. Historia Simancas, 2024). También tratamos acerca del uso de las imágenes como fuente documental en *Icónicas. Una lectura cultural de las imágenes*. Madrid, Click Ediciones- PlanetaLibros, 2021, y de la historia de la percepción del paisaje en *El paisaje pintado*. Prólogo de José M^a Micó. Madrid, Editorial Tébar Flores, 2022.

El mapa es un texto literario. Una imagen en la cultura visual. Un documento de consulta. Una herramienta de trabajo. Un recurso geoestratégico. Un código por descifrar. Un lenguaje universal. De ahí que defendamos una lectura humanista del mapa. Aquella que redunde en beneficio social. Aquella que estimula la imaginación. La que proponen las leyendas de los mapas.

FUENTES VISUALES

- Las figuras 1, 2, 7, 9, 10, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 27 y 28 son fotografías de Pedro García Martín.
- Las fotos panorámicas 3, 6, 8, 11, 12, 13, 14, 23, 24, 25, 26, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48 y 49 proceden de *Wikipedia Commons* y son de dominio público citando la fuente.
 - Créditos de permiso de Creative Commons Attribution autorizando reproducir las fotos citando su fuente: Figuras: 11 (Ángel), 12 (Ingo Mehling), 13 (Felix König), 14 (Deensel), 23 (Thomas Wolf), 24 (Diliff), 25 (Valerii Tkachenko), 26 (David Monniaux), 29 (Guilad Gonen), 30 (Alex Maleev), 31 (Ranjit Laxman), 32 (Shujianyang), 33 (Nagi Usano), 34 (Plane Mad), 35 (Raduasandei at English Wikipedia), 36 (Lars Haefner, GFDL), 37 (Rey de Corazones), 38 (ProtoplasmaKid), 39 (Scmresearcher), 41 (diogo86), 42 (Elemaki), 43 (Sking), 44 (Diliff) y 45 (Joe Mastroianni, National Science Foundation).
- Las imágenes de mapas originales 4 y 5 pertenecen a la colección particular de P.G.M.

NOTA DE AGRADECIMIENTOS

Nada más escribir este libro de letras y artes nos planteamos cuál podía ser su taller de impresión. No tuvimos que pensar mucho. Los asesores de Ediciones Universidad de Valladolid, cuya calidad es pública y notoria, cumplidas sus normas editoriales, tuvieron esa sensibilidad para acoger un ensayo interdisciplinar como éste, donde tienen cabida la historia, la geografía, el paisajismo, el arte y la literatura.

De ahí que expresemos nuestro agradecimiento a su director, Alfonso Martín Jiménez, por su profesionalidad en explicarnos los requisitos para una solicitud como la nuestra y, una vez aprobada por los informantes, hacer su seguimiento hasta la estampación. Al maquetador, Javier Álvarez Velasco, por su ingenio y diligencia en la composición de la obra y su tolerancia para hablar de algunas sugerencias del autor. Y a la prologuista, M^a Concepción Porras Gil, prestigiosa catedrática de historia del arte, por sus palabras de exquisita escritura contextualizando los contenidos que aguardan a los lectores. Sólo los valores humanistas de estas personas han posibilitado que una obra un punto heterodoxa –“un guiño travieso al enciclopedismo del *Civitates*”, dice la presentadora– como ésta de *Panorámicas* viera la luz.

Un último apunte a modo de coda. Las láminas del *Civitates Orbis* estaban ideadas para ser vistas a la luz de una vela en el gabinete de curiosidades de un poderoso del siglo XVI. No es poco lo que hace pensar el bailoteo de la llama de una candela. En cambio, sin renunciar a la reflexión, los mapas de *Panorámicas*, estudiados por escritos y fotos icónicas, pueden ser admirados a la luz del sol del siglo XXI por gentes de toda condición. Basta con que tengan interés en consultar estos libros pucelanos, cuyo catálogo ofrece muchos en abierto, para aprehender humanidades del pasado que nos ayuden a entender el presente.

*Este libro se terminó de imprimir el día 26 de febrero de 2026,
festividad de San Alejandro, en los talleres de Ulzama Digital,
al cumplirse 450 años de la panorámica de Valladolid
para el Civitates Orbis Terrarum. El apunte del natural,
con unos campesinos trillando y los campanarios
al fondo, lo dibujó Georg Hoefnagel y lo trasladó
a la plancha Frank Hogenberg en la
imprenta de Amberes. Plus ultra
mundum cognitum.*

ISBN: 978-84-1320-385-0



9 788413 203850

TYPVS ORBI



EDICIONES
Universidad
de Valladolid

QVID EI POTEST VIDERI MAGNUM IN
OMNIS, TOTIVSQUE MVNDI NO